

GANADORA DEL EDGAR AWARD 2017
A LA MEJOR NOVELA DEBUT

EN LA TORMENTA

FLYNN BERRY



Lectulandia

Nora es ayudante de una paisajista, trabaja y vive en Londres y muchos fines de semana coge el tren y va a visitar a su hermana Rachel a Marlow, un pueblo en la campiña británica al oeste de Londres.

Un viernes como otro cualquiera Nora toma el tren y al llegar a casa de su hermana, lo último que espera es descubrir el cadáver de esta en el salón de su casa familiar, víctima de un brutal asesinato. Muy pronto, en medio de la investigación policíaca que rodea al crimen, Nora se sumirá en una espiral de angustia y temor, como si los secretos del pasado hubieran despertado. El miedo de Nora se transforma en una obsesión implacable: encontrar al asesino de su hermana, aunque eso suponga poner en riesgo su propia vida y no distinguir la verdad de la mentira.

Flynn Berry nos regala una narración de tono perfecto, un *thriller* literario de suspense psicológico y un personaje inolvidable, Nora, que transita entre heroína y víctima e inocente y culpable.

Lectulandia

Flynn Berry

En la tormenta

ePub r1.0

Titivillus 06-08-2019

Título original: *Under the Harrow*
Flynn Berry, 2017
Traducción: Luz Achával Barral

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para J. A. B.

Vamos a ver, ¿qué adelantamos con las evasiones?
Estamos atrapados y no podemos escapar.
—C. S. Lewis, *Una pena en observación*

Primera parte

Cazadores

1

Ha desaparecido una mujer en Yorkshire del Este. Se esfumó de Hedon, cerca de donde nos criamos. Cuando Rachel se entere de la desaparición, pensará que ha sido él.

El cartel colgante del Surprise, un cuadro de un clíper en un mar verde, cruje con el viento. El *pub* está en una calle tranquila de Chelsea. Tras acabar el trabajo en la calle Phene, he venido a almorzar y a tomar una copa de vino blanco. Soy asistente de una paisajista. Su especialidad son las praderas. Quedan como si nadie las hubiera tocado.

En pantalla, un reportero se mueve por el parque donde vieron a la mujer por última vez. La policía y sus perros se dispersan por las colinas detrás del pueblo. Podría contárselo a Rachel esta noche, aunque arruinaría la visita. Tal vez no tenga nada que ver con lo que le ocurrió a ella. Incluso puede que a la mujer no le haya pasado nada malo.

Los albañiles de enfrente han terminado de comer. Las bolsas de papel blanco están hechas una bola a sus pies y se apoyan contra los escalones bajo el frío sol. Ya tendría que haber ido a tomar el tren a Oxford, pero espero en el bar con el abrigo y la bufanda puestos mientras un inspector de investigación de la comisaría de Hull pide al público cualquier información sobre la desaparición.

Cuando el programa pasa a hablar de la tormenta en el norte, salgo, dejo atrás el cartel colgante y doblo en la siguiente esquina, hacia la calle Royal Hospital. Camino por delante de los jardines de césped recortado de Bourton Court. De la agencia inmobiliaria. Casas soleadas en Chelsea y Kensington.

Yo todavía vivo en una torre de edificios en Kilburn. La escalera siempre huele a pintura y las gaviotas se lanzan contra los balcones.

Obviamente, no tengo jardín. Ya se sabe, en casa del herrero, cuchillo de palo.

Por la calle Sloane bajan taxis negros. A los costados de los edificios las ventanas reflejan pequeñas esferas brillantes. En la librería están expuestas unas nuevas traducciones de *Las mil y una noches*.

En una de las historias un mago bebía una poción hecha de una hierba que lo mantenía joven. El problema era que la hierba solo crecía en la cima de una montaña, así que cada año el mago engañaba a un joven para que escalara la montaña. «Lanza la hierba», decía el mago. «Luego iré a buscarte». El joven lanzaba la hierba. No puedo recordar el final. Tal vez se acabara ahí. He olvidado el final de la mayoría de las historias, excepto el más importante: que Scheherazade vive.

Después de algunos minutos en el metro, vuelvo a salir, subiendo por las escaleras hasta la estación de Paddington. Compro el billete y una botella de vino tinto en la tienda Whistlestop de la estación.

En el andén, el tren comienza a hacer ruido. Ojalá Rachel se mudara a Londres. «Pero, entonces, ya no podrías venir aquí», dice, y la verdad es que adoro su casa, una antigua granja en una pequeña colina, con dos olmos viejos a los lados. El susurro de los árboles en el viento llena las habitaciones del piso de arriba. Y a ella le gusta vivir allí, vivir sola. Hace dos años estuvo a punto de casarse. «Por poco», dijo.

En el tren, apoyo la cabeza en el asiento y contemplo como los campos invernales se suceden. Mi vagón está vacío, excepto por algunos viajeros que han salido pronto del trabajo por el fin de semana. El cielo está gris, adornado en el horizonte por una cinta púrpura. Hace más frío aquí, fuera del pueblo. Lo veo en las caras de la gente que espera en los andenes de las estaciones. Una fina corriente de aire silba a través de una grieta en la base del cristal de la ventana. El tren es una cápsula iluminada que viaja a través del paisaje de carbón.

Dos niños encapuchados corren junto a mi vagón. Antes de llegar a alcanzarlos, saltan un muro de poca altura y desaparecen por el terraplén. El tren se sumerge en un estrecho seto. En verano, hace que la luz en el vagón se vuelva verde y titilante, como si estuviera bajo el agua. Ahora el seto está tan desnudo que la luz no cambia en absoluto. Vislumbro pajaritos en los huecos de las ramas, enmarcados por las enredaderas.

Hace unas semanas Rachel mencionó que estaba pensando en criar cabras. Dijo que el espino blanco que hay en el fondo de su jardín es perfecto para que trepan. Ya tiene un perro, un enorme pastor alemán.

«¿Cómo crees que se va a sentir *Fenno* con respecto a las cabras?», pregunté.

«Loco de felicidad, probablemente», contestó.

Me pregunto si todas las cabras trepan por los árboles o solo algunos tipos. No la creí hasta que me mostró fotos de una cabra de pie en el borde de una rama de cedro y otras cuantas en una morera blanca, aunque ninguna de las fotos mostraba cómo habían conseguido trepar. «Usan las pezuñas, Nora», dijo Rachel, lo cual no tiene ningún sentido.

Una mujer viene por el pasillo con un carrito y le compro un Twix para mí y un Aero para Rachel. Nuestro padre nos decía que éramos unas *niñitas caprichosas*. «Cuánta razón», decía Rachel.

Observo la larga extensión de campo. Esta noche le contaré lo de mi residencia artística, que comenzará en dos meses, a mediados de enero. Serán doce semanas en Francia, con alojamiento y una pequeña beca. Me presenté con una obra que escribí en la universidad llamada *El novio ladrón*. Es vergonzoso que no haya hecho nada mejor desde entonces, pero ya no importa, porque en Francia escribiré algo nuevo. Rachel se alegrará por mí. Nos servirá una copa para celebrarlo. Más tarde, en la cena, me contará alguna cosa que haya pasado en su trabajo durante la semana y yo no le diré nada sobre la mujer desaparecida en Yorkshire.

La bocina del tren, un aullido largo y grave, suena cuando atraviesa las montañas calizas. Intento recordar lo que Rachel dijo que cocinaría esta noche. La veo deambular por la cocina, moviendo el enorme bol de castañas hasta el borde de la encimera. *Coq au vin* y polenta, creo.

Le gusta cocinar, en parte por su trabajo. Dice que sus pacientes le hablan todo el tiempo de comida, ahora que no pueden comer lo que quieren. A menudo le preguntan qué cocina y a ella le gusta darles una buena respuesta.

Unos techos de arcilla con chimeneas se elevan sobre un alto muro de ladrillos, que crece junto a mí y luego se enrosca alrededor de la aldea. Más allá del muro, hay un campo de arbustos secos y setos con algunos caminos que lo atraviesan. En la linde, un hombre con sombrero verde quema rastrojos. Las hojas chamuscadas suben con las corrientes de aire y dan vueltas en el cielo blanco, flotando sobre el campo.

Saco de mi bolso la carpeta de propiedades para alquilar en Cornualles. En verano, Rachel y yo alquilamos una casa en Polperro. Las dos tenemos

unos días libres en Navidad y hemos planeado reservar una este fin de semana.

Polperro se encuentra sobre los pliegues de un barranco costero. Hay casas encaladas con techos de pizarra acurrucadas en los riachuelos verdes. Entre los dos acantilados, hay un puerto y, pasando un rompeolas, un puerto interior, lo bastante grande como para una docena de veleros pequeños, con casas y bares construidos en el muelle, a la orilla del agua. Cuando la marea está baja, los barcos del puerto interior descansan con los cascos sobre el lodo. En el extremo oeste del barranco hay dos casas cuadradas de comerciantes: una de ladrillos marrones, como de *tweed*, y la otra blanca. Sobre ellas, unos pinos recortan el cielo. Pasando las casas de los comerciantes, en la punta, hay una pequeña casa de pescadores construida en las rocas. Es de granito irregular, así que, en los días de niebla, se confunde con las rocas de alrededor. La casa que alquilamos estaba en un cabo, a diez minutos caminando de Polperro, siguiendo la costa, y tenía una escalera privada con setenta y un escalones construidos en el acantilado que llevaban a la playa.

Amaba Cornwallles con una pasión loca y celosa. Tenía veintinueve años y acababa de descubrirlo, pero me pertenecía. La lista de cosas que amaba de Cornwallles era larga, pero no estaba terminada.

Incluía nuestra casa, por supuesto, y el pueblo, la península de Lizard y la leyenda del rey Arturo, cuya cuna estaba unos kilómetros más arriba por la costa en Tintagel. El pueblo de Mousehole, pronunciado «maussol». Daphne du Maurier y su «Anoche soñé que volvía a Manderley»... Claro que lo soñaste. Cualquiera que abandonara ese lugar lo haría. Los miradores en los techos de las casas. Las fotografías en los *pubs* de naufragios y de los vecinos del pueblo vestidos con largas faldas marrones y chaquetas, empequeñecidos junto a los cascos rotos.

Cada día tenía que reescribir la lista. Añadí los pinos y las empanadillas del Crumplehorn Inn y la cerveza cómica. Nadar, tanto en el mar abierto como en las cuevas tranquilas en las que se filtra el agua. Todo el rato, realmente, incluso mientras dormíamos.

«Todo es mejor aquí», dije.

«Bueno...», contestó Rachel.

«¿Qué es lo que más te gusta de Cornwallles?», pregunté. Ella gruñó. «Si no, puedo decirte qué es lo que más me gusta a mí».

«Bueno... para empezar, el mar», contestó ella.

En todo caso, le gustaba más que a mí, y está incluso más emocionada que yo por volver. No ha sido ella misma últimamente. Se la ve muy tensa por el trabajo y siempre está cansada.

En la siguiente estación, el conductor avisa a los pasajeros de posibles retrasos mañana por culpa de la tormenta. «Excelente», pienso, «así que va a nevar».

Pasamos por otro pueblo, donde ahora los coches tienen las luces delanteras encendidas. Parecen canicas de un amarillo pálido bajo la tenue luz del atardecer. Entonces, el tren gira alrededor de una alameda y se endereza al entrar en Marlow.

Rachel no está en la estación. No es algo extraño. A menudo acaba tarde su turno en el hospital. Salgo del andén bajo una luz tan apagada que los techos del pueblo parecen estar ya cubiertos de nieve. Me alejo del pueblo en dirección a su casa, y pronto estoy en el tramo abierto de la carretera, una estrecha cinta asfaltada entre granjas.

Me pregunto si va caminando a mi encuentro con *Fenno*. La botella de vino tinto me da golpes en la espalda. Me imagino la cocina de Rachel. El bol de castañas y la polenta burbujeando sobre el fogón. Un coche se acerca y me aparto hacia el arcén. Disminuye la velocidad cuando se aproxima y la mujer que conduce me saluda con la cabeza antes de acelerar de nuevo.

Apresuro el paso. Siento como la respiración me calienta el pecho y tengo los dedos fríos, enroscados, en los bolsillos. Sobre mi cabeza, unas oscuras nubes se congregan y, en el silencio, el aire me provoca un zumbido en los oídos.

Y entonces veo la casa. Subo la colina y la gravilla cruje bajo mis pies. Su coche está aparcado en la entrada; probablemente acabe de llegar. Abro la puerta.

Me tropiezo hacia atrás antes de saber qué problema hay en la casa, como si algo hubiera venido volando hacia mí.

Lo primero que veo es al perro. Está ahorcado, colgado de su correa desde lo alto de las escaleras. La cuerda cruje mientras el perro gira lentamente. Sé que es algo horrible, pero también es impresionante. «¿Cómo has hecho eso?», me pregunto.

La correa está enrollada en un balaustre de la barandilla. Debe de haberse enredado y caído, ahorcándose. Pero hay sangre en el suelo y en las paredes.

Estoy hiperventilando, aunque todo a mi alrededor está tranquilo y en silencio. Tengo que hacer algo urgentemente, pero no sé qué. No llamo a Rachel.

Subo las escaleras. Hay un rastro de sangre en la pared justo por debajo de mi hombro, como si alguien se hubiera apoyado en ella mientras subía. Donde termina el rastro, hay huellas de manos de color rojo en el escalón siguiente, y en el siguiente, y luego en el rellano.

En el pasillo del primer piso las manchas se vuelven caóticas. No veo huellas de manos. Parece como si alguien se hubiera arrastrado, o hubiera sido arrastrado. Me quedo mirando las manchas y, entonces, después de un rato, bajo la vista al pasillo.

Oigo mis propios sollozos mientras me arrastro hacia ella. La parte delantera de su camisa está negra y húmeda, y la levanto suavemente apoyándola en mi regazo. Le coloco la mano en el cuello y trato de encontrarle el pulso; luego acerco la oreja a su rostro para oír su respiración. Le rozo la nariz con la mejilla y un escalofrío me baja por la nuca. Le hago el boca a boca, pero entonces, me detengo. Puede que le haga incluso más daño.

Apoyo la frente contra la suya y el pasillo se oscurece. Mi aliento deambula por su piel y su pelo. El pasillo se cierra a nuestro alrededor.

Mi teléfono nunca tiene cobertura en su casa. Tengo que salir para llamar a una ambulancia. No puedo dejarla, pero bajo torpemente por las escaleras y salgo de la vivienda.

Nada más colgar, ya no recuerdo lo que he dicho. No se ve a nadie en ninguna dirección, solo las casas de los vecinos y la montaña tras ellas, y en medio del silencio me parece oír el mar. El cielo se enturbia y alzo la vista. Me llevo las manos a la cabeza. Los oídos me pitan como si alguien gritara muy fuerte.

Espero a que Rachel aparezca por la puerta, con cara de confusión y agotamiento, mirándome fijamente a los ojos. Me paro a escuchar, esperando oír sus pasos suaves, cuando oigo las sirenas.

Tiene que bajar antes de que llegue la ambulancia. Todo habrá acabado cuando alguien más la vea. Le ruego que baje. La sirena se escucha cada vez más fuerte y mis orejas se alzan y se alejan de la mandíbula, como si estuviese sonriendo. Fijo la vista en la puerta y la espero.

Y, entonces, la ambulancia se hace visible, acelerando por la carretera entre las granjas. Llega a la entrada, la gravilla sale disparada de debajo de las ruedas y, cuando las puertas se abren y los técnicos de emergencias corren hacia mí, no puedo hablar. Una mujer entra en la casa y, luego, un hombre me pregunta si estoy herida. Miro hacia abajo y veo que tengo la camiseta manchada de sangre. Como no contesto, empieza a examinarme.

Me aparto de él y corro escaleras arriba tras la mujer. El rostro de Rachel mira hacia el techo. Su pelo oscuro se encharca en el suelo y tiene los brazos a los costados. Le veo los pies, embutidos en unos gruesos calcetines de lana. Quiero rodear a la mujer y apretarlos entre mis manos.

La técnica de emergencias coloca el dedo en el cuello de Rachel y, luego, toca el mismo punto de su propio cuello, bajo la mandíbula. No la oigo, porque estoy haciendo ruidos. Me ayuda a bajar las escaleras. Abre las puertas de la ambulancia, me sienta en la plataforma y me pone una manta térmica sobre los hombros. Mi camiseta húmeda se enfría y la tela se me pega al estómago. Me castañetean los dientes. La mujer enciende un calefactor y el calor invade la ambulancia y me calienta la espalda, hasta que el vapor se pierde por culpa del aire frío.

Pronto, llegan coches patrulla, y los policías enfundados en uniformes negros se agrupan en la carretera y suben por el jardín. Los miro; mi mirada salta del rostro de uno al del siguiente a la velocidad de un rayo. Del cinturón de alguien se escapan unos crujidos estáticos. Espero a que uno sonría y confiese que todo es una broma. Un agente clava un poste en la tierra y coloca una cinta delante de la puerta, que se queda rebotando en el aire.

Empiezo a ver borroso y, de repente, todo desaparece por completo. Estoy muy cansada. Trato de observar a la policía para contarle luego a Rachel lo ocurrido.

El cielo se vuelve espuma, como si la cresta de una gran ola invisible se nos echara encima. «¿Quién te ha hecho esto?», me pregunto; pero eso no es lo importante, lo importante es que vuelvas. En la casa del otro lado de la carretera, el granero donde normalmente aparcan está vacío. Un profesor de Oxford vive allí. «El granjero caballero», lo llama Rachel. Tras la casa del profesor, la cresta de la montaña es prácticamente un acantilado vertical, con caminos empinados tallados en la piedra. Miro la cresta hasta que parece que se desprende y comienza a acercarse.

Nadie entra en la casa. Todos esperan a alguien. El agente que ha colocado la cinta en la puerta está de pie, delante, custodiando la entrada. En el prado junto a la casa del profesor, una mujer monta a caballo. Su casita de campo se encuentra detrás del prado, al pie de la cresta. El caballo y la jinete galopan trazando un gran círculo bajo un cielo cada vez más oscuro.

La mujer se inclina hacia delante por el viento y me pregunto si ve algo: la casa, la ambulancia, los policías de uniforme de pie en el jardín.

Una puerta se cierra de golpe en el acceso a la casa y un hombre y una mujer caminan por la gravilla. Todo el mundo observa a la pareja mientras

avanzan por la colina. Ambos llevan abrigos de color tostado y las manos en los bolsillos. Los bajos de las prendas ondulan a su paso. Tienen la mirada fija en la casa; entonces, la mujer mira en mi dirección y nuestros ojos se encuentran. El gélido viento me abofetea. La mujer levanta la cinta y entra en la casa. Cierro los ojos. Oigo pasos que se aproximan por la gravilla. El hombre se pone en cuclillas a mi lado. Espera.

Unos colores se mueven tras mis párpados. Pronto volverá el negro y, entonces, oiré el suspiro de los olmos por encima de mí. Si bajo las escaleras, veré nuestros platos en el fregadero y sobre los fogones. Los restos de polenta que se han secado en el fondo de la olla. Las cáscaras de castaña que hay sobre la encimera, abandonadas donde las hemos pelado mientras nos quemábamos los dedos.

Si voy a su habitación, veré las sombras de los olmos plantados al sur parpadeando sobre los tablones. El perro estará dormido, despatarrado bajo la cama, lo bastante cerca como para que Rachel deje caer el brazo por el borde de la cama y lo acaricie. Y veré a Rachel, dormida.

Abro los ojos.

2

El hombre en cuclillas junto a mí me saluda. Se sostiene la corbata contra el estómago. Tras él, el viento alisa la hierba en la colina.

—Hola, Nora —dice. Me pregunto si nos conocemos. No recuerdo haberle dicho mi nombre a nadie. Debía de conocer a Rachel. Tiene la cara grande y cuadrada y los ojos caídos; intento situarlo en algún evento del pueblo, la noche de la fogata o la recaudación de fondos de los bomberos—. Inspector Moretti. Soy de la comisaría de Abingdon.

Qué *shock*. Nunca conoció a Rachel, en su pueblo no hay inspectores de homicidios. Para poner una queja sería lo más probable es que tengas que ir a Oxford o a Abingdon. Recorremos el camino de la entrada y dos mujeres con trajes de forense pasan junto a nosotros y entran en la casa.

Mientras nos alejamos en el coche, no puedo respirar. Miro por la ventanilla la hilera de plátanos que pasan como un destello. Habría pensado que sería como un sueño, pero no es así. El hombre que conduce a mi lado es real, el paisaje que se ve por la ventana es real, y la humedad que me pega la camiseta al estómago, y los pensamientos enmarañados en mi cabeza.

Quiero que el *shock* me dé un poco más de tiempo, pero la aflicción ya está aquí, cayó como una guillotina cuando la mujer puso el dedo en el cuello de Rachel. No paro de pensar en que nunca volveré a ver a mi hermana, en que estaba a punto de verla. Mientras pasamos por Marlow, me doy cuenta de que estoy hablando conmigo misma en mi cabeza. No hay nadie más ahí. Normalmente, cuando tengo la insólita sensación de observarme a mí misma pensar, moldeo mis pensamientos en forma de cosas que decirle a Rachel.

Me hundo en el asiento. Los coches nos adelantan en la autopista. Me pregunto si el inspector siempre conduce tan despacio o solo cuando hay alguien más en el coche. Me doy cuenta de que no he estado mirando las señales de la carretera para comprobar a dónde me está llevando. Una parte de mí desea que me lleve a un campo húmedo y oscuro, lejos de las luces del pueblo. Sería simétrico. Una hermana asesinada y luego la otra, en un espacio de unas pocas horas.

Lo hizo. Luego rodeó la casa y volvió a la entrada, y me convenció de que me fuera con él mientras los demás estaban distraídos. No es difícil convencerme. El miedo ya está aquí, presionándome el pecho. Cojo un bolígrafo del bolso y lo sujeto con fuerza bajo el muslo.

Espero a que disminuya la velocidad en una curva en dirección a una fábrica abandonada o un huerto vacío. La autopista está repleta de ángulos muertos, así que tiene muchas posibilidades. Me preparo para clavarle el boli en el ojo y luego volver corriendo a la casa. Rachel estará sentada en el salón. Levantará la vista, con el ceño fruncido. «¿Funcionó?»

Pero aparece el cartel de Abingdon, y el inspector sale de la autopista, frenando al final de la vía de acceso. Tiene la cara flácida y los ojos fijos en el semáforo a través del parabrisas.

—¿Quién lo ha hecho? —pregunto.

No me mira. El intermitente hace tictac en el coche en silencio.

—Todavía no lo sabemos.

El semáforo cambia y pone el coche en marcha. El cartel luminoso de la policía de Thames Valley da vueltas en un poste a la entrada del edificio.

En un espacio abierto del piso de arriba, un hombre pálido con un traje oscuro colgando de los hombros está de pie frente a una pizarra blanca. Cuando nos oye entrar, se aleja de la pizarra, en la que acababa de pegar una foto de Rachel.

Se me escapa un quejido. Es la foto de la página web del hospital, su rostro ovalado está enmarcado por el cabello oscuro. Su cara es tan familiar que es como si estuviera mirándome a mí misma. Es más pálida y tiene los rasgos más marcados. Yo puedo desaparecer en una habitación, ella no. Ambas tenemos pómulos altos, pero los suyos acaban como pomos. En la fotografía sonrío con la boca cerrada, los labios se estiran ligeramente hacia los lados.

En la sala de interrogatorios, Moretti se sienta frente a mí y se desabrocha el botón de la chaqueta del traje con una mano.

—¿Está cansada? —pregunta.

—Sí.

—Es por el *shock*.

Asiento. Es extraño estar tan cansada, y también tan asustada, como si mi cuerpo estuviera dormido pero recibiendo descargas eléctricas.

—¿Puedo ofrecerle algo? —pregunta.

No sé qué quiere decir y, como no contesto, me trae un té que no me bebo. Me ofrece una sudadera azul oscuro y unos pantalones de chándal.

—Por si quiere cambiarse.

—No, gracias.

Dice naderías durante algunos minutos. Tiene una cabaña en Whitstable.

—Es precioso cuando la marea está baja —comenta.

Me pone nerviosa, incluso cuando habla del mar. Me pide que le diga lo que vi nada más entrar en la casa. Oigo como la lengua se me separa del fondo de la boca con un clic antes de cada respuesta. Se frota la nuca y la presión de la mano hace que baje la cabeza.

—¿Vive aquí con ella?

—No, vivo en Londres.

—¿Es habitual que venga a visitarla un viernes por la tarde?

—Sí, vengo a menudo de visita.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su hermana?

—Anoche, sobre las diez.

El cielo se ha oscurecido, así que veo los cuadrados color cuarzo pálido de las luces de la oficina al otro lado de la carretera.

—¿Y cómo la oyó?

—Como siempre.

Por encima de su hombro, uno de los cuadrados amarillos se apaga. Me pregunto si cree que lo he hecho yo. Lo dudo, la verdad, y el miedo a que lo piense es distante, como otra carga profunda pero que apenas me alcanza. Por un momento, desearía que me estuvieran acusando. Así lo que sentiría en este momento sería otra cosa —preocupación, indignación, rectitud— diferente a esto. Lo cual es nada, como despertarse en un campo y no recordar cómo has llegado hasta allí.

—¿Cuánto durará esto? —pregunto.

—¿Qué?

—El estado de *shock*.

—Depende. Puede que algunos días.

En una oficina al otro lado de la calle, una mujer de la limpieza levanta el cable de la aspiradora y aparta las sillas de su camino.

—Lo siento —dice—. Sé que quiere irse a casa. ¿Le parecía que Rachel estaba preocupada por algo últimamente?

—No. Bueno, un poco, por el trabajo.

—¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a Rachel?

—No.

—Si se hubiera sentido amenazada, ¿se lo habría dicho?

—Sí.

Nada de esto es propio de ella. No me cuesta nada imaginarme la otra cara de la moneda. Veo a Rachel, empapada de sangre, sentada en esta silla y explicando pacientemente al inspector cómo mató al hombre que la atacó.

—¿Tardó mucho? —pregunto.

—No lo sé —contesta. Yo inclino la cabeza contra el zumbido de mis oídos. La mujer que llegó con él abre la puerta. Tiene la cara suave y regordeta, y el pelo rizado recogido en un moño.

—Alistair —dice—, ven un momento.

—¿Rachel tenía novio? —dice Moretti cuando regresa.

—No.

Me pide que escriba los nombres de los hombres con los que salió alrededor del último año. Escribo cada letra cuidadosamente, comenzando por el más reciente y remontándome dieciséis años atrás, al primer novio que tuvo en Snaith, donde nos criamos. Cuando termino la lista, me siento en la mesa que tengo delante con los puños cerrados y Moretti se queda de pie junto a la puerta e inclina su pesada cabeza cuadrada sobre el papel. Lo observo para ver si reconoce alguno de los nombres de otros casos, pero su expresión no cambia.

—El primer nombre —digo—. Stephen Bailey. Estuvieron a punto de casarse hace dos años. Se veían de vez en cuando. Vive en West Bay, en Dorset.

—¿Fue violento con ella alguna vez?

—No.

Moretti asiente. De todos modos, Stephen será la primera persona que eliminarán. El inspector sale de la habitación y, cuando regresa, tiene las manos vacías. Pienso en el *pub* de esta tarde y en la mujer desaparecida en Yorkshire.

—Hay algo más —digo—. Alguien atacó a Rachel cuando tenía diecisiete años.

—¿La atacaron?

—Sí. El cargo habría sido lesiones físicas graves.

—¿Conocía al atacante?

—No.

—¿Detuvieron a alguien?

—No. La policía no la creyó.

No atacada, pero no de la manera en que ella lo describió. Sospecharon que había intentado robar a alguien o prostituirse y que la habían rechazado violentamente. Eran los últimos policías de la vieja escuela, preocupados por lo que había bebido ella y porque no hubiera llorado.

—Ocurrió en Snaith, en Yorkshire —dije—. No sé si aún tienen el registro. Fue hace quince años.

Moretti me da las gracias.

—Necesitaremos que se quede por la zona. ¿Tiene algún lugar donde dormir esta noche? —pregunta.

—La casa de Rachel.

—No puede quedarse allí. ¿Hay alguien que pueda venir a recogerla?

Estoy muy cansada. No quiero tratar de explicar esto a nadie, ni esperar en la estación a que llegue uno de mis amigos de Londres. Cuando el interrogatorio termina, un agente me lleva en coche al único motel de Marlow.

Ojalá nos estrelláramos. Un camión cargado con postes de metal circula delante de nosotros en la calle Abingdon. Imagino que la cinta de nailon se rompe, los postes de metal caen a la carretera, se mueven de un lado a otro y que uno de ellos me clava al asiento del coche.

La calle principal de Marlow se curva como una hoz, con la plaza en un extremo y la estación de tren en el otro. El Hunters está al final de la hoz, junto a la estación de tren. Es un edificio cuadrado de piedra de color crema con persianas negras. Cuando el agente me deja en el motel, hay algunas personas esperando en el andén y todos se vuelven para mirar el coche de policía.

Cuando llego al Hunters, cierro la puerta y pongo la cadena. Recorro la pared empapelada con la mano, luego apoyo la oreja en ella y contengo la respiración. Quiero oír una voz de mujer. Una madre hablando con su hija, quizá, mientras se preparan para irse a dormir. Pero ningún sonido atraviesa el muro. «Probablemente estén todos dormidos», me digo a mí misma. Apago las luces y me deslizo bajo la manta. Sé que lo que está pasando es real, pero de alguna manera sigo esperando que ella llame.

3

«Hoy debíamos ir a Broadwell a comer *crêpes* con arándanos rojos y al museo», pienso cuando me despierto, enfadada porque nuestros planes se han pospuesto.

A medio camino entre la cama y el baño, me fallan las rodillas. Me derrumbo, pero es como si algo tirara de mí hacia abajo. El perro gira colgado del techo. Rachel está tirada, hecha una bola contra la pared. Hay huellas rojas de manos en las escaleras. Hay tres balaustres limpios en la barandilla y uno sucio, donde está atada la correa del perro.

No sé cuánto tiempo estuve así. En algún momento decido lavarme. No me puedo duchar, porque creo que huelo su casa en mi pelo. En lugar de eso, me desnudo y me paso una toalla mojada por el cuerpo y contemplo como la tela se vuelve rosa y marrón.

Me visto, meto la ropa de ayer en una bolsa de plástico y la llevo al cubo de basura que hay en la parte trasera del motel. Se me hace raro, como si estuviera deshaciéndome de pruebas, pero la policía no me dijo que la guardara. Tendrían que haberme indicado mejor qué hacer. Paso junto a un cuadro de una cacería de zorros en el pasillo, en el que algunos cazadores vestidos de rojo se esconden tras los árboles.

Mientras subo las escaleras, Moretti llama para decir que tiene algunas preguntas más que hacerme.

—Haré un comunicado de prensa en una hora. El comunicado no incluirá nada sobre el perro.

—¿Por qué no?

—La gente se obsesiona con ese tipo de cosas. No puedo prepararla para lo que ocurrirá si se convierte en noticia nacional. No podemos decirle que no hable con la prensa, pero puedo asegurarle que no ayudará al caso. Se entrometerán y, cuando se aburran, buscarán algo que llame la atención sobre Rachel.

—¿Qué podría llamar la atención?

—Lo peor de ella.

Un agente me recogerá en el Hunters a las cinco. Decido esperar en mi habitación. Tengo seis horas sola por delante hasta que llegue y me pregunto si aguantaré hasta entonces.

Unas horas más tarde, alguien llama a la puerta.

—Algunos huéspedes se han quejado —dice la directora del motel.

En el pasillo, tras ella, las lámparas están encendidas. Lleva una bufanda de tartán; quiero decirle que viví un tiempo en Escocia. Mi hermana fue a visitarme.

—El ruido los molesta.

—Lo siento.

Tengo que apoyarme en el marco de la puerta. No he comido ni bebido nada en todo el día. Lo de la comida va a ser un problema.

—Avíseme si necesita algo —dice—. Lo siento mucho. Estamos viviendo una mala racha. Primero Callum y, ahora, su hermana.

—¿Callum?

—El joven del pueblo que murió en un accidente en la carretera de Bristol. Solo tenía veintisiete años.

Ahora lo recuerdo. Rachel fue una de sus enfermeras. Pienso en compartir con la mujer lo que Rachel me contó sobre él, pero decido no hacerlo.

A las cinco, un agente me recoge y vamos en coche hasta Abingdon. En la sala de interrogatorios, Moretti dice:

—No hemos dado con su padre. ¿Tiene contacto con él?

—No.

—¿Estaba Rachel en contacto con él?

—No.

Los tubos de la calefacción suenan en el techo. Fuera, es de noche y está nublado. En Lancashire y Cumbria ya está nevando. El inspector no ha preguntado por nuestra madre. Ya debe de saber que murió hace mucho tiempo, poco después de que yo naciera.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su padre?

—Hace tres años.

—¿Tiene antecedentes de violencia?

—No —contesto, aunque no estoy segura de que sea cierto—. Es frágil. Rachel era mucho más fuerte que él. ¿Tienen que decirle lo que ha pasado?

—Sí.

Les costará encontrarlo. Decidió dejar de cobrar ayudas cuando comenzó a desconfiar del Gobierno. Rachel tenía una postal de él de hace unos meses en la que decía que estaba en Blackpool, cosa que decido no contar al inspector.

—¿Han hablado ya con Stephen? —pregunto.

—Estuvo en su restaurante todo el día.

La información me alivia y me siento una traidora por desconfiar de él. La adoraba.

—¿Qué tipo de vehículo conduce su padre? —dice Moretti.

—Ya no conduce —contesto. Comienzo a explicarle que es un alcohólico, aunque la palabra siempre ha sonado demasiado refinada para describirlo. Moretti ya debe de saber algo de esto. Tiene un historial. Alteración del orden, allanamiento, robo...

Un agente llama a la puerta y Moretti se excusa un momento. Miro hacia la sala de investigación. Uno de los inspectores come patatas fritas de una bolsa de aluminio y papel y el aire huele a vinagre.

Ojalá *Fenno* estuviera aquí, conmigo, sentado sobre las patas traseras junto a mi silla. Quiero apoyar la mano en su suave cabeza. La última vez que visité a mi hermana, le di un baño. Le protegí los ojos con la mano mientras le aclaraba el jabón del pelaje. Cuando lo envolví en una toalla, se apoyó en mí y nos quedamos así durante mucho tiempo, mientras la cálida humedad me empapaba la camiseta.

Cuando Moretti vuelve, añade:

—Lo que necesitamos ahora de usted es un informe sobre cualquier cosa inusual en la rutina de Rachel. Podría ser algo tan pequeño como un cambio de ruta en su camino al trabajo. Amigos nuevos, una actividad nueva...

—No sé nada. Dijo algo sobre apuntarse a un gimnasio en Oxford para poder nadar en invierno, pero aún no lo había hecho.

—¿Algo más? ¿Algún cambio en el hospital?

—No.

—¿Le gustaba su trabajo?

—Sí, la mayor parte del tiempo. —Había tenido una época difícil al comienzo de su carrera profesional, cuando estaba estudiando para ser enfermera especializada mientras trabajaba como enfermera titulada. Me dijo que volvía a casa en bici deseando que alguien la atropellara para poder descansar—. Decía que era exigente, pero que le gustaba.

Moretti me escudriña y me pregunta si estoy poniendo a prueba su paciencia. Dentro de poco el interrogatorio acabará y me tendré que ir. No me imagino qué haré después.

—¿Quiere beber algo? —pregunta, y yo asiento.

Mientras prepara el té, trato de pensar en algo que decirle, pero no recuerdo ningún cambio en las costumbres de Rachel. Leo el folleto de una fundación de apoyo a víctimas y testigos de crímenes. «La vida puede hacerse añicos tras un asesinato», dice. «Cosas sencillas como pagar facturas o contestar el teléfono pueden resultar difíciles».

Quiero preguntar a Moretti qué hace en Whitstable, y cada cuánto va allí. Se lo contaré a Rachel, seguro que lo querrá saber. Bebemos el té en silencio.

—El domingo, Rachel dijo que había quedado con alguien llamado Martin.

Moretti se gira hacia mí.

—¿Y adónde fueron?

—No me lo dijo. Era por la noche, así que supongo que irían a cenar a algún sitio. Le pregunté si era una cita y me dijo que no. Dijo que era un amigo del hospital.

—¿Sabe su apellido?

—No me lo dijo.

—¿Cuándo decidió Rachel que se quería mudar? —pregunta Moretti.

—No quería mudarse.

—Visitó a un agente inmobiliario hace dos semanas.

—¿Adónde se iba?

—A St. Ives. —La costa norte de Cornualles. Se me acelera el pulso por la emoción. Me encanta St. Ives. Podré ir a visitarla—. Rachel tenía planeado mudarse y no durmió en su casa esta semana. Pensamos que es probable que alguien la estuviera amenazando.

—¿Dónde se estaba quedando?

—Con Helen Thompson.

Moretti se pone en pie y yo lo sigo, demasiado perpleja para protestar.

—El sargento Lewis va a Marlow. Se ha ofrecido a dejarla en el hotel — dice.

Un hombre alto con acento del sur de Londres me espera en el pasillo. En el ascensor de bajada dice:

—Lamento lo de su hermana.

Cuando las puertas se abren, lo sigo hasta su coche. La lluvia comienza a repiquetear en el parabrisas mientras nos abrimos paso entre el tráfico.

—¿Dónde va la gente después?

—Se van a casa —dice.

Los limpiaparabrisas escurren el agua del cristal.

—¿Cuánto hace que es policía?

—Ocho años —dice, y se inclina hacia delante en un cruce para controlar el tráfico en dirección contraria—. Me doy dos más.

4

Rachel compró la casa en Marlow hace cinco años. Su pueblo es perfecto. Hay edificios de madera pintada en la calle principal. También está la plaza. Los tejos en el extremo largo de la plaza. El reloj amarillo del ayuntamiento. Los dos *pubs*. La iglesia y el cementerio de la iglesia. El riachuelo. La gasolinera.

El Duck and Cover es el *pub* de los comerciantes. Se llamaba de otra manera, Duck and Clover, hasta que alguien tapó con pintura una de las letras. El Miller's Arms es el *pub* de la gente que va y viene todos los días del trabajo. Sirve Pimm's y solo retransmite deportes durante el Mundial y el campeonato de Wimbledon. Rachel pensaba que, con el tiempo, se produciría una confrontación explosiva entre los bandos. La esperaba con ansias. Apoyaba firmemente al Duck and Cover.

«No queremos convertirnos en otro Chipping Norton», decía. «Es importante que la gente que trabaja aquí pueda permitirse vivir aquí».

A excepción del Miller's Arms, el pueblo no ha cambiado demasiado, al menos por ahora. No hay tiendas de ropa ni de artículos del hogar en la calle principal. Hay una fiesta de primavera y una cena para recaudar fondos para el cuartel de bomberos.

«¿Por qué antes no había tanta gente que tuviese que hacer un largo trayecto para ir al trabajo?», pregunté.

«Ahora los trenes son más rápidos».

Hay otro pueblo, más grande, a la misma distancia de Londres, con un *pub* famoso, pero Rachel nunca corregía a la gente cuando los confundían, ni

cuando le decían que habían estado en el Hand and Flowers.

Rachel dijo que había algo raro en el pueblo. No recuerdo exactamente cuándo sucedió. Fue hace poco, después de que volviéramos de Cornwallles. No la dejé terminar. Estábamos desayunando en su casa. Me acababa de levantar y no quería oírlo. Sabía por su tono de voz que lo que estaba a punto de contarme era horrible. Sabía que tenía que pararla. Me tomé un *croissant* de frambuesa y un *espresso*. Tenía su pueblo.

La bodega. La sociedad de ahorro y préstamo para la vivienda. El gallo dorado del tejado del Hunters. La biblioteca. Los gemelos que trabajan para el pueblo. El toldo amarillo del Miller's Arms. Los álamos frente al taller mecánico.

Creía que los gemelos eran una sola persona hasta que los vi a ambos a la vez lavando un camión de la basura. Ambos llevaban gafas de sol de espejo, tenían el pelo largo y tenían rottweilers.

«¿Tienen perros idénticos?», pregunté.

«No, es el mismo perro», contestó Rachel.

El Hunters no va demasiado bien. Hay doce habitaciones y solo otros dos huéspedes. Es noviembre, pero según Rachel tampoco se alojó nadie aquí en verano. Dijo que solo sigue abierto por el bar que hay debajo de las habitaciones. Esto me viene bien, ya que no planeo irme.

Cuando vuelvo de la comisaría, robo un cuchillo de trinchar de la cocina. Lo coloco bajo la cama, así, si dejo caer el brazo por el borde del colchón, podré agarrarlo. Luego, me hundo en la cama, preguntándome qué quería decirme Rachel, y dejo que la oscuridad me envuelva el rostro.

5

Los primeros pasajeros ya están esperando en la oscuridad del andén cuando salgo a comprar los periódicos al quiosco de enfrente la mañana siguiente y los traigo al vacío salón del motel. La habitación está cubierta de papel verde con lirios dorados del valle. Antiguamente, los jinetes desayunaban aquí antes de salir de cacería.

Rachel no está en el *Telegraph*. No está en el *Independent*, el *Sun*, el *Guardian* ni el *Daily Mail*. Si ninguno de los periódicos nacionales ha sacado la noticia, tal vez no ha ocurrido.

Pero aparece en la portada del *Oxford Mail*. El periodista debe de tener una copia de la autopsia. Me entero de que murió a causa de una hemorragia arterial. La hora de la muerte fue entre las tres y las cuatro de la tarde. La apuñalaron once veces en el estómago, el pecho y el cuello. Tenía heridas defensivas en las manos y los brazos.

Estoy sentada en la mesa leyendo el artículo y, de pronto, estoy a cuatro patas sobre la alfombra. Los dibujos del papel pintado comienzan a moverse. Tengo la boca abierta.

Cuando el dolor más fuerte remite, me repliego contra la esquina de la habitación. Coloco los periódicos en la chimenea vacía. Quiero quemarlos, pero no tengo cerillas.

Llamo a la paisajista. Le digo que ha habido una muerte en la familia y que no sé cuándo podré volver a Londres. Esta manera de decirlo me agrada, como si

no fuera Rachel quien ha muerto, sino algún otro familiar, una tía o nuestro padre. Me dice que me tome todo el tiempo que necesite, pero no me ofrece un permiso retribuido. Lo cierto es que no la culpo. No es ese tipo de trabajo.

Llamo a mi mejor amiga, Martha. Quiere venir y quedarse conmigo, pero le digo que necesito estar sola de momento.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —pregunta.

—No lo sé. El inspector me ha pedido que me quedara por la zona.

—¿Por qué?

—Necesitan información sobre ella, supongo.

Le pido a Martha que se lo diga a nuestros amigos y le doy también los números de los amigos de Rachel. Alice vive en Guatemala. No tengo su número y espero que Martha tampoco lo encuentre. Me reconforta que, para ella, Rachel siga viva y esté bien, como si eso lo hiciera, en parte, verdad.

Después de las llamadas, camino hacia su casa. Es una tarde de domingo de finales de noviembre y algunas personas pasan a mi lado en coche, de camino a hacer sus recados. No me creo que esté planeando sobreviviría, seguir con mi vida sin ella. La carretera que lleva a su casa, una tira de asfalto negro, se alarga ante mí.

El artículo en el periódico no mencionaba al perro. La policía estará contenta. Todavía lo veo, colgando de lo alto de las escaleras. Un pastor alemán grande. Me sorprende que el balaustre de la barandilla soportara su peso.

Con la primera luz del alba, unas figuras uniformadas se mueven entre la maleza en el borde del jardín de Rachel. Salgo de la carretera frente a la propiedad de su vecino y camino alrededor del prado de los caballos. Tras él, un sendero trepa por la cresta.

Voy despacio y, a veces, me detengo y extiendo la mano para mantener el equilibrio sobre las rocas, hasta que estoy al otro lado del valle de la casa de Rachel. Todas las luces están encendidas y unas figuras se mueven tras las ventanas del piso de arriba. Cuento dieciocho personas buscando en la hierba, bajo un cielo agitado. La cinta azul todavía tapa la puerta y hay un hombre de uniforme de pie junto a ella.

Comienza a nevar. Una ráfaga de humo blanco se condensa sobre el borde del acantilado. Hay alguien en la casa del profesor, debajo de la cresta. Me agacho hasta que veo su techo y la chimenea. Unos tirabuzones de vapor se elevan hacia el cielo y se funden con la nieve. El profesor camina por la

entrada de su casa mientras echa puñados de arena amarilla y sal. Desde el borde de su finca, mira hacia la casa de Rachel, al otro lado de la carretera. Tiene los hombros caídos y una bolsa de papel vacía.

Se queda ahí de pie, esperando, creo, a que alguien baje de la colina para poder preguntar si hay novedades. Seguramente ya lo han interrogado. Imagino que tiene lágrimas en los ojos. Le gustaba Rachel. Y pienso que debe de haber pasado la noche asustado; tal vez no consiguiera dormir.

Levanto la vista y siento dolor en el pecho. La nieve para, planea, gira en rápidos remolinos horizontales. Camino hacia el lomo de la cresta y me alejo del borde del precipicio, atravesando una franja de árboles bajos y retorcidos. Apenas son más altos que yo, atrofiados por el viento. Una rama con un trozo de tela amarilla rígida colgando sobresale de uno de ellos. Piso una roca plana y, cuando caigo al otro lado, aterrizo en un revoltijo de latas de cerveza y colillas. Siento un hormigueo en la nuca y un calor me recorre la piel. Levanto la mirada lentamente y, allí, enmarcada por un espacio entre los árboles, está la casa de Rachel.

Las ramas forman un óvalo, como el marco de un retrato, a su alrededor. En el crepúsculo, veo a gente moviéndose de una habitación a otra dentro de su casa. A medida que anochece, las imágenes en las ventanas se ven más claras y nítidas. No tenía cortinas, excepto una, en el baño. Veo la gasa blanca, pero solo llega hasta el travesaño. Se le podría ver la coronilla cuando se lavaba los dientes en el lavabo, cuando salía de la ducha...

Alguien bebía Tennent's Light Ale y fumaba Dunhills y la observaba. Rebusco en la cresta, detrás de mí. Agarro una piedra afilada y giro sobre mí misma. Las latas y hojas secas crujen bajo mis botas. Espero a que aparezca un hombre. No estoy asustada, quiero ver quién le hizo esto. A medida que pasan los minutos, la posibilidad de que alguien más esté aquí disminuye, hasta que se evapora por completo.

Por el hueco que hay entre las ramas, observo la nieve caer sobre su casa. La cresta está tan tranquila que me parece que oigo como la nieve sobre el suelo helado. Una desolación absoluta se apodera de mí. Los hombres que buscan en los alrededores se adentran más en el bosque. Noto que la nieve se funde con las colillas, que se ablandan y expanden.

Llamo a Lewis, cuyo coche está aparcado al final del jardín de Rachel. Le veo agacharse para pasar bajo la cinta y salir de la casa. Se queda de pie en la entrada, con su abrigo oscuro. En silencio, saca el teléfono del bolsillo y mira la pantalla.

—Hola, Nora.

—He encontrado algo.

—¿Dónde estás?

Salgo rápidamente al camino, frente a los árboles espinosos, y agito el brazo.

—Aquí.

Gira la cabeza y entonces me ve. Se detiene. Su rostro es un borrón distante. La corbata se le retuerce con el viento y los pantalones le quedan holgados.

Para cuando lo oigo en el camino, estoy helada. Cuando aparece en el hueco que hay entre los árboles, sé por su expresión que tengo una pinta absurda.

Lewis me mira, con el rostro flácido y triste, a través del óvalo en las ramas. «Dos años más», dijo en el coche, pero sé que desearía que no le quedara ninguno. Las ramas espinosas forman un arco sobre él.

Se agacha bajo ellas y se coloca en cuclillas para observar el suelo. Me pregunto si espera no encontrar nada, si cree que he estado vigilando para nada. Al ponerse de pie, se gira y mira la casa, enmarcada en el hueco entre los árboles; un óvalo perfecto, como si alguien hubiera recortado las ramas. Deja caer los hombros.

—Alguien la estaba observando —digo.

—Nora —contesta Lewis—, ¿por qué viniste aquí?

Me saca una cabeza y le plantea la pregunta al espacio que hay encima de mí.

—Quería ver la casa.

Asiente, con la mirada puesta en el acantilado.

—¿Pensaste que alguien estaba observando a Rachel?

—No.

Miramos hacia el valle y las arboledas que forman charcos oscuros sobre la nieve blanca. A la luz del día, un hombre sería invisible aquí arriba y, por la noche, podría acercarse más. Lo imagino rodeando la casa, poniendo las manos en las ventanas.

Un hombre con traje de forense —la fina tela se estira sobre sus zapatos y se tensa en la parte de la cabeza— sube por el camino. Lewis le pide que guarde el material en una bolsa y comenzamos a bajar por la cresta. Delante de mí, Lewis deja un rastro de pisadas en la nieve. Más allá del extremo derecho de la cresta, el bosque a sus pies es una sucesión de entramados.

Bajamos por la roca apresuradamente y aparecemos detrás del prado de los caballos. Sigo a Lewis hasta la carretera, y siento las piernas cada vez más

pesadas mientras caminamos penosamente por la nieve.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

El Emerald Gate tiene mesas de plástico y fotografías retroiluminadas de los platos sobre la caja registradora. Un joven con uniforme de cocinero levanta una cesta de metal de la freidora y la agita antes de sumergirla de nuevo. El olor a aceite me hace la boca agua. Mi última comida de verdad fue hace dos días, en el *pub* de Londres.

Observo como las perlas de jazmín se abren en mi té, mareada y fascinada. Me presiono las mejillas con los puños hasta que alcanzan mis ojos. Lewis desliza las rodillas bajo la mesa y parece que la silla le queda pequeña. Me paso el pulgar por la mejilla, que tiene arañazos de las espinas de los árboles.

Nuestra comida llega a la barra. Lewis ha pedido tortitas *mu shu* y yo también, ya que no podía afrontar tener que tomar una decisión. El ritmo de la comida me calma: poner cucharadas de la mezcla en la delgada tortilla, doblarla en un triángulo, mojarla en la salsa de ciruela. Las preparamos y comemos en silencio mientras la nieve se mueve bajo las farolas.

—Nora —dice—, ¿por qué fuiste a la cresta?

—Te lo he dicho, quería ver la casa.

Tras la barra, el cocinero sirve sopa *wonton* en recipientes de plástico y el olor salado del caldo flota hasta nosotros.

—¿Dijo Rachel algo en alguna ocasión que te hiciera mirar allí?

—No.

Doblo los bordes de la tortilla. Lewis ha dejado de comer y me observa.

—¿Desde cuándo tenía el perro? —pregunta.

—Desde hace cinco años, cuando se mudó a Marlow. Ella tenía veintisiete.

Mojo la tortilla en la salsa de ciruela.

—¿Pasó algo importante ese año?

—No.

—Pero escogió un pastor alemán.

—Mucha gente lo hace —contesto.

—Encontramos unos papeles en su casa. A ese perro lo crió y lo entrenó una empresa de seguridad de Bristol.

Me quedo quieta con la cuchara a medio camino del plato.

—¿Qué?

—Venden perros adiestrados para defensa.

Recuerdo a Rachel en el césped, dando órdenes mientras *Fenno* corría a su alrededor. Dijo que tenía que entrenarlo para que no se aburriera.

—Me dijo que lo había adoptado.

—Tal vez tenía miedo —dice Lewis—, por lo que había pasado en Snaith.

Recuerdo que, cuando terminó, Rachel no podía caminar. Tenía todas las uñas rotas por haber luchado contra él.

—¿Crees que fue él? —pregunto.

—No lo sé.

—¿Por qué esperaría quince años?

—Tal vez la estaba buscando.

6

Habíamos ido a una fiesta la noche que la atacaron. Era la primera semana de julio y yo tenía un trabajo en la piscina del pueblo como asistente júnior del socorrista, lo cual significaba que, si tres personas se estaban ahogando en extremos opuestos de la piscina, yo podía rescatar a la más pequeña.

La mañana de la fiesta fue un «día abrasador», según Radio Humberside. «Tengan cuidado ahí fuera», dijo el presentador, cosa que me pareció exagerada. La tostada saltó y la tetera eléctrica silbó. Abrí la puerta corredera con el pie y desayuné con la espalda contra el cristal.

Tenía los pies estirados sobre las piedras del patio y nuestro padre estaba trabajando en una zona de obras en Sunderland. La entrada se libraba de la presencia de su AMC Gremlin, el coche más pequeño y feo del mundo. Rachel decía que éramos «niñas de la llave», aunque técnicamente no lo éramos, ya que la puerta nunca estaba cerrada. Cuando le dije esto, me contestó: «Deja de decir tonterías».

Rachel todavía estaba dormida cuando me marché para ir a la piscina. La persiana de su habitación estaba enganchada en una esquina y la luz brillaba sobre su pálido brazo y su pelo oscuro. Cerré la puerta y bajé haciendo retumbar las escaleras. Mi padre una vez me preguntó si bajaba las escaleras de esta manera a propósito, para hacer el mayor ruido posible. La puerta de malla se cerró de un golpe detrás de mí y me dirigí a la calurosa y vacía calle. Habían embargado la mitad de las casas; caminé sin prisa por el centro de la calle, apartándome el pelo de la cara.

Después de mi turno, en la piscina fui a casa de Alice. Rachel había quedado conmigo en la puerta y observé como se formaba su silueta tras la red metálica.

«¿Qué tal el trabajo, Nora?», me preguntó Alice.

«Sin ahogamientos».

Salimos hacia la fiesta a las nueve. Rachel iba delante y Alice y yo la seguíamos cogidas del brazo. Mi hermana iba con pantalones cortos tejanos y una camisa azul marino holgada. Llevaba sandalias que se ataban al tobillo y tenía una pulsera de tela en la muñeca, y el pelo suelto le caía sobre la espalda. Habíamos echado vodka en una lata de Coca-Cola e íbamos tomando sorbos mientras caminábamos, y todo el alcohol se había quedado flotando en la parte de arriba, así que al llegar a la casa ya estábamos borrachas.

Cuando entramos en la fiesta, todo el mundo empezó a abrazar a los demás, incluidas algunas personas que ya estaban allí juntas cuando llegamos. Rafe me pasó el brazo por encima y me llevó a la cocina. Allí bebí otra Coca-Cola con vodka, y luego otra.

Perdí a Rachel. Jugamos al Yo nunca, pero nadie se acordaba de las reglas, y entonces ella salió de la cocina y se apretujó a mi lado en el sofá. Apoyé la cabeza en su hombro. Olía como si acabara de fumarse un cigarrillo. Le levanté el pelo y me lo llevé a la nariz, para respirar a través de él como si fuera un filtro.

Después de eso, todo se vuelve borroso.

Recuerdo estar vaciando una cubitera en un vaso, luego tirarlo al suelo y estar de rodillas, escarbando bajo la nevera con una mano.

Más gente entraba.

Otro vodka con Coca-Cola.

Rachel estaba en la cocina, con el pelo recogido en un moño alto, bebiendo un vaso de agua y hablando con Rafe. Tenía los pómulos redondos y los labios rosados.

Estaba terriblemente cansada y chocándome con todo. Subí las escaleras, lo cual fue interesante, porque no podía ver por debajo de mis rodillas.

Cerré los ojos. Entonces, alguien se inclinó hacia mí en la primera luz de la mañana, insólita, casi neón. Estaba en una cama individual, durmiendo de lado junto a Alice.

«Nora, me voy caminando a casa. ¿Quieres venir conmigo o quedarte?».

La mano de Rachel estaba sobre mi brazo.

«Me quedo».

Me acurruqué en el hombro de Alice y volví a dormirme.

La cosa fue que, aquella mañana, ni siquiera me volví para mirarla. Lo he imaginado después, una y otra vez. Recostándome sobre mi hombro, girándome para verla. Su rostro se vería pálido bajo la luz azul neón del exterior, con el pelo colgando hacia delante como dos largas cortinas.

«Da igual. Iré contigo».

7

A la mañana siguiente me dirijo al acueducto por la calle Cale. El camino tiene casi veintiún kilómetros y mi plan es caminar lo bastante como para aclarar mis ideas. La noche anterior, en el Emerald Gate, le pregunté a Lewis:

—¿Vais a buscarlo?

—Sí —dijo él.

Tal vez ya esté en Snaith. No me imagino cómo va a ser posible encontrarlo, después de quince años. Ya fue difícil durante las semanas posteriores al ataque.

Me agacho para pasar por un hueco en el seto y salgo al acueducto, por la parte del recorrido a la que la gente trae a sus perros después del trabajo y los fines de semana. El corazón me da un vuelco. Hace tres semanas, Rachel y yo vinimos aquí con *Fenno*. Le lanzamos una pelota de tenis por turnos. Nos limpiamos las manos en los vaqueros. Cuando un perro de aguas portugués salió de la calle Cale, Rachel se partió de risa con la reacción de *Fenno*.

Mientras se lanzaba a saludar al otro perro, Rachel se secó las lágrimas de los ojos y su boca tomó la forma de una media luna.

«Está literalmente temblando de felicidad», dije.

«Lo sé», contestó Rachel, «lo sé».

Rachel escogió al perro por protección. Lo compró hace cinco años, poco después de mudarse aquí. Lewis cree que se sentía insegura viviendo sola en el campo, más expuesta que en Londres. Tal vez pensó que él podría encontrarla.

Me alejo del pueblo caminando junto al acueducto. El combustible que está siempre en mi estómago se enciende y me siento en llamas. No oigo nada, aunque no soy consciente hasta que estoy bastante lejos del pueblo y me doy cuenta de que mis zapatos deben de haber estado haciendo ese ruido sobre el camino desde que empecé a andar.

Acecho entre las granjas, mientras las llamas se extienden por todo mi cuerpo. La rabia no se va. Después de un par de kilómetros, me detengo y lloro con la cara entre las manos. Caigo de rodillas. Incluso con las piernas contra el suelo helado, sigo ardiendo, y el fuego se eriza desde mi columna.

A la vuelta, paso por una avellaneda y una curva, y hay una figura en el camino, delante de mí.

Al acercarme veo que es un hombre con un abrigo largo. Tiene un Staffordshire bull terrier y lo lleva con correa, lo cual es extraño. La mayoría de la gente deja a sus perros correr por el acueducto. Cuando estamos cerca, el perro trotaba hacia mí para saludarme, tirando del hombre. Este sonrío. Es calvo, con la barbilla prominente y la nariz chata, como un bóxer.

—Esta es *Brandy* —dice.

Extiendo la mano para que la perra me huela. Aprieta su nariz húmeda contra ella y el dolor se vierte en mí. Le rasco detrás de las orejas y sus ojos se arrugan y la cola se agita de un lado a otro. Aunque hace frío, ha estado sudando. Veo su piel rosada entre las líneas que conforma el pelaje apelmazado por el sudor.

El desconocido no lleva guantes, y la mano que sostiene la correa está roja y agrietada. El ligero abultamiento de su estómago se marca contra el abrigo.

—Buena chica —le digo a la perra.

Ella fija los ojos en los míos con la atención característica de los bull terriers y me pregunto contra quién se lanzaría si él me atacara.

Un cuervo grazna en el campo y, cuando el hombre se gira para mirar, le doy la vuelta a la chapa de la perra. Denton. Viven en la calle Bray, cerca del parque público. No sé si me ha pillado leyéndola.

—¿Suele escaparse? —pregunto, y señalo la correa.

—No —dice él—. Un amigo mío dejó a su Staffordshire suelta y su vecino la disparó.

La perra me huele la muñeca, con los ojos muy abiertos y un poco desviados.

—Antes se usaban como niñeras —digo.

—Lo sé. Mi amigo se lo dijo a la policía. Al que disparó no le pasó nada. Ni siquiera le amonestaron.

Reconozco la cosechadora en el campo que tenemos al lado y me doy cuenta de lo lejos que estamos aún del pueblo. Un kilómetro y medio, por lo menos.

—¿Eres Nora? —pregunta.

No nos conocemos. Tiene barba gris de pocos días y algunas líneas profundas le cruzan la frente.

—Sí.

—Rachel venía a menudo por aquí —dice—. No me lo creo.

De repente, la perra se pone alerta. Me vuelvo y miro detrás de mí, pero el camino está vacío.

—La vi esa misma mañana —dice él.

Se me seca la boca. La manga de su abrigo tiene un pequeño desgarró en el dobladillo. ¿Se lo hizo mi hermana?

—¿Dónde?

—En su casa. Había una fuga de agua en el baño. Pasaron unos cuantos días hasta que se dio cuenta. Hay una grieta en mitad del techo.

Me enderezo. Estamos solos, entre campos monótonos y removidos. Miro su mano roja retorcer la correa.

—¿Y te llamó?

—Soy fontanero. Si necesitas ayuda con la casa o lo que sea, házmelo saber —dice.

Lleva el abrigo cerrado hasta la barbilla que deja solo las manos y la cabeza expuestas. Busco rasguños o moretones, pero, si los tiene, están escondidos.

—Mi madre murió el año pasado. Hay mucho que resolver, estaría encantado de ayudar.

Se aleja caminando. Empiezo a ir en dirección a Marlow y, una vez lo pierdo de vista, corro.

Mi teléfono no tiene cobertura hasta que llego a la calle Cale.

—¿Han interrogado ya a alguien llamado Denton?

—Sí —contesta Moretti—, Keith Denton.

No pensaba que me lo fuera a decir. Creía que los interrogatorios de la policía eran confidenciales, y por un momento me pregunto a quién le ha contado que habló conmigo.

—Estuvo en casa de Rachel el viernes.

—Lo sé. Uno de los vecinos vio su furgoneta. Lo interrogamos en comisaría el sábado.

—¿Por qué lo dejaron marchar?

—No tenemos fundamentos para arrestarlo. Nuestros técnicos todavía están haciéndole pruebas a la furgoneta. Tiene prohibido abandonar la zona.

—¿Comprobaron si tenía heridas?

Rachel tenía heridas defensivas y el perro estaba entrenado por una empresa de seguridad. Habría intentado protegerla.

—No encontramos ninguna prueba para incriminarlo. Según dice, Rachel estaba perfectamente cuando él dejó la casa.

—¿Dónde estuvo entre las tres y las cuatro?

—Descansando.

—¿Dónde?

—En su furgoneta, junto al estanque. Pasó la noche anterior en vela en un trabajo en Kidlington.

—¿Lo vio alguien?

—Estamos confirmando sus movimientos con testigos y cámaras de seguridad.

Debe de sacar algún provecho por contarme esto. Debe de ser una técnica. Me pregunto si piensa que esta información desencadenará algún recuerdo en mí. Que Rachel se encontraba con sus amantes en el estanque, tal vez, o que el lugar tiene algún significado.

—¿Era él quien la observaba desde la cresta?

—Nora, todavía no lo sé. Sabremos más cuando lleguen los resultados del laboratorio.

La calle principal se ve extraordinariamente hermosa y civilizada, y tiemblo de alivio por no estar más tiempo a solas con él.

El toldo amarillo del Miller's Arms golpea en el viento. Las suaves nubes se ven como mármol en el reflejo de las ventanas de la biblioteca. Hay una docena de personas en la calle y una de ellas, una mujer de pelo oscuro y ojos azules de caleidoscopio se para frente a mí.

—Nora, lamento mucho lo de tu hermana.

—¿Eres del hospital? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¿Te apetece una taza de té?

Sonríe y me aprieta el brazo, y tengo la sensación de que la gente de aquí va a cuidar de mí. Vamos al Miller's Arms. Dispone el té delante de mí y me sonrío, alentadora. El alivio de estar con otra persona, en el calor de la compañía, me hace hundirme en la silla.

Es posible que acabe de conocer a su asesino. Esta información me ruge en los oídos. Aunque sea solo unos minutos, quiero un lugar seguro.

Solo había estado en el Miller's Arms una vez. Mi bebida era blanquecina y espumosa y tenía una violeta flotando en la superficie. Eso me encantó.

—Joder —exclamó Rachel.

Su pastel de pescado llegó con una pinza de cangrejo moteada saliendo de la masa, lo que la apaciguó.

—¿Compensa lo de la violeta? —pregunté.

—No, definitivamente no.

—Lo siento —digo ahora a la mujer que tengo delante—. No recuerdo tu nombre.

Ella deja la taza y el tintineo contra el plato es muy doméstico, muy incongruente.

—Sarah Collier. Trabajo en el *Telegraph*.

Me doy cuenta, con un latigazo de vértigo, de que el resto de la gente de la sala nos está mirando. Me levanto y salgo a la calle.

Sarah me alcanza fuera. Ha dejado su abrigo en el *pub* y está ahí de pie, temblando, con un jersey color crema y las manos metidas bajo los brazos.

—No voy a preguntarte nada. Solo estoy aquí por si necesitas hablar.

—No voy a hablar con la prensa.

—¿Te dijo Alistair que dijeras eso? —pregunta—. No tienes que escuchar todo lo que te dice.

No quiero que Sarah sepa dónde estoy viviendo, así que camino hacia la plaza. Cuando me giro a mirar, la puerta del Miller's Arms se cierra tras ella. Paso la plaza y giro hacia la calle Salt Mill. A un lado hay un monumento conmemorativo, y mi primer pensamiento es que es para Rachel. Me llevo la mano a la boca. Hay velas y pilas de flores blanquecinas. Entonces veo la camiseta de fútbol clavada en la valla y una carta donde pone «Callum».

La pequeña casa adosada detrás de la valla parece vacía. Rachel me dijo que murió en septiembre, su familia no la habrá vendido todavía. Espero hasta que la calle está desierta y me agacho para leer algunas de las cartas. Los mensajes muestran a personas aprisionadas por su muerte y angustiadas por ella. Muchas lo describen como un héroe. O nadie sabía cómo era, o lo sabían y no les importaba.

8

Estoy cruzando la calle principal cuando veo a Lewis en el quiosco, hablando con el anciano propietario. Espero a que salga.

—¿Es sospechoso?

—No.

Desde su tienda, Giles tiene una vista sin obstáculos de la estación de tren. También es el cotilla del pueblo, según Rachel. Su tienda está abierta más horas que ninguno de los otros negocios de la calle principal y conoce a todos los habitantes del pueblo. La gente le hace confidencias. Él pregunta sobre enfermedades, embarazos, divorcios... Recuerdo, absurdamente, que sabe lo de mi ruptura con Liam. Me lo sonsacó en los dos minutos que tardé en comprar un periódico y una botella de agua mineral en su tienda, en mayo.

Reparo en sus vistas, las luces colgantes del andén y la comisaría, y luego sigo a Lewis por la calle principal. Encontramos un banco en el parque. El sacerdote está en el cementerio de la iglesia, con su sotana negra. Sobre él se erguía un olmo blanco, que lo resguardaba bajo su verde copa.

—¿Los curas anglicanos escuchan confesiones? —pregunto.

—No, oficialmente no. No como los católicos. Pero no serviría de nada si lo hicieran. Nunca sueltan prenda.

El cura sube los escalones de la iglesia. Por un momento parece que nos esté mirando; entonces agarra las anillas de hierro de las dos puertas y las cierra.

—¿Hace falta que cierre las puertas así? —dice Lewis—. ¿No puede cerrar primero una y después la otra?

Me quedo mirando las vidrieras de la ventana encima de las puertas. El viento corre entre los tejos de la plaza, un sonido vasto, marítimo. Se vuelve más fuerte y es como si estuviera en la playa, en Edimburgo, cerca de mi universidad.

—Un hombre llamado Andrew Healy atacó a una adolescente en Whitley hace dos años —dice Lewis—. Está a unos diez kilómetros de Snaith. Rachel le escribió una carta pidiéndole visitarlo en prisión. Él accedió y ella fue, en marzo.

—¿Era él?

—No. Healy estaba cumpliendo una condena por narcotráfico el verano que atacaron a Rachel.

—¿Podría haberse escapado?

—Era una prisión de alta seguridad. El día del ataque, estaba sirviendo en el comedor. Si hubiera faltado, habría un informe.

—¿Rachel lo sabía?

—Healy le dijo que no podía haber sido él. Rachel habló con su abogado, que le confirmó las fechas de la sentencia.

—¿Dónde fue a visitarlo?

—A una cárcel a las afueras de Bristol. —Lewis parece incómodo por mí. Ella no me dijo que viniera y esperara en el coche. Ni siquiera me dijo que le había escrito—. ¿Te contó Rachel alguna vez que estaba buscando a su agresor?

—Dijo que había dejado de hacerlo. Que quería olvidar lo sucedido.

Cómo no iba a decirme eso... Durante años le había rogado que dejara de buscar y, en algún momento, debió de empezar a resultarle más fácil mentir que discutir.

—¿Cuándo fue esto? —pregunta Lewis.

—Hace cinco años. ¿Es sospechoso?

—No. Healy está en la cárcel todavía.

En el Hunters, encuentro la ruta desde casa de Rachel a la cárcel. La imagino en la sala de visitas mientras los prisioneros comienzan a hacer fila. No sé qué planeaba decir. Qué diría que le había hecho él.

No le preguntaría por qué lo hizo. Yo se lo pregunté a ella una vez y se rio en mi cara.

«No necesita tener una razón», dijo.

No iba a visitarlo para entender mejor lo que había pasado. Quería castigarlo.

Me contó una vez cómo lo haría. Se escribiría con otros hombres de la cárcel y se los ganaría. Durante la visita, mencionaría sus nombres y diría lo que estaban dispuestos a hacer por ella.

No sé hasta dónde habría llevado aquel plan, si realmente habría convencido a otro prisionero para que lo agrediera. Lo dudo, pero el efecto deseado sería el mismo.

No fue él. Andrew Healy. Pero deben de parecerse, lo bastante como para que Rachel llamara al abogado para que confirmara su historia. Aun así, puede ser que lo amenazara. No la atacó a ella, pero sí había atacado a alguien. La veo volviendo a su coche, abrazándose a sí misma con fuerza, con una expresión llena de rabia.

Tal vez parara en Bristol a tomar una copa. También me imagino el lugar; sería familiar, una cadena que hubiera visitado en Londres o Bath. El Slug and Lettuce, o algo así. Estaría aún escudriñando todos los planes que había hecho en su cabeza, y bebería demasiado como para volver conduciendo a casa. Estoy tan convencida de esto que empiezo a llamar a todos los hoteles de medio pelo que hay en el centro de Bristol.

—Hola, soy Rachel Lawrence. Me gustaría reservar la misma habitación que en mi última visita. ¿Podría comprobar cuál era?

Tan pronto como el recepcionista dice que no tienen ningún registro de Rachel Lawrence, cuelgo y marco el siguiente número, hasta que uno dice:

—Habitación número doce.

Pregunto el precio.

—Eso parece más que la última vez. ¿Es la tarifa de fin de semana?

—La tarifa del ocho de marzo también era de noventa y cinco libras.

Me siento orgullosa. La conocía mejor que nadie.

9

«Nora», dijo Rachel, «¿quieres venir conmigo o quedarte?».

«Quedarme».

Y volví a dormirme. Rachel trastabilló por las escaleras. Le dijo adiós a Rafe y a los otros que seguían despiertos, giró el picaporte y abrió la puerta de malla, que resopló con el aire de verano. El sol aún no había salido, pero las aceras estaban calientes. Se habían mantenido calientes durante la noche.

Rachel me contó esta historia solo una vez, dando por hecho que recordaría cada detalle y que nunca me la tendría que volver a contar.

Caminó con las sandalias en la mano. Más tarde supo a qué hora había salido el sol ese día y dedujo que debió de haber salido de casa de Rafe poco después de las cinco. El cielo era de un insólito azul eléctrico. Poco después de irse, pisó una piedra afilada y volvió a ponerse las sandalias. Parecía creer que esta parte era importante. La describió con mucha precisión. No sé si fue porque pensó que, de no haber sido así, podría haber corrido.

Dijo que tuvo un arrebató de felicidad. En vez de irse a casa, pensó en ir al río a ver el amanecer. Dijo que se compadecía de las personas que estaban durmiendo en sus casas, que sentía que su vida era mejor y más emocionante que la de ellos.

Cruzó nuestra urbanización, una espiral de cajas blancas idénticas, la mitad de ellas, vacías.

De repente, apareció un hombre caminando muy rápido entre dos de las casas en su dirección. Rachel lo vio por el rabillo del ojo mientras pasaba por

la franja de césped. Cuando se giró, el hombre ya no estaba tras ella en la calle, y dio por hecho que habría entrado en alguna casa.

Entonces apareció dos casas después. Debió de dar un rodeo para salir por los jardines. Esta segunda aparición la puso nerviosa. No sabía si sería mejor continuar en dirección a nuestra casa o volver corriendo al pueblo.

El hombre siguió bajando por el jardín hasta llegar a la calle. No miró a Rachel, que se había quedado paralizada unos metros detrás de él.

Comenzó a alejarse de ella, en la misma dirección en la que había estado yendo Rachel. Cuando había unos cinco metros entre ellos, ella dio un paso al frente. Le gustaba no ir por delante de él. Le hacía sentir más segura. Decidió no correr, decidió que sería mejor ver dónde estaba él en todo momento.

Durante el resto del camino a casa, los vecinos de las otras casas podrían oírla. Si pasara algo, alguien se daría cuenta y saldría. Si empezaba a correr, él podría atraparla en el tramo de campos entre la urbanización y el pueblo, sin nadie alrededor.

Mantuvo la distancia entre ellos y consiguió avanzar una media manzana.

El hombre giró y fue hacia ella. Caminaba de una manera rara, como de puntillas, dando pasos cortos. Ella empezó a gritarle. Mientras le chillaba, él se acercó con pasos rápidos, como si sufriera sacudidas.

Se suponía que tenía que espantarlo. Eso era lo que le habían dicho, lo que nos habían dicho a todas. Monta una escena, llama la atención, pónselo difícil y te dejará en paz.

No sirvió de nada. En cuanto estuvo lo bastante cerca, apretó la garganta de Rachel con una mano, la agarró del cuello y la lanzó al suelo. Se arrodilló junto a ella y le bloqueó la ingle con una pierna. La agarró del cuello con una mano y empezó a asestarle puñetazos en el estómago y en el pecho y en la cara. Ella lo golpeó y arañó. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Rachel trató de darle un puñetazo en la tráquea, pero él se giró y el golpe fue a parar a su mandíbula. Él le agarró la mano en el aire y le partió el brazo, atrapándolo luego con la rodilla. Le golpeó la cabeza contra la acera y su cráneo se humedeció.

Siguió pegándole en la barriga y en la cara. Luego se levantó de puntillas y la miró. Ella se agarró la cabeza mojada.

Trató de quedarse quieta, pero su cuerpo se sacudía y convulsionaba. Cuando los espasmos cesaron, se puso de rodillas como pudo, luego de pie, y el suelo rodó. Se alejó, porque, si se daba la vuelta, él volvería desde detrás de las casas, dando saltitos, y la tiraría al suelo de nuevo.

Caminó arrastrando los pies por el asfalto. Tenía el brazo izquierdo roto y lo sostenía contra el pecho. Mientras se retiraba, no dejó de mirar por los huecos que había entre las casas. Oía su propia respiración, las rápidas inhalaciones que le inflaban el pecho.

10

Lo que pasó en casa de Rachel el viernes no encajaba con nada de lo que había fuera: la casa del profesor al otro lado de la calle; la vecina montando a caballo; los olmos; el coche en la entrada.

No tiene ningún sentido. Había gente en el pueblo, docenas de personas, a poco más de un kilómetro de donde la asesinaron. Cuando llegué, la ciudad estaba tranquila, como si la nieve ya hubiera empezado a caer. Vi a una mujer salir de la biblioteca con un montón de libros; un hombre mirando pasteles en el escaparate de la confitería; uno de los empleados del pueblo levantando un fajo de papeles del asiento contiguo y bajando de su furgoneta; gente maniobrando con sus coches por las calles estrechas, escuchando el pronóstico del tiempo. Es como si algo se hubiera cernido sobre la casa de Rachel y la hubiera cambiado por completo, mientras el resto de la ciudad permanecía intacta.

No tiene ningún sentido, excepto que ya ha pasado antes. Toda una ciudad impertérrita mientras algo se desata sobre Rachel.

11

—¿Rachel tuvo que tomar medicación alguna vez por algún trastorno mental?
—pregunta Moretti.

Es media mañana, martes, y al otro lado de la puerta, la sala de investigación está repleta de gente. Moretti parece relajado y espero que eso signifique que están avanzando.

—No.

—¿Y usted?

—Sí.

—¿Para qué?

—Depresión. Empecé un tratamiento con Wellbutrin en junio.

Todo se me vino encima, el final de mi relación, todas las pérdidas. Cuando me miraba al espejo, me veía atormentada. Estaba todo el tiempo cansada y a menudo tenía ataques de pánico en lugares *a priori* inofensivos: una pastelería, un museo, la rosalada de Regent's Park...

—¿Sigue con el tratamiento?

—No. Lo dejé en octubre.

—¿Por consejo de su psicóloga?

—Dijo que era decisión mía.

Estaba mejor después de haber estado en Cornwall. Había cambiado desde mi primera visita a la consulta de la psicóloga.

—¿Por qué no estaba casada Rachel? —pregunta.

—Valoraba otras cosas. ¿Por qué no está casado usted?

—Estoy divorciado —dice, como si eso respondiera a la pregunta—. Por lo que dice, parece que Rachel no era muy simpática.

—Me gustaba eso de ella.

Sonríe, y tengo la sensación de que está de acuerdo conmigo y de que la entiende. Ahora ella le importa de una manera diferente que cualquier otra persona.

12

«Lo siento. Siento muchísimo no haber ido contigo».

«No te preocupes», dijo ella.

Bajó el rostro y sacó la pulserita de tela de debajo de la pulsera del hospital. El hilo dorado estaba rígido y parecía oxidado. Comenzó a quitársela con los dientes.

Cuando la vi por primera vez después del incidente, me puse a llorar, y Rachel recostó su cabeza sobre mí. Aquello también me sorprendió. Tenía los ojos tan hinchados que pensé que estaban cerrados y que dormía. Su aspecto me aterraba, como si la chica apaleada fuera lo que daba miedo, en lugar de lo que le había pasado.

Tenía la cara magullada y de todos colores. La boca tenía el doble de su tamaño normal, como si se hubiera pintado de más con el pintalabios, y los ojos estaban prácticamente ocultos tras bultos negros. Alguien la había peinado, y el peine había dejado líneas marcadas en su cabeza. Una pomada grasienta le cubría los puntos de la ceja y de la mejilla. Uno de los brazos estaba doblado sobre su cuerpo, escayolado.

Estábamos en el hospital de Selby, a once kilómetros de Snaith.

«¿Cómo llegaste aquí?».

«Golpeé en una puerta. No querían llevarme. Tenían miedo de que me muriera de camino al hospital y que los hicieran responsables. Tuve que hablar con emergencias yo misma, y querían que esperara a la ambulancia fuera».

Eran una pareja, de la edad de nuestro padre, y, según ella, con los mismos hábitos.

«¿Qué casa?», pregunté, porque iba a prenderle fuego en cuanto volviera. Pero no recordaba el número. «¿Los del hospital se lo han dicho a papá?».

«No. Les dije que estaba de acampada».

Dos hombres altos entraron en la habitación. Ambos ignoraron las sillas para visitas y se quedaron de pie a los pies de su cama. Rachel volvió la cabeza llena de golpes hacia ellos y me pidieron que saliera. No intentaron cerrar la puerta. Si lo hubieran hecho, habría gritado hasta derrumbar el edificio.

Les dijo a los agentes lo que me dijo a mí, y añadió que el hombre tenía el pelo negro hasta la mandíbula y la cara estrecha, con un hueso pronunciado debajo de la frente. Llevaba una chaqueta de tela demasiado grande para él. Uno de los inspectores la interrumpió.

«¿Dónde habías estado?».

«En casa de un amigo».

«¿Y qué hacías fuera tan temprano?».

«Quería irme a casa».

«¿Habías bebido?».

«Sí».

«¿Cuántas copas tomaste?».

Recé para que mintiera.

«Cuatro», dijo ella.

En el pasillo, apoyé la cabeza contra la pared y suspiré. Era mentira. Probablemente era el número que le pareció razonable. Eran policías, seguro que bebían, seguro que entendían que cuatro copas en el curso de varias horas no afectaban el juicio.

«¿Algo más?», preguntó el mismo agente.

El segundo permanecía en silencio. Creo que no oí su voz ni una vez.

«¿Qué quiere decir?».

«¿Drogas?».

«No».

«¿Te peleaste con alguien en la fiesta?».

«No».

«¿Recuerdas bien lo que pasó esa noche?».

«Sí».

«¿Reconociste al hombre?».

«No».

«¿Hay alguna posibilidad de que lo hubieras visto antes, aunque fuera de pasada?».

«No».

«¿Tienes novio?».

«No era mi novio. Nunca lo había visto».

«Sería útil que contestaras la pregunta».

«No».

«¿Puedes decirnos quién estuvo en la fiesta?».

Le pidieron que lo repasara un par de veces más y luego que firmara una declaración. Dijeron que estarían en contacto si identificaban al sospechoso, pero, por supuesto, nunca lo hicieron.

13

Rachel fue a la prisión de Bristol. Se habría vestido para la ocasión, creo, para probar que no la había destrozado. Al final sería mucho peor para él que para ella. Ropa oscura, botas puntiagudas, pintalabios. Se vestiría como su propia abogada.

De camino a Bristol, durante hora y media por la M4 aquel mes de marzo, imagino que estaba tensa y helada de furia, y triunfante.

«Te encontré. Siempre supe que te encontraría».

Me pregunto si por un momento llegó a pensar que por fin todo había acabado antes de que Healy le explicara que había estado en la cárcel aquel verano. Se me hace difícil pensarlo. El camino a Bristol es mejor.

—Intentaremos acabar con esto lo más rápido posible —dice Lewis tras unirse a nosotros en la sala de interrogatorios—. No es habitual que alguien como Rachel sea víctima de dos ataques aleatorios.

—¿Qué quieres decir con «alguien como Rachel»?

—Que no era una trabajadora sexual —dice Moretti.

—También vivía en áreas con un bajo índice de crímenes violentos — contesta Lewis—. No estaba involucrada en bandas ni en temas de drogas.

No lo corrijo. Se refiere al tráfico de drogas, no a meterse rayas en un club de Shoreditch, cosa que de repente echo de menos. Solía llevar unos botines con tacón afilado, mallas de cuero y una camiseta de algodón negra prohibitiva que compré en AllSaints en King's Road.

Dejo caer la cabeza hacia atrás. El que más le gustaba a Rachel era un club detrás de la plaza Hoxton. Decía:

—Vamos a pegarnos unos bailes.

Abría la puerta del lavabo, y allá íbamos, tropezando escaleras arriba hacia la pista principal.

Al otro lado de la mesa, los detectives aguardan. Rachel se pasaba el dedo por encima de los dientes blancos y afilados. Enrollaba un papelito contra su pierna.

Moretti se desabrocha la chaqueta del traje y se inclina hacia adelante.

—Las lesiones físicas graves —dice con su acento escocés— son muy similares al asesinato. Se convierten en asesinato si la víctima muere. Su hermana fue víctima de dos crímenes prácticamente idénticos. —Se traba en las cuatro últimas palabras, intencionadamente, pienso, para remarcar lo difícil que es de creer—. Nos gustaría preguntarle algunas cosas más sobre el primer incidente. ¿Podría describir a su atacante?

—Era mayor que ella, de unos veinticinco años, metro ochenta, pelo oscuro, pálido, con la cara delgada y la frente alta y prominente. ¿Piensan que fue él?

—Puede que estuviera furioso porque ella escapó —contesta Lewis.

—No se escapó. Apenas podía caminar cuando acabó con ella.

—¿La violó?

—No.

—¿Por qué dejó de atacarla?

—No lo sabía. Tal vez él pensó que alguien los había visto, o simplemente decidió que había terminado. Rachel dijo que se alejó de ella dando tumbos y se marchó.

Pasos cortos, saltitos. Podría imitarlo para ellos, como Rachel hizo conmigo, pero no tendría sentido.

—Caminaba raro —digo—. De puntillas.

Moretti lo anota. Oigo el ruido que hacen las luces fluorescentes. Ella no va a volver. Lewis me ve masajearme la cabeza y se levanta a apagar las luces. El quejido eléctrico desaparece y la sala se desdibuja. La lluvia repiquetea en la ventana mientras la peor parte de mi dolor de cabeza va menguando.

Moretti abre una carpeta y dice:

—Con el fin de que conste en la cinta, voy a mostrarle a la señorita Lawrence tres fotografías. ¿Reconoce a alguno de estos hombres?

—Sí.

Ambos detectives se ponen tensos. Señalo la fotografía del medio.

—¿De qué?

—Mató a una chica en Leeds.

—¿Habló alguna vez con Rachel sobre este hombre?

—Sí. Se lo enseñé a Rachel y me dijo que no había sido él.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. Rachel debía de tener dieciocho o diecinueve años. Sé que lo atraparon enseguida. Estaba cubierto de sangre y se había llevado la pulsera de la chica.

—¿Por qué le mostró la foto a Rachel?

—Pensé que querría saberlo.

—Pero le sorprendió que visitara a Andrew Healy —dice Moretti.

—Me sorprendió que lo visitara en marzo de este año. Dijo que quería olvidarlo, y pensé que lo había hecho.

Estábamos de viaje en Roma, visitando un limonar a las afueras de la ciudad.

—Tenías razón —dijo. Rascó la piel de un limón con la uña y la olió—. Tengo que parar.

Esa noche nos dimos un banquete de pasta y vino. Una celebración. Pensé que se había acabado.

—Hace cinco años, me dijo que dejaría de buscar.

—¿En qué consistía la búsqueda?

—Leíamos los periódicos.

Leíamos sobre cada violación, agresión y asesinato ocurrido en Yorkshire, incluidos los que habían pasado hacía pocos años. Me afectó a la cabeza. No cojo taxis sola por una de las historias.

—Y al principio también buscábamos en Leeds y en Hull.

—¿Por qué?

—Podría haber venido en tren.

—¿Eso lo pensaba usted o Rachel?

—Ella, creo.

—¿Sabe por qué?

—No. ¿Quiénes son los otros dos hombres?

—Actores —dice Lewis—. Es una rueda de identificación.

—¿Por qué pensaron que fue este hombre? —pregunto.

—Salió de la cárcel de Whitemoor tres semanas antes de la muerte de Rachel —contesta Lewis—. La manera en que mató a la joven en Leeds es

similar al primer ataque que sufrió Rachel, y en aquella época estaba viviendo en Hensall, cerca de Snaith.

—No —digo—. Él no la atacó aquella vez.

Continúan interrogándome sobre la agresión. Preguntan sobre gente que conocíamos, incluso después de decirles que Rachel le vio la cara durante el ataque y que estaba segura de que no lo reconocía. Andrew Healy debe de parecersele, aunque ella debió de tener en cuenta los posibles cambios en quince años, cómo su rostro podría haberse ensanchado o vuelto más delgado, y la edad. Toman notas. Pienso en el tipo de agentes de policía que dan ruedas de prensa durante una investigación importante y me pregunto si alguno de ellos lo habría resuelto ya.

14

Nuestro padre no estaba acampando, sino en Sunderland, en casa de un amigo que lo había ayudado a conseguir un trabajo en una obra. Cuando finalmente hablé con él, el tercer día que Rachel estaba en el hospital, le dije que se había roto el tobillo.

—¿Puedes llamar al hospital Selby y decir que puede marcharse con su hermana? Te digo el número.

No debería haber funcionado, pero era un hospital público abarrotado y seguramente necesitaban la cama.

El último día que Rachel estuvo en el hospital, Alice le cogió prestado el coche a su madre y fuimos a buscarla. A la vuelta, Rachel estaba callada, y me pregunté si, pese a lo que decía, tenía miedo de volver a casa.

Alice y yo habíamos pasado la mañana preparándolo todo. Alquilamos seis películas. Compramos un litro de sopa *wonton* y *chow fun*. Condujimos hasta la cafetería italiana de Whitley y compramos un litro de helado de avellanas. Compré una botella de quitamanchas —algo que no abundaba en nuestra casa— y fregué la bañera. Pensé que tal vez Rachel, aunque nunca lo había hecho antes, querría darse un baño. Y, en un arrebató de genialidad, pedimos prestado el perro de un amigo, un cachorro de golden retriever color crema.

Rachel ni siquiera preguntó de quién era. Era el perro equivocado, me di cuenta más tarde. No era un dóberman pinscher, por ejemplo. Podríamos haber intentado conseguir uno de esos, había un montón en Snaith y en las

granjas de los alrededores. Cuando vio al perro, debió de darse cuenta de lo poco que habíamos entendido.

Rachel subió las escaleras lentamente y se metió en la cama. La persiana seguía enganchada en una de las esquinas de arriba, y la luz dorada del atardecer brillaba sobre su brazo. Tanteó con la mano en busca de la manta y se la subió hasta la barbilla. Me eché junto a ella, pero mirando a la habitación, los montones de ropa, las pilas de libros, las botellas vacías de cerveza jamaicana, los paquetes de cigarrillos y los mecheros chamuscados. Su espejo estaba apoyado en el suelo, y al lado había una radio y algunos tubos dorados de pintalabios.

La habitación estaba desordenada, pero de algún modo seguía siendo sobria. No la decoraba para nadie más y, a diferencia de mí, no tenía *souvenirs*. No había cajetillas de cerillas a menos que necesitara cerillas. La única decoración en la pared era una máscara de carnaval con la nariz curva como un pico que había encontrado en una calle de Leeds, abandonada, probablemente, después de una fiesta.

Me pregunté qué le parecería ahora. Creo que no reparó en la habitación en absoluto mientras iba a la cama. Estábamos allí tumbadas con la cabeza sobre la almohada en direcciones opuestas y oíamos al perro lloriquear en el piso de abajo.

Poco después de salir del hospital, Rachel le compró una porra al hermano mayor de Rafe. Dios sabe de dónde la sacó. Era una barra pequeña de metal, como una porra de policía pero más pequeña.

—Si es lo que la policía usa en vez de una pistola, tiene que ser casi como una pistola, ¿no? —preguntó.

Aquella primera noche, Alice nos hizo batidos de avellana y nos los bebimos viendo una película de dibujos animados que iba sobre zorros. Rachel dijo que no tenía hambre por los analgésicos. Se retorció a menudo. No nos mirábamos entre nosotras, ni a la puerta, ni a la ventana. Mantuvimos los ojos fijos en la pequeña pantalla mientras caía la noche.

Al día siguiente, Rachel dijo:

—Voy a Hull. ¿Quieres venir?

—¿Por qué?

—Tengo que hacer unas compras.

Que yo supiera, Rachel nunca había necesitado hacer unas compras. En primer lugar, no tenía dinero.

Rara vez íbamos a Hull. Íbamos a Leeds más a menudo, al Warehouse, al Garage, al Mint Club. Durante el día comprábamos kebabs y salchichas merguez y observábamos a los universitarios en la plaza principal.

Pensé que no era eso lo que Rachel debería estar haciendo en ese momento. Debería estar descansando. Todavía no se había dado un baño.

La seguí por Hull, entrando en casas de apuestas, en *pubs*. La gente se nos quedaba mirando. Todavía tenía puntos y la cara hinchada y magullada. Cuando el maquinista del tren le preguntó qué había pasado, esperaba que ella mintiera y dijera que había sido un accidente de tráfico. En lugar de eso, dijo:

—Me pegaron una paliza. Mide alrededor de metro ochenta, tiene el pelo negro largo hasta la barbilla y llevaba una chaqueta de tela. Tiene la cara larga y estrecha y los huesos de la frente muy marcados —se pasó el dedo por el borde de la frente para mostrarlo y luego escribió algo en la parte de atrás del billete y se lo dio al maquinista—. Este es mi número, por si lo ve.

Nos pasamos todo el día en Hull, y el siguiente, y el siguiente, y luego fuimos a Leeds. Esos viajes eran insoportables. Rachel todavía no podía caminar sin dolor. Verla entrar y salir cojeando de tiendas y *pubs* me llenaba de una pena que hacía que me costara respirar.

Sabía que no lo encontraríamos, y en el viaje de vuelta ambas nos sentíamos frustradas y abatidas. Estuvo todo el camino de vuelta a casa desde el tren deseando que nos lo encontráramos, y yo rezando porque no ocurriera.

La policía no ayudó. Rachel fue a la comisaría y habló con un agente que se pasó todo el interrogatorio pidiéndole información sobre el flujo de drogas en Snaith. Aparte de su rostro, lo único que Rachel podía decir era que le había parecido oír su voz. Dijo que su acento sonaba como el nuestro. Era de la zona.

Asumimos que era pobre, porque nosotras lo éramos, y que estaba en nuestro pueblo. Fuimos a los sitios donde nuestro padre habría ido. Hipódromos. *Pubs*. Donde iría un hombre violento, donde iría un monstruo. Era difícil saber qué le podía gustar a un hombre que disfrutaba haciendo daño a las mujeres.

15

El cuerpo de la mujer desaparecida de la que oí hablar el día de la muerte de Rachel lo encontraron esta mañana en el río Humber. Nicole Shepherd. Había buceadores en el río examinando los pilares del puente en Hessle, pendiente de reformas desde hace tiempo, y encontraron el cuerpo en un saco de dormir lleno de bloques de hormigón. Quienquiera que lo hiciese la tiró desde el centro del puente, pero el río no es muy profundo en Hessle, menos de diez metros, y la corriente no es fuerte.

Se me retuerce el estómago mientras leo el resto del artículo, encorvada en mi abrigo en una de las mesas fuera del motel, sosteniendo el periódico con los antebrazos para que no se lo lleve el viento. Por supuesto que le hicieron daño. Me pregunto si pueden averiguar de quién era el saco de dormir.

La campana sobre la puerta del quiosco repiquetea y levanto la vista. Aguardo un momento y entonces levanto la mano para saludar.

Keith desata la correa de su perro y cruza la calle hacia mí. Su sombra se derrama sobre la mesa y le miro, haciéndome sombra sobre los ojos con la mano. Lleva el mismo abrigo que en el acueducto, pero abierto, con una camisa de trabajo debajo. Es alto y compacto, pero suave en el medio.

—Hola —digo.

Doblo el periódico y lo guardo en el banco, junto a mí.

—¿Te están tratando bien? —me pregunta, y señala el motel.

—Sí.

Él asiente. El silencio se extiende y meto la mano entre el periódico en busca de consuelo. El sonido de un mazo viene de detrás del motel, y Keith dice:

—Llevan semanas reparando esa carretera.

La perra apoya las patas delanteras en mi regazo y le rasco las orejas. Aprieta la cabeza contra mi pecho.

—Me alegro de volver a verte. Si hay algo que podamos hacer... —dice Keith.

Da unos pasos hacia atrás, tirando de la correa para que la perra baje del banco y quede fuera de mi alcance.

—De hecho —contesto, y se queda quieto—... acabo de recibir una llamada telefónica. La policía ha terminado de inspeccionar el coche de Rachel. Está en un lugar en Didcot, y no hay ningún autobús hacia allí.

Me mira como si no comprendiera. Espero, y entonces responde:

—No hay problema. Puedo llevarte ahora, si quieres.

En mi habitación, me guardo el cuchillo de trinchar, envuelto en un guante de cuero, y una lata de espray de pimienta. De camino a la salida, le digo a la directora del hotel que Keith Denton me va a llevar en coche a Didcot. Ella sonrío y dice:

—Qué amable.

Keith llega en un Renault negro.

—No es la furgoneta —digo al subir.

—Esa es solo para trabajo. Gasta demasiado combustible.

Sujeto la lata de espray de pimienta en el bolsillo. Sostiene el volante con las dos manos. Esperaba sentirme asustada, pero en vez de eso estoy llena de expectación y de una sensación de poder que va en aumento. Él está nervioso.

Conducimos por Marlow. La puerta de mi lado no tiene puesto el pestillo y bajo la ventanilla. El día es claro y Keith no dice nada sobre la corriente fría. Pregunta si tenemos familia en la zona y yo contesto que no. Enciende la radio. Le guío hacia la autopista. Mientras se dirige a la vía de acceso, le digo:

—Debe de ser especialmente difícil para ti.

—¿Por qué?

—Tú la viste justo antes de que pasara.

Sus manos ruedan hacia delante sobre el volante y vuelven hacia atrás. «Si lo hiciste», pienso, «te destruiré». Se inclina en su asiento y comprueba el carril de al lado con una atención exagerada antes de incorporarse.

No habla durante un tiempo largo; entonces, dice:

—Él ya debía de estar allí, esperando a que me fuera. Tendría que haberme dado cuenta.

—Esta es la salida —digo.

Pasamos junto a un desfile de tiendas, un negocio de envíos, un almacén. Conduce lentamente, comprobando los números junto a la carretera. No hay peatones, y por primera vez desde que hemos salido tengo miedo.

—Aquí.

Entra en el aparcamiento, donde un guarda está sentado en la caseta de la entrada. Keith le pasa mi autorización por la ventanilla y esperamos en silencio mientras busca mi registro. Keith parece inquieto, y me pregunto si vino aquí a recoger su furgoneta después de que la registraran buscando la sangre de Rachel.

El guarda me devuelve la autorización y la verja se abre. Keith comienza a pasar junto a la primera hilera. Observo los coches, y entonces él para. Veo el coche de Rachel, un viejo Jeep. Se gira hacia mí con los labios apretados en una sonrisa tensa, esperando a que me vaya.

—Muchas gracias. ¿Tienes hambre? —pregunto—. ¿Puedo invitarte a algún sitio?

Acordamos encontrarnos en el Duck and Cover. Después de que se vaya, cierro el coche de Rachel desde dentro. El interior tiene un olor familiar, cálido y polvoriento. Abro la guantera y saco un pequeño pintalabios dorado. Cuando lo abro, veo que es un rojo oscuro brillante.

Le quedaba mucho que vivir. No es que tuviera algo grande en mente, al menos no que yo supiera. Es peor que eso: se lo han arrebatado todo, lo ha perdido todo. Le gusta el pintalabios rojo, y ya nunca volverá a estar de pie en el pasillo de una perfumería, probando los tonos en el dorso de la mano. Le gusta el cine, y se va a perder todas las películas que quería ver que salen durante las fiestas. Le gusta el pan con tomate, y ya nunca volverá a casa del trabajo y triturará tomates y ajo y aceite de oliva y lo pondrá sobre pan tostado y se lo comerá de pie en la cocina.

En el Duck and Cover, Keith pide un *whisky*. La decepción hace que me desplome. Tienen Tennent's, las mismas latas verdes de cerveza rubia que había en la cresta.

—¿Señorita?

—Una Tennent's, por favor.

Señalo la lata. Keith no reacciona. El camarero nos sirve las bebidas y se apoya contra la barra, dándonos la espalda, con los brazos cruzados, mientras mira los galgos lanzarse por la pista.

—¿Sueles beber *whisky* durante el día? —pregunto.

—No —contesta Keith, mirando los perros.

—¿Qué sueles tomar? —digo en voz alta, esperando que el camarero lo corrija si miente.

—Nada en concreto.

Los galgos desaparecen en la niebla. La carrera termina y la fotografía muestra la distancia entre las narices de los dos primeros perros y la línea de meta. Tienen el hocico muy largo, como los caballos.

—¿Queréis comer algo? —pregunta el camarero.

—No tengo hambre —responde Keith.

—No, yo tampoco.

El camarero coge un paquete de tabaco Benson and Hedges de la repisa y sale al patio de atrás, dejando la puerta entreabierta. Si grito, volverá. No sé cuál de los dos hombres sería más fuerte. Bebo un largo trago de cerveza deseando que fuera *whisky*.

—Estabas ansioso por ayudar —digo.

Keith no se endereza ni me mira, pero algo en él se tensa.

—Rachel era encantadora. Era una mujer encantadora.

—¿Te gustaba?

—Estoy casado. —Me encojo de hombros. Entonces, añade—: No, no era así.

—¿Cómo era?

—¿Con Tash? Bien. Normal.

—No, con Rachel.

Deja su *whisky* y pienso que va a pegarme.

—Apenas la conocía.

No sucede nada, pero estoy segura de que quería golpearme.

—No te dije cuándo debías parar —digo, y me mira—. ¿Cómo supiste cuál era su coche?

—Acababa de hacer un trabajo en su casa.

—Rachel me dijo que estabas obsesionado con ella.

Deja un billete sobre la barra y sale. No sé si he dicho lo correcto. Ella nunca lo mencionó.

16

Me llama Moretti.

—Hemos terminado con la casa. Déjeme que le dé el número de una agencia de limpieza.

—¿No se encargan ustedes de eso?

—No.

—¿Lo pagan ustedes?

—No.

—No hace falta que limpiemos. Si va a poner en peligro las pruebas...

—Ya tenemos lo que necesitamos —dice, y anoto el número.

La agencia se llama Combe Cleaners. Nadie se imaginaría cuál es su especialidad a menos que preguntara.

—Es mejor que limpien antes de que vuelva —añade—. Podemos arreglarlo para que haya gente en la casa cuando usted llegue, poner la calefacción, asegurarnos de que la caldera esté encendida. A algunas familias les gusta que un sacerdote bendiga la casa. ¿Quiere que organice algo así?

—¿Qué gente?

—Amigos de usted y de Rachel.

—Oh. —Pensé que se refería a extraños, o guardias, cosa que habría preferido—. No, gracias.

Decido no esperar a los de la limpieza.

Algunas hojas amarillas cuelgan de los olmos a ambos lados de la casa de Rachel. Un ruido espanta a los pájaros de los árboles y se pierden por el cielo. El aire huele a agua, a barro, a heno y al olor ahumado que atraviesa el campo en noviembre. Al otro lado de la carretera, la vecina de Rachel monta en el prado el mismo caballo moteado que el día en que la mataron.

El humo se eleva desde la chimenea de la casa del profesor. Hay dos coches aparcados en el granero abierto. El viento alisa los árboles espinosos de la cresta y dobla la columna de humo hasta que es casi horizontal.

Cuando abro la puerta, pienso que hay alguien más dentro. Siento la presión cambiar, una tarima hundirse. Espero en el escalón, escuchando, pero no oigo otro crujido o una puerta cerrarse.

No puedo hacer esto. La sangre que mancha los suelos y las paredes se ha vuelto negra. Empiezan a pitarme los oídos. Pero puede que Rachel dejara algo dentro sobre Keith, o sobre alguien que la estuviera siguiendo, o sobre su amigo del hospital.

Subo el termostato y se oye un rugido cuando la caldera se enciende en el sótano. Todo mi cuerpo se crispa al oírlo. Miro la barandilla. La correa no ha causado ningún desperfecto y el balaustre del que colgaba el perro no se ve diferente de los otros cuatro, excepto por algunas manchas. Pienso, sin sentido, en las casas de Prior Walk, en Chelsea, en las decoraciones blancas idénticas a ambos lados.

Miro al techo y veo una grieta grande que lo atraviesa. Keith decía la verdad sobre eso. Los radiadores comienzan a silbar mientras cruzo el salón. Cualquier cosa importante estará probablemente en los archivadores bajo su escritorio, pero decido comenzar por la planta baja. Me muevo por las habitaciones buscando cualquier cosa fuera de lugar, cualquier cosa que se le pueda haber pasado a la policía.

Todas las superficies están cubiertas por una fina capa de carbón negro. Paso el dedo por él y lo olisqueo, pero no huele a nada. La policía también ha dejado hielo en el fregadero de la cocina, pero, aparte de eso, la habitación está intacta. La olla está sobre el fogón. El bol de pizarra está lleno de castañas.

El hacha está apoyada en la puerta de atrás. Al verla siento un estallido de esperanza, como si ahora Rachel tuviera una oportunidad.

Me imagino llegar y encontrar el fuego encendido, y el salón lleno de gente, y a alguien preparando la cena en la cocina, y las lámparas brillando en medio del bullicio. No lo habría hecho más fácil. Me imagino al sacerdote

caminando por las habitaciones, leyendo un salmo, pero las únicas palabras que me vienen a la mente son de un poema.

Y he pedido estar
donde no llega la tormenta^[1].

Miro hacia el valle por la ventana hasta que creo encontrar el hueco recortado en los árboles. Él podría haber entrado en la casa en uno de los días en que la observaba. Ella dejaba la llave bajo el felpudo, él podría haber abierto la puerta mientras ella estaba en el trabajo o durmiendo. Intento no pensar en ello. Soy incapaz de decidir si me sentiría más segura con la puerta cerrada con llave o sin cerrar.

Enciendo la lámpara y la cocina brilla ligeramente, con la llovizna cayendo en las ventanas. La mesa de madera redonda cerca de la entrada, la alfombra de retales, el horno al otro lado de la habitación... Hay un grueso manojito de perejil en un vaso con agua cerca del fregadero. En la repisa que está al lado, hay un paquete de pasta con rayas rosas y verdes, en forma de sombreros de tres puntas. Rachel tenía una alerta para los billetes a Roma, e imagino las ofertas de viajes llenando aún su bandeja de entrada, mensajes sin leer llegando de uno en uno.

Abro la despensa, que huele, como siempre, ligeramente a incienso, y me quedo mirando las cajas de té, las bolsas de lentejas, la harina, los frascos de caramelos de limón y las tiras de regaliz. Hace algunas semanas, volvimos del cine y ella fue hacia la encimera, donde estaba el frasco de regaliz vacío.

«¿Has sido tú?».

«Ay, lo siento», dije.

Ni siquiera se había quitado el abrigo, fue directamente hacia la encimera y señaló el frasco con la mano enguantada. No recuerdo si sonaba asustada o solo molesta conmigo por habérmelo terminado. Fue una manera extraña de decirlo, ahora me doy cuenta. ¿Quién más podría haber sido?

Al salir de la cocina, me tropiezo. Los sonidos se amortiguan. Luego, dejo de oír y la vista se me rompe en pequeños puntos, como píxeles. Apoyo la frente en la encimera hasta que oigo como el viento sopla alrededor de la casa otra vez, el ruido de un coche que pasa sobre la nieve medio derretida y mis propios suspiros.

Subo las escaleras y, durante un largo rato, me quedo mirando la huella de su mano en los escalones. Veo las marcas en sus dedos y las tres líneas profundas que le cruzan la palma.

Me agarro a la barandilla y me inclino hacia delante en el escalón. Me arrastro escaleras arriba y el pasillo se extiende oscuro y vacío frente a mí. Más allá de las puertas abiertas, las otras habitaciones están bañadas en una luz blanquecina. Me aprieto contra el suelo en el lugar donde la vi por última vez. No creo que pueda volver a levantarme. Pienso en sus pies, enfundados en los calcetines.

Su cuarto todavía huele a ella. Al otro lado del valle, la luz roja en la torre de radio tiene un halo neblinoso. Los radiadores silban y echan vapor en la habitación.

Su escritorio tiene dos archivadores debajo; comienzo a revisar los papeles. Puede que alguien le hubiera escrito. Era inteligente. Si sabía que la estaban acosando, habría mantenido un registro.

Montones de papeles burocráticos, del hospital, del banco, de la compra de la casa. Cartas antiguas, recetas, listas de proyectos para la casa. Me lleva mucho tiempo revisarlo todo y no encuentro nada, ninguna mención de Keith, o de alguien llamado Martin, ninguna nota o carta sospechosa.

En el baño hay un frasco de aceite de oliva y sal marina. El corazón me da un vuelco. Parece imposible que ella haya hecho una cosa así. ¿Quién tiene tiempo para eso? Aunque la verdad es que no lleva demasiado tiempo verter una taza de denso aceite de oliva y mezclar la sal. El frasco es del mismo tono marrón que la botella de agua oxigenada junto a él, que usaba cuando se cortaba y para secarse el agua de los oídos después de nadar.

Se estaba mudando a Cornualles, a cinco horas de allí. Me pregunto si eso habría sido lo suficientemente lejos. Es verdad que daban cierta sensación de seguridad, todos esos pueblecillos. Los muros de árboles. Los contrabandistas se escondieron ahí durante siglos. St. Ives también es grande, podría integrarse.

En el restaurante chino le pregunté a Lewis por qué habría tardado tanto en encontrarla el hombre que la atacó en Snaith.

—Tal vez no sabía su nombre —dijo él.

Me pregunto si Rachel pensó que estaba a punto de conseguir escapar de la casa, de pedir ayuda, sobrevivir; si al morir estaba pensando: «A la de tres...».

Hay dos maletas llenas en el portaequipajes de su coche. Había empezado a empaquetar para irse a Cornualles.

Estaba en el camino del acantilado en Polperro. Había rosas japonesas. Cargaba bolsas de la compra, llevándolas a nuestra casa. Botellas de tónica, cerezas, patatas, espinacas, patatas fritas, limones y una docena de vieiras. La tienda de la ciudad vendía hielo y leña. Todos los supermercados de Cornualles vendían hielo y leña.

Las botellas de tónica chocaban contra mis rodillas. Al pie del acantilado, un barco de pesca avanzaba rápido entre una nube de gaviotas. Parecía un talismán, con los pájaros girando a su alrededor, como tantas otras cosas allí, como las cubiertas blancas y puntiagudas de los pilotes del muelle o las cuerdas de las áncoras desapareciendo bajo el agua.

Cenamos juntas cada noche en Cornualles y teníamos un número interminable de cosas que contar. Era la persona con la que más me gustaba hablar, porque lo que a ella le llamaba la atención también me llamaba la atención a mí. Rachel cocinaba y yo hacía las compras, cosa que no me importaba. Me gustaba ver todas aquellas barcas tirando en la misma dirección en el puerto y todas las trampas apiladas en el embarcadero.

Me moría de hambre. A las dos nos pasaba, todo el tiempo.

«El aire del mar», decía Rachel.

Iba todos los días al supermercado cercano a reponer nuestras reservas. Yo quería patatas fritas con sabor a vinagreta, que sabían a agua de mar, y Rachel quería caramelos de dulce de leche.

«¿Qué tiene que ver el caramelo con el mar?», pregunté.

«Que es delicioso».

Cargaba las compras camino abajo. Las rosas japonesas eran rojas y la calle principal Kilburn estaba a cientos de kilómetros. Más tarde, mientras vaciaba las bolsas de la compra, el sol se hundía entre barras de nubes grises, iluminando un camino rojo en el agua.

«La carretera del sol», decía Rachel.

18

De vuelta de casa de Rachel, el sacerdote me para y se presenta. Apenas tiene unos treinta años y me recuerda a los chicos con los que fui a la escuela en St. Andrews. Quién sabe cómo ha acabado aquí. Debería trabajar en la banca.

Me pregunta sobre los detalles del funeral.

—No me dejarán enterrarla —digo.

Estamos de pie junto al riachuelo, una corriente fina y decorativa que baja por la calle Boar entre las casas y la carretera. Me dice que aun así podemos celebrar un funeral, y se ofrece a officiar el servicio.

—Rachel no era religiosa. Pensaba que todas las religiones eran sectas y que algunas, como la suya, solo son mejores en distraer a la gente del hecho de que son sectas.

—Puedo officiar un servicio secular —dice.

Su disposición a agradar me perturba. No es lo que espero de un sacerdote.

—¿Así que a esto hemos llegado? —pregunto.

Él patear un guijarro al riachuelo y ambos contemplamos cómo se hunde.

—Quiero ayudar —responde—. Creo que un funeral es necesario. Para honrarla. Tenemos espacio para cien personas. ¿Quiere entrar a verlo?

Polvo, madera, sol de invierno, ventanas con parteluces negros, el olor de las velas como la cera que mi compañero de piso de Edimburgo fundía para hacer encáustico para sus cuadros... Una iglesia anglicana. Nunca tuvimos que ir cuando éramos pequeñas, así que solo me recuerda a las bodas, y a Ana Bolena.

—Me parece bien —digo.

Sentados en el primer banco en la iglesia vacía, preparando el oficio, él dice:

—La conocía.

—¿Sí?

—A veces cuidaba de *Fenno*.

Me doy cuenta de que no debe de tener mucho que hacer, que debe de sentirse solo. Me lo imagino charlando con *Fenno* mientras pasean y pienso que se me va a romper el corazón.

Hacemos llamadas. Antes de llamar a Helen, salgo al jardín y paseo junto al muro de la iglesia. Rachel era su mejor amiga y la madrina de su hija.

Helen siempre me ha puesto nerviosa. Se mudó de Melbourne a Oxford cuando su hija, Daisy, era un bebé, y la crio sola mientras estudiaba, primero, y luego también mientras trabajaba de enfermera. La idea de Helen manteniendo un hogar, calentando leche en polvo después de un turno, dejando a su hija en la guardería y recogéndola siempre me hizo sentir inútil. No creo que yo fuera capaz de gestionar ninguna de esas cosas, por no decir ambas, y Helen parece estar de acuerdo.

Cuando contesta, su voz suena rígida. Hablamos sobre la investigación policial y nos ponemos de acuerdo en que ella hará el panegírico. Después de una pausa, le pregunto:

—¿Cómo notaste a Rachel la semana pasada?

—Bien, un poco retraída. Dijo que el trabajo era complicado.

—¿Por qué estaba viviendo en tu casa?

—Se le había roto la caldera —dice—. No tenía calefacción.

Rachel mintió. Me habría dado cuenta si su casa hubiera estado fría el viernes.

—¿Te dijo que iba a mudarse?

—No. ¿Adónde?

—A Cornualles. Ya estaría allí ahora.

—No, eso no es posible. No avisó en ningún momento.

—¿Quién crees que lo hizo? —pregunto.

—No lo sé. —Calla—. Puede que no tuviera nada que ver con Rachel. Puede que haya sido el lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Es un lugar recóndito. Cerca de una gran autopista. ¿A qué parte de Cornualles se iba a mudar?

—A St. Ives.

—Pensé que le gustaba Lizard.

—Estuvimos allí. No habría ido a un lugar en el que había estado si quería huir de alguien. ¿Alguna vez te mencionó a un hombre llamado Keith Denton?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿De verdad crees que es por eso que se quería mudar? Cornualles no está muy lejos de aquí, solo a cinco horas.

—Parece como si estuviera más lejos —digo—. Y no es fácil encontrar a alguien, si se cambiara el nombre.

—Dudo que pensara que estaba en peligro. Lo habría denunciado.

—Alguien la estaba observando desde la cresta que hay cerca de su casa.

Noto que Helen no me cree. Cuando vuelvo dentro, el sacerdote me pregunta:

—¿Ha pensado en alguna música?

—La *Gymnopédie n.º 1*.

Me dice que buscará un pianista.

—¿La gente le cuenta sus secretos?

—A veces.

—Si uno de sus parroquianos le dijera que ha hecho algo malo, ¿usted qué haría?

—No lo sé —dice—. Dependería de la gravedad del pecado.

Mis amigos empiezan a llegar al Hunters el día antes del funeral. Esto me alarma. Pensé que se quedarían todos en Oxford.

Me siento en el descansillo, fuera de la vista, y los oigo toparse unos con otros. Pese a las circunstancias, hay algo de frívolo en los encuentros, como si se tratara de una reunión o una boda.

—No sabía que venías —dicen una y otra vez.

Reconozco las voces en el piso de abajo, pero sin ninguna sensación de pertenencia. No puedo atribuirme ninguna; encorvada en los escalones, me sorprende que alguna vez pudiera.

Entonces, Martha sube corriendo por las escaleras. Antes de que diga nada, está en el descansillo y me rodea entre sus brazos.

La noche antes del funeral no puedo dormir. El terror se vuelve peor a cada hora que pasa y deforma el día siguiente, convirtiéndolo en algo a lo que no podré sobrevivir si no descanso. No tengo pastillas para dormir ni tranquilizantes, pero tengo la botella de vino tinto que compré en Londres para Rachel. No hay sacacorchos en la habitación. Bajo las escaleras, pero las pesadas puertas de madera del bar están cerradas. De nuevo en la habitación, me quedo mirando la botella de vino. Con un cuchillo, corto el papel de aluminio y sopeso qué hacer con el corcho.

Hay un destornillador sobre el armario del baño. Alguien debe de haberlo olvidado después de reparar algo.

Escarbo con el destornillador en el corcho y lo empujo hacia abajo por el cuello de la botella. Se oye un crac; el corcho rompe el precinto y el vino sale a borbotones. El líquido rojo me alcanza el estómago y me gotea por el pecho.

Me siento con el destornillador en la mano. El vino me persigue las venas de los brazos. La humedad hace que la camiseta se me pegue al estómago. Hay salpicaduras rojas en las paredes y la habitación ya huele a rancio. Me quedo donde estoy, bajo las paredes manchadas, mientras los oídos comienzan a pitarme, y agarro el destornillador.

19

Antes de que empiece el funeral, echo un vistazo a la iglesia y mato a todas las personas con que me encuentro a cambio de que vuelva Rachel. Hay tres hileras de personas de pie tras los bancos y a lo largo de los muros. Reconozco a algunas de ellas de la biblioteca, los *pubs*, el acueducto... Veo a Lewis y a Moretti, y a la mujer, la detective que subió la colina con Moretti aquel día. No se sientan juntos y, al principio, pienso que se trata de una maniobra policial táctica, pero probablemente solo sea porque han llegado por separado y la iglesia se ha llenado rápido.

Nuestro padre no ha aparecido. Por lo que sé, la policía todavía no lo ha encontrado, pero esto es el funeral de su hija mayor. Es posible que se entere de algún modo. Tal vez cojee por el pasillo y se sienta a mi lado y empiece a brindar teorías. Las puertas de la iglesia están cerradas y me pregunto si a alguien le importaría que las cerrara con llave.

Hay demasiada gente que no reconozco, cosa que no esperaba. Pensé que sería capaz de detectar a cualquier persona extraña. Quienquiera que lo hiciera podría venir hoy.

Encuentro a Keith Denton entre la multitud. Lewis lo tiene a la vista, al otro lado del pasillo, y me alegro, ya que yo no lo puedo vigilar. Una mujer de pelo oscuro está sentada en el último banco, y me vuelvo hacia Martha.

—Hay una periodista aquí —digo, y la señalo.

Martha se apresura por el pasillo hasta llegar a la última fila. Tras discutir un poco, la periodista se levanta, se abre camino por delante de los demás ocupantes del banco y sale por las puertas principales de la iglesia. Antes de

hacerlo me lanza una sonrisa burlona, como si fuera una broma entre las dos. No parece estar en absoluto avergonzada, ni siquiera cuando toda la iglesia se vuelve a mirarla, y la envidio. Parece libre.

Me doy cuenta, con un cierto terror, de que Stephen acaba de llegar. Se acerca y me besa en la mejilla. Huele a *whisky*, y de esta mañana, no de anoche.

La gente se aparta para dejar que se apoye contra la pared. Se le ve exhausto, y me pregunto si él también sigue necesitando sentarse.

Estuvieron a punto de casarse. «Por poco», dijo ella. Él aún quería. Se acostaban unas cuantas veces al año, y él pensaba que Rachel cambiaría de opinión y se mudaría a Dorset con él. Tal vez lo hubiera hecho con el tiempo. Lo amaba.

Lo miro. Algo en su postura o equilibrio falla, y parece como si fuera a resbalarse de la pared. Moretti dijo que estaba en el restaurante, pero me pregunto si tendrá pruebas.

El aire en la iglesia está inquieto y torturado, es lo que tiene reunir a doscientas personas tratando de no hacer ningún ruido. Ojalá todos hablaran. Fuera, a través de la puerta lateral, está el jardín. Aún queda nieve en la sombra que proyecta la iglesia y bajo los olmos de Texas, y el aire de la mañana es claro y purificante.

El sacerdote sube al atril. El sermón y el panegírico no me gustan. Son ridículos. Miro a Stephen y sé que está de acuerdo. Ojalá lo hubiera hecho yo misma, aunque incluso ahora estoy llorando demasiado como para hablar.

La pianista prepara su música y yo la miro, ya decepcionada. Para empezar, es demasiado joven.

La canción comienza y es como si cortaran una cuerda. Algo en ella envuelve a la multitud y la calma. La canción no es triste, por eso, escucharla resulta una agonía, para mí y para Stephen, lo sé. Porque a ella le encantaba, y ahora no puede oírla.

Ninguno de los *pubs* del pueblo es lo suficientemente grande para nosotros, así que el grupo se separa. Sin hablarlo, los de fuera del pueblo van al Miller's Arms y los de aquí, al Duck and Cover. Hay algunas excepciones. Stephen va al Duck and Cover. Camina solo de la iglesia al *pub* y parece decidido a destruirse a sí mismo. Ninguno de los detectives viene. Montan cada uno en un coche y regresan a Abingdon.

En el Miller's Arms, paseo mi vaso de *whisky* por la sala de grupo en grupo. La gente me observa. La mayoría de los invitados me dan el pésame y luego me dejan para seguir la conversación en otro sitio, cosa que yo no puedo hacer. Mis ojos húmedos cubren la habitación de facetas y paneles que no tiene. Me doy cuenta, sorprendida, de que todo lo que siempre ha sido difícil de las fiestas sigue siendo difícil. Voy al lavabo ocho veces y tres a fumar un cigarrillo.

Me sorprende que Liam no haya venido, pero, por supuesto, Martha debe de haberlo invitado. Por qué iba a hacerlo, ya no estamos juntos. Pienso en la canción que siempre tocaba al principio. *Never a frown with golden brown*.

Daisy, la ahijada de Rachel, me encuentra fumando bajo el toldo. Lleva un abrigo sobre una camiseta a rayas marineras negras y vaqueros negros. Me abraza y dice:

—La echo de menos.

Yo asiento y aprieto la barbilla contra su hombro.

Tenían un acuerdo. Si le pasaba algo a Helen, Rachel se quedaría con Daisy. Una parte de mí esperaba que pasara. Cuando Daisy era más pequeña, pensaba que, si Rachel tenía que adoptarla, me mudaría con ella para ayudar, y pensar en ese tipo de responsabilidad me emocionaba.

—Rachel querría que tuvieras algo suyo —digo.

—¿Qué?

—No tengo ni idea. ¿Por qué no vas a su casa y escoges algo?

Regresamos al *pub*. Nadie quiere hablar de lo que pasó o de cómo la encontré. Parece como si les pareciera morboso relatar lo ocurrido, como si pensarán que, en vez de ello, debería querer hablar sobre su vida; y lo quiero, desesperadamente, pero también quiero hablar de esto con alguien que no sea un policía. Ojalá se lo pudiera contar a Rachel, ella querría saber todos los detalles.

Voy al baño otra vez. Cuando vuelvo a la barra, me doy cuenta de que la multitud ha disminuido. Dejo caer la cabeza. Martha me lleva fuera. No hablamos; me apoyo en ella mientras subimos por la calle principal.

En mi habitación, me quito el maquillaje de los ojos y los labios y tiro las toallitas manchadas a la papelera. Martha se mete en la cama. Pone una almohada en el medio, como hacía en los viajes de la universidad, y dice:

—Es por tu propia seguridad. Te partiré la cara si tratas de robarme las mantas.

El perro gira colgado del techo. Lo oigo lloriquear. La caída no le rompió el cuello y la correa está estrangulándolo. Me pongo de pie en la cama y extendiendo los brazos hacia arriba. Si puedo sostenerlo unos centímetros más arriba, podrá respirar. No consigo alcanzarlo; luego, ya no está. Y Martha me está llamando.

20

Por la mañana, Martha y yo nos sentamos con los abrigos puestos en una de las mesas junto al motel. Ella fuma y miramos los trenes pasar, duros y centelleantes y minerales en la luz invernal.

—El detective que lleva la investigación quiere abrir un restaurante de pescado en Whitstable —digo.

—¿Y el otro?

—Es inteligente. Los dos lo son, pero no sé si se les da bien su trabajo.

En primavera, el Hunters instala sombrillas blancas. Era una de las cosas que siempre buscaba cuando el tren entraba en la estación, las cuatro sombrillas de tela rígidas, para saber que había llegado. Ahora, nuestra mesa está descubierta, y muevo mi taza de café para cubrir el hueco que hay en el medio.

—¿Quieres que te ayude a darle difusión? —pregunta.

—No —respondo con frialdad. Martha apaga el cigarrillo y espera—. Los casos famosos nunca se resuelven.

—¿De verdad?

Cae el silencio mientras pensamos en víctimas famosas. Pliego las manos sobre mi regazo. Las nubes van a la deriva sobre nuestra cabeza.

Martha lleva una bufanda de lino y botas de ante. A su pesar, su familia tiene una finca en Cirencester, con una bodega y una vitrina de armas. En una de mis fotos preferidas de ella, Martha está de pie sobre una colina cubierta de brezo con una escopeta abierta sobre el brazo.

—¿Quieres contratar un detective privado? —pregunta—. He encontrado uno en Oxford con buenas referencias.

—No, todavía no. No quiero interponerme en el trabajo de los detectives. Pero sí que necesito pedirte un favor. ¿Puedes ayudarme a alquilar mi apartamento?

—¿Todavía no vas a volver?

—La policía quiere que me quede por la zona.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo han dicho. —Para mí tenía sentido, no había pensado en marcharme—. Rachel dijo que había pasado algo en el pueblo hacía solo unas semanas. Y puso su casa a la venta y alquiló un apartamento en St. Ives. Creo que quería escapar de alguien.

—No necesariamente alguien de Marlow.

En la estación se oye un sonido metálico y una voz grabada anuncia el tren de Londres. Ambas giramos la cabeza para escuchar. Martha tiene que estar pronto de vuelta en la ciudad para asistir a una reunión.

—¿Cómo puedes permitirte esto? —pregunta.

—Crédito.

El gallo dorado sobre el motel resplandece en la luz. Mi tarjeta cubre hasta ocho mil libras. Debería hacerme otra para cuando alcance el límite.

—Ven a mi casa —dice Martha. Niego con la cabeza—. Entonces vendré yo aquí.

—No puedes.

—No me importaría marcharme una temporada.

—Mentirosa.

Martha está actuando en una obra de Caryl Churchill en el teatro Royal Court Upstairs. La vi cuando empezaron a representarla, a principios de mes. Es una obra para dos actores, y su mejor papel hasta el momento.

—No, es lo mejor. Si no vivo sola ahora, nunca podré volver a hacerlo.

Martha se inclina hacia adelante para cerrar la cremallera de su equipaje.

—¿Hay algo que no me hayas dicho?

—No —respondo.

Observa atentamente el motel, la piedra color crema y las persianas negras y la hilera de casas modestas de atrás. Bajo esta luz, es difícil decir si hay alguien en casa.

—¿Crees que sabes quién lo hizo?

—No.

Nos quedamos en silencio. Martha fuma, echando la columna de humo hacia un lado. Sé que no me cree. Pasa un tren y refleja burbujas de luz sobre la pared del Hunters.

—¿Qué quieres que haga con el apartamento? —pregunta.

Después de que Martha suba a su tren, miro cómo se aleja, luchando contra la idea de que me están abandonando. Parece ser que es la última de los invitados en marcharse. Pensé que se quedarían más tiempo, y saber que no ha sido así es como ver crecer la oscuridad en la tarde.

Tengo que dejar las llaves de Rachel en la agencia de limpieza. Luego cogeré el tren a Londres y limpiaré mi apartamento. No tengo que hacer nada más hoy, pero aun así me siento mareada y sin aliento, como si hubiera olvidado algo importante.

Stephen está metiendo una bolsa en el maletero de su coche delante de un restaurante de comida rápida. Por un momento podríamos hacer ver que no nos hemos visto, pero ninguno de los dos consigue desviar la mirada a tiempo. Mientras camino hacia donde está él, miro calle principal arriba, al toldo amarillo del Miller's, como si esa fuera mi auténtica meta y solo fuera a detenerme por un momento.

—¿Te vas a casa?

Él asiente. Stephen vive en la Costa Jurásica, a dos horas y media. Los dos hicieron ese trayecto muchas veces. Y ahora se ha terminado. La ruta que ambos conocían tan bien ya no existe.

Y todos los puntos de referencia también han desaparecido, las maneras en que ella calculaba la distancia: los capiteles de los pueblos en el valle de Salisbury, la estación de servicio donde siempre paraba a tomar un café, el cartel del pueblo de Stephen, las siluetas de las casas de los vecinos... Y entonces ya llegaba, abría el coche y sus pies hacían crujir la gravilla, y se colgaba el bolso del hombro, con las cosas para pasar la noche, y se dirigía a la puerta, con euforia al principio y, últimamente, durante los últimos dos años, con una sensación que nunca podría describir.

—¿Cómo va el restaurante?

Stephen regenta un restaurante mexicano en West Bay. Incluso en temporada baja, La Fondita genera mucho dinero.

—No lo sé. Bueno... Tom se va a hacer cargo de él durante un tiempo —dice.

Es muy guapo. Eso era parte del problema. Rachel pensaba que tenía demasiada suerte. Ya no. Después de esto, creo que él habría sido perfecto para ella. Un sonido agudo y aplastado se escapa de mi garganta.

—Pensé que vuestro padre vendría.

—No.

No le digo que no hemos invitado a nuestro padre. Stephen nunca lo entendió. Aunque, la verdad, no es algo fácil de entender.

Ninguno de los dos sabe qué decir. Pienso en lo raro que es, después de todo el tiempo que hemos pasado juntos. Hace algunos años, los tres visitamos Lyme Regis, el lugar donde vivía la mujer que descubrió los dinosaurios. Recuerdo estar muy triste cuando fuimos al museo de dinosaurios. Una de mis obras acababa de ser rechazada en un concurso. Me pregunté si la mujer que descubrió los dinosaurios alguna vez sintió que su vida era tan absurda como yo sentía que lo era la mía.

—No encontró dinosaurios, Nora, encontró fósiles —dijo Rachel.

Y ese era el problema, ¿no?

Después nos sentamos frente a un *pub* de color de helado de pistacho. Me pillé un pedo de cerveza, y también Rachel, y en cierto momento me reí tan fuerte que me caí del banco. En el trayecto de vuelta a lo largo de la costa, observé cómo los acantilados se corroían, transformándose en pliegues; cómo la hierba crecía justo en el borde y dibujaba una curva verde, como si fuera un rotulador. Al contemplarlo, mis pensamientos se expandieron y se convirtieron en algo más grande, algo que me consoló. En el asiento delantero, Rachel, también borracha, y también mirando los acantilados blanquecinos y pensando en sus propios pensamientos nobles y magníficos, le dio la mano a Stephen.

—Echo de menos a Rachel.

Mi voz se parte en dos al decir su nombre, como si estuviera bostezando.

Stephen mira hacia la calle principal, y me avergüenzo de haberlo dicho. No hacía falta decirlo. Recuerdo verlos dormidos en el sofá; él fruncía los labios y se acercaba a besarle la coronilla.

—¿Me contarás cualquier cosa que te diga la policía? No paro de llamar a la comisaría, pero no sueltan prenda.

—Por supuesto.

Cierra el maletero y rodea el coche para ir hacia la puerta del conductor. Intento ignorar lo incómoda que me hace sentir ahora. La policía debe de haber confirmado su historia. Si estaba en el trabajo ese día, docenas de personas lo verían. No es sospechoso. Pero la policía no le cuenta nada.

Stephen saca sus llaves y se queda mirándolas, con la cabeza gacha.

—¿Estaba viéndose con alguien? —pregunta.

—No.

—Parecía diferente la última vez que la vi. Quería visitarla en octubre y dijo que tenía que trabajar.

—Probablemente fuera cierto.

Hay una pausa, y la expresión de Stephen cambia.

—¿Le dijiste que no se casara conmigo?

—¿Cuándo, hace dos años?

—Sí, y desde entonces.

—¿Crees que me habría hecho caso, de todas formas?

—Así que lo hiciste.

—No.

Me pregunto si sabe que estoy mintiendo. Rachel estaba preocupada. Yo le dije que, si ya estaba preocupada, casarse con él probablemente no fuera la mejor idea. Pero ella ya lo había decidido. —Le dije que todo iría bien hiciera lo que hiciera —continué.

—No ha ido bien. Si nos hubiéramos casado, aún estaría viva.

—Tienes razón. Ojalá se hubiera mudado a Dorset.

Y, unos años más tarde, se hubiera divorciado de ti. Ahora estaría comenzando una nueva vida en algún sitio, en un apartamento nuevo, feliz de estar sola otra vez. A menos que ninguno de nosotros tenga razón y alguien la haya estado siguiendo, y la hubiera encontrado en cualquier lugar.

21

Al mediodía, tomo el tren a Londres para cerrar mi piso. Poco después de marcharme, un hombre de los de la limpieza llama para decir que han llegado a la casa. Mientras limpian la sangre de mi hermana de las paredes y el suelo, observo el paisaje por la ventanilla del tren. Entre la nieve y las nubes blancas bajas hay pueblos de casas con techos amarillos manchados, campos, vías romanas... El hombre dijo que lijarían el suelo y lo volverían a barnizar. Una parte de mí se siente aliviada —no quedará ni rastro de lo que le hicieron—, pero también se me hace raro. ¿No deberíamos dejarlo tal como está? O quemar la casa.

La cosa que se aloja bajo mis costillas comienza a doler. Un coche que lanza humo por detrás conduce junto al tren. Rachel se arrastra escaleras arriba. El perro gira colgado del techo y la sangre le gotea por las patas.

Hay un golpe repentino y luego una aspiración cuando otro tren pasa como un cohete por nuestro lado. Los sonidos parecen menguar en el vacío entre los dos trenes, y cuando se ha marchado veo fuera una casa de piedra con ventanas ojivales.

Keith Denton dijo que estaba descansando en su camioneta junto al lago durante el asesinato.

El que la observaba en la cresta bebía Tennent's Light Ale y fumaba Dunhills.

Rachel había decidido marcharse de Oxfordshire.

Stephen está enfadado porque lo rechazó.

Necesito saber por qué pasó, para evitar que pase. Cuando abrí la puerta, la casa comenzó a brillar, y Rachel comenzó a brillar en mi mente. Como cuando los soldados enloquecen y recuerdan la batalla a cámara lenta y a sí mismos como en un estado de trance.

Tendría que haber regresado a Londres hace siete días, la noche del domingo. El sábado habríamos conducido hasta Broadwell para desayunar — creps con arándanos rojos, café solo— y habríamos deambulado por el museo. En casa, ella habría tomado una copa de vino y yo habría encendido el fuego o tomado un baño. El domingo habríamos llevado al perro al acueducto, y habríamos leído, cocinado y hablado sobre las cabras que planeaba criar; luego habría vuelto a Londres y ella habría ido a trabajar, ya que le tocaba el turno de noche.

Estoy furiosa por lo que nos han arrebatado. Es demasiado grande para pensarlo de una sola vez, así que me centro en cosas pequeñas. Por ejemplo, tengo muchas ganas de comer creps con arándanos rojos.

El tren atraviesa un pueblo, el campanario se desliza a nuestro lado. Miro la nieve, las casas amarillas y grises y los árboles perennes, el cartel colgante del Mermaid. A la orilla del pueblo hay una iglesia con un pequeño cementerio. Mientras el cementerio planea frente a mi ventanilla, cuento doce lápidas en la nieve, y entonces la imagen empieza a perderse de vista, agitándose con el movimiento del tren, y desaparece.

Cierro los ojos, sintiéndome enferma de culpa, horrorizada de pensar cuánto mejor es estar viva que muerta. Trago, escuchando el sonido que sale del fondo de mi garganta. Si me hubiera dado más prisa, ella estaría viva.

Los campos pasan tras la ventana. Hay ovejas en el flanco pedregoso de una colina, y las nubes se forman inquietantemente tras ellas; un cuartel de bomberos donde un hombre hace ejercicios en el patio. Levanta el cuerpo por encima de una barra, baja, desaparece.

A mi lado, Rachel está durmiendo. Si me inclino hacia delante, veré su reflejo borroso en la ventana. Su pecho se eleva y baja. La nieve, los cables eléctricos y las vallas corren por su cuerpo. Su pelo oscuro le cae sobre un hombro y tiene los brazos cruzados sobre el vientre. Lleva un suéter color camello. Veo las fibras en el cristal.

Nos acercamos a Heathrow. Un avión enorme brilla en tierra, las ventanas son una serie de gotas amarillas en la luz difusa. Esta solía ser la parte del viaje en la que empezaba a sentirme contenta de llegar a casa.

Pero últimamente volver a Londres me llenaba de una sensación de fatalidad. Pensaba menos en Liam cuando estaba fuera. En Londres, seguía

las mismas rutinas y visitaba los mismos sitios que cuando estábamos juntos, así que era fácil pensar que todo era como antes, excepto un poco peor.

Después de Ealing Broadway, el paisaje se torna moderno e industrial. Gente arrebujada en abrigos de invierno cruza los puentes sobre las vías. Moretti llama mientras el tren se zambulle en el paso elevado de Westway.

—Tenemos noticias —afirma—. Hemos localizado a su padre.

Me duele el cráneo. Creí que iba a decir que habían arrestado a alguien.

—¿Quiere su número? —pregunta.

—No. ¿Tienen los resultados de los materiales que había en la cresta?

—No han podido encontrar ningún rastro de ADN.

Hundo el talón de la mano en mi ojo.

—¿Ninguno? ¿Cómo es posible?

—Ha llovido bastante en las últimas semanas.

El tren estaciona en Paddington. Salgo al andén, respirando el cortante aire invernal y el olor familiar, victoriano y como de ceniza de la estación. Los restos de nieve se funden en el techo de vidrio entre las vigas de hierro, y la luz se vuelve amarilla al pasar a través del cristal.

Me doy cuenta de que la investigación no será rápida. La policía no sabe quién observaba a Rachel. No saben si Keith está mintiendo. No saben quién la atacó hace quince años.

Londres aparece amenazante y siniestro. Nadie sabe dónde estoy, y podría pasar cualquier cosa. Pienso con inquietud en los canales y en la cuenca. Siempre pensé que me sentiría más segura en Londres que en cualquier otra parte del mundo. Cada potencial atacante se equilibraba con un potencial defensor. Pero siguen pasando cosas horribles aquí, y ahora puede que se alcen y me envuelvan.

Comienza a llover mientras salgo de la estación de metro en Maida Vale, y abro el paraguas, sorprendida de encontrarlo todavía en el fondo del bolso, donde lo puse cuando me marché de mi piso hace nueve días. Observo el cemento bajo el borde del paraguas y, luego, lo inclino ligeramente hacia atrás para ver la carretera. Por un momento, mientras el extremo se eleva, estoy en el viejo Londres, misterioso y cinematográfico. Los pináculos de los paraguas se mueven arriba y abajo a mi alrededor y la lluvia se estrella sobre la calle.

El aire es frío y fresco y alquitranado. Tengo las piernas empapadas y los tejidos se me pegan a la piel. Me vuelvo para mirar el escaparate de una pastelería. *Four and twenty blackbirds* [2]. Mirlos. Rachel tenía un mirlo esmaltado. La recuerdo clavando el alfiler en la masa de una tarta. En Cornualles vimos pasteles con cabezas de pescado cocinados en honor del marinero Tom Bawcock. Me pregunto cuándo volveremos a ir Rachel y yo a Polperro, y entonces me golpea otra vez.

La lluvia repiquetea en el paraguas. Espero para cruzar la calle Greville bajo un cartel de vodka que era un cartel de sidra cuando me fui. Intento ver qué más ha cambiado, pero me resulta imposible. Cuando cruza con Kilburn, la calle está empapelada con pósteres, vallas publicitarias y folletos. El impuesto visual de Londres sobre los pobres. Paso la primera de las cuatro tiendas de móviles que hay en el camino del metro a casa.

Dentro del apartamento, me quito el abrigo y cierro el paraguas. El piso se ve extraño. Hay una taza de café en el fregadero, enjuagada pero no lavada, de antes de ir a trabajar el viernes por la mañana.

Voy hacia la ventana al final del salón y miro el vapor que sube, girando, desde los tejados. En los días despejados, se ve hasta Brixton por el sur y hasta la City al este. Durante el crepúsculo, las torres comienzan a brillar y llenarse de humo, y al caer la noche veo un millón de ventanas.

Ahora la lluvia emborrona la vista en algún lugar cerca de Bayswater. Las cornisas blancas de los techos de las casas se difuminan bajo la niebla y luego desaparecen. «Podríamos hacer que haya gente cuando llegue», dijo Moretti, «poner la calefacción, asegurarnos de que la caldera esté encendida».

La lluvia salpica en la ventana. Comienzo a moverme por el apartamento, pero no puedo creer que esté aquí. No sé cómo voy a sobrevivir las horas hasta que me vaya a dormir.

Solía encantarme volver a casa, prepararme un café o un té, quitarme los zapatos y las medias, frotar las marcas rojas que habían dejado en mi estómago y las líneas estriadas de los calcetines. Ahora mis movimientos son rígidos mientras me cambio y me pongo unas mallas y una camiseta de manga larga de una carrera en Wandsworth en la que no corrí.

Solo había estado fuera nueve días. La mayoría de la comida de la nevera todavía está bien. Llevo la basura al conducto que hay en el pasillo. En la ducha me quedo paralizada, fascinada por el olor de mi champú, que tras nueve días fuera parece pertenecer a un pasado distante. El vapor estanca el aroma a romero y enebro a mi alrededor. Tendré que comprar uno nuevo.

Cuando salgo de la ducha, la lluvia ha parado y me visto y salgo al balcón; el viento me da en la cara y silba por el lateral del edificio, las gaviotas chillan y se lanzan al vacío. La sangre sube por mis piernas y el vértigo me marea. La niebla ha desaparecido y, más allá de los tejados de Bayswater, vislumbro Hyde Park, que desde aquí es una franja verde con unas sábanas de bruma plateadas.

El aire huele a parafina. Observo la línea del horizonte. La silueta oscura de la central eléctrica de la calle Lots. La torre Oxo en South Bank. Una vez fui a cenar allí. El restaurante del último piso, el sonido del camarero echando hielo en un vaso se transporta por la habitación. *Gin-tonics* de flor de saúco, acababa de conocer a Liam y pensé que no sabía que las cosas podían ser así.

Me tiemblan las piernas. Me dan miedo las alturas, pero menos que otras cosas. La primavera pasada entré en un ascensor con un extraño y tras subir los primeros pisos una oleada de miedo se cernió sobre mí, y estaba segura de que quería hacerme daño. El hombre miraba fijamente la unión entre las dos puertas. Los brazos le colgaban a los costados y enroscaba y desenroscaba los dedos.

Creo que las dos podríamos habernos recuperado del *shock* del ataque si no nos hubiéramos pasado los meses siguientes estudiando cientos de otros ataques y violaciones y asesinatos como parte de nuestra búsqueda. Quería que ambas olvidáramos lo que habíamos aprendido. Durante los últimos cinco años, hice ver que lo habíamos olvidado, e ignoré cualquier señal de lo contrario, como que comprara un pastor alemán o que yo nunca cogiera un taxi sola.

No sé si estaba en lo cierto sobre el extraño en el ascensor. Paramos en el octavo piso y otro hombre entró, así que no podría haber hecho nada aunque hubiera querido. Se lo conté a Rachel cuando llegué a su casa. La encontré picando cilantro, con un cielo azul brillante sobre Oxfordshire.

«Tienes una imaginación hiperactiva».

«O me di cuenta de algo», respondí.

Me eché vino blanco en una copa mientras recordaba los brazos colgantes del hombre y sus dedos enroscados. Debió de sonar como que quería tener razón, y ella frunció el ceño.

Rachel sabía que me culpaba por lo que le había pasado en Snaith y que quería que estuviéramos en paz. Significara lo que significara eso. Deseé no habérselo dicho. Acercó el montón de cilantro a la hoja del cuchillo y continuó cortando.

El olor a parafina todavía flota en el aire. Uno de los balcones de abajo debe de estar abierto y oigo la música que sale del apartamento. Cuatro sobre la pista. Hay ritmos ondeando por el cielo cenagoso. Me pregunto si él está allí fuera, en algún sitio, celebrando. La rabia se prende en mí y entonces, en un cambio de marea, toda mi furia se vuelve contra Rachel.

Me la imagino apoyada contra el balcón con el horizonte detrás de ella. Su suéter negro cae dejando un hombro al descubierto, mostrando la tira amarilla del sujetador. Comienza a sonreír, los pómulos se le levantan, le brillan los ojos. Si Keith la miraba desde la cresta, probablemente ella lo alentaba. Seguramente le gustaba la atención.

El viento me aplasta la camiseta contra el pecho. Cruzo los brazos y comienzo a repasar nuestras viejas peleas. Después de estar empapada en miseria los últimos nueve días, es un placer ser rencorosa, como si bebiera ácido para baterías a tragos.

Preparo mi caso contra ella, basado en cada vez que fue desconsiderada o mala, como la vez que me llamó vaga.

«Soy tan ambiciosa como tú», le dije.

«¿Con qué?», preguntó. «¿Hacia qué?».

Rio.

«Bueno, ¿y tú qué? ¿Crees que alguien te va a recordar cuando estés muerta? Eres una enfermera, nadie se acuerda de ti cuando salen del hospital».

«Sí lo hacen, y no me importa», contestó Rachel, con aire de tenista que lanza un golpe precioso y tira la raqueta con el mismo gesto.

Su carácter. Es la única mujer que conozco a la que le haya pegado un segurata. Otra noche, observé como cogía dos botellas de cerveza, las levantaba sobre la barra y las dejaba caer a los pies del camarero.

Hace algunos años, en una fiesta en la isla de Hackney Wick, me volví hacia ella y le dije: «Esta es la mejor fiesta en la que he estado nunca».

Seguí bailando, preguntándome si así debía de ser el Burning Man, y Rachel le pegó un puñetazo en la cabeza a un hombre e hizo que nos echaran.

Alice decía que teníamos que hacerle correr unas cuantas vueltas antes de salir. Estábamos en el parque para perros de Willesden.

«Esto es lo que la perra necesita», señaló.

Sabíamos de dónde salía su furia, pero eso no siempre nos hacía ser empáticas. Pensar en la fiesta en la isla de Hackney Wick me llena de amargura. Abro la puerta del armario de un tirón y lanzo el bolso dentro. Su bata de franela está en el suelo. La llevo hasta el sofá y me la pongo en el

regazo. Paso la tela entre mis dedos. Todavía huele a ella, y me hundo hacia atrás, exhausta.

No puedo esperar aquí durante la investigación. Si fue un ataque aleatorio, la policía nunca lo va a encontrar. A menos que confiese. A menos que una mujer en el campo a las afueras de Oxford llame y diga: «No creo que sea nada, pero mi marido llegó a casa tarde, y me fijé en que había sangre en su chaqueta y en el coche. ¿Creen que deberían venir a echar un vistazo?».

Limpio mi apartamento para el potencial inquilino. Cierro la puerta con llave y tomo un autobús a Earl s Court para dejar la llave en el buzón de Martha. Las luces de su casa están apagadas, lo cual es bueno. No quiero que me vea e intente convencerme de que me quede. A las once estoy en Paddington otra vez, esperando el tren que me llevará de vuelta.

Segunda parte

Marlow

22

Una vez seguí a una mujer del metro hasta su casa. Se subió en Monument, cosa que me llamó la atención por sí misma. Por alguna razón, quería saber qué había estado haciendo allí. Se pasó el trayecto leyendo y solo levantó la vista una vez, en Cannon Street. Cuando se puso de pie en Victoria, bajé del tren y la seguí, en vez de quedarme hasta mi parada. Salió de la estación y caminó en dirección al río y Pimlico. Era finales de mayo, una de esas tardes cálidas de primavera en que te quedas fuera todo el tiempo posible. Comenzó a caminar por la calle para esquivar a un grupo de personas que había fuera de un *pub*, que sostenían vasos brillantes de cerveza rubia y fumaban, y luego giró en una pequeña calle, con hileras de casas de ladrillos amarillos con tuberías blancas en los tejados.

Nunca se lo dije a nadie. Habría sido difícil explicar lo que quería saber sobre ella.

La mujer de Pimlico se fijó en mí, pero no pensó nada raro. Podría haberla seguido hasta su casa y haber dicho que vivía en el piso de abajo y me habría mantenido abierta la puerta y se habría reído de la coincidencia. Esto es diferente, claro. Quiero que Keith se dé cuenta de que lo sigo. Pero lo más importante que aprendí es que parezco inofensiva. Esto significa que puedo acosarlo y nadie se dará cuenta excepto él. Puedo pasar por delante de su casa dos veces en un día, cenar en el mismo *pub*. Nunca le he amenazado, no tiene ninguna evidencia del acoso. Todo lo que tengo que hacer, creo, es estar donde él esté.

Keith esconde algo. Aun así, puede que no la matara. Puede que solo la estuviera acechando. Y ciertamente no la atacó en Snaith hace quince años. Puede que esté buscando a tres hombres diferentes. El hombre que la atacó en Snaith, el hombre que la miraba desde la cresta y el hombre que la asesinó.

Rachel visitó la prisión de Bristol en marzo, hace tan solo unos meses. Nunca dejó de buscar al hombre que la atacó. Hay una posibilidad de que lo encontrara y él la matase. Sé cómo llevaba la búsqueda hace quince años, y lo que fuera que encontrase todavía estará disponible.

Salgo del Hunters y voy al quiosco a por material. Cuando éramos adolescentes, pasábamos horas buscándolo en reportajes sobre criminales, leyendo sobre incidentes cerca de Snaith, masticando bolsas enteras de gominolas, arrancando pedazos con los dientes, clicando de una historia de violación a otra. Ahora el olor de las gominolas me revuelve el estómago.

En vez de eso, compro bolsas de regaliz y una botella de agua mineral. Me siento en la cama con el portátil, con las bolsas de chucherías abiertas desparramadas a mi alrededor, y empiezo a buscar al hombre que la atacó.

Lesiones físicas graves, violación, asesinato. Un círculo irregular con Snaith en el centro, incluidas Leeds, York y Hull, y los pueblos entre ellas. Mientras empiezo a leer, la adrenalina me posee. Me acuerdo de esto. Nuestras bocas manchadas de rojo, las espaldas encorvadas, las piernas dobladas bajo el cuerpo.

El periodismo ha cambiado en quince años. Hay mucho más material ahora, más fotografías. Salto rápidamente de una historia a la otra, llevada por algo cercano al pánico. Es muy familiar. Pensé que había cambiado, pero tal vez los años en Londres fueron una anomalía y este era mi destino.

Al final del día, tengo los brazos encharcados de sudor y una lista de nombres. El primero de ellos es Lee Barton, y en dos días aparecerá en el juzgado de York.

23

«¿Te vas a poner eso?».

«Sí».

Rachel llevaba pantalones cortos y una camiseta negra sin mangas que dejaba ver el escote. Fuimos hacia la parada del bus. La ola de calor aún seguía desde la noche del ataque. Parecía que las casas de nuestra urbanización fueran a desplomarse, como tartas heladas derritiéndose. Todas se derrumbarían, tarde o temprano, y el calor parecía estar acelerando el proceso. El sudor humedecía las tiras de mi mochila. Había guardado un suéter de repuesto para Rachel, aunque en todas nuestras otras visitas se había negado a ponérselo.

No sabía de quién era el trabajo de decirle a Rachel que se vistiera decentemente. Del ujier, de los guardias de seguridad. Nadie parecía estar por ello.

Ya habíamos visitado el juzgado de York seis veces. Rachel creía que no era la primera persona a la que había atacado y que no sería la última. Pensó que en algún momento lo atraparían, e íbamos al juzgado a buscarle.

Cuando nos preguntaban, decíamos que asistíamos a los juicios porque planeábamos estudiar derecho en Newcastle.

«¡Yo también!», dijo una vez un chico de nuestra edad. Rachel se quedó mirando al suelo y yo me volví hacia él. Llevaba un traje barato y limpio, y una corbata brillante. «Pero en Durham».

Me sonrió y preguntó:

«¿Habéis escuchado ya algún caso interesante?».

«No», contesté. «Todavía no».

Los guardias fingieron no mirar a Rachel mientras pasábamos por seguridad, hasta que les dio la espalda y levantó los brazos para que la agente la cacheara. Cuando la mujer le pidió que se diera la vuelta, Rachel sonrió al ver a los hombres quietos en la cola. Bajo la luz del sol el algodón de su camiseta se volvió transparente sobre el triángulo entre sus pechos, mostrando la piel que había debajo.

Mientras caminábamos por el pasillo de mármol, saqué un suéter holgado y me recogí el pelo. Sabía por lo que estaban aquí los acusados y lo que habían hecho.

Al acusado de hoy se le imputaba por haber seguido a una chica a los baños en un *pub* y haberla violado. Él dijo que fue consentido y se declaró no culpable en la vista con el juez.

No era él, Rachel lo supo nada más verlo, pero ninguna de las dos pensó en marcharse. La víctima era una chica de quince años. La tribuna del público estaba vacía excepto por nosotras, y cuando la chica subió al estrado se quedó mirándonos, como deseando reconocernos.

Era el segundo día de juicio. No sabíamos qué había pasado el primer día, así que no sabíamos por qué parecía tan desesperada. El abogado defensor comenzó con una simple frase de interrogatorio sobre dónde había estado el día del ataque y con quién. Tenía unos cuarenta años, gafas redondas de alambre y un acento nítido. Me alivió por ella que no fuera agresivo como algunos de los otros abogados que habíamos visto, o como los detectives que visitaron a Rachel en el hospital.

La chica estaba temblando, pensé que por estar en la misma sala que el acusado, un adolescente mayor que ella que ignoraba a todos los de la sala excepto a su abogado y al juez.

El abogado dio un nombre y le preguntó a la chica si lo conocía. Ella dijo que sí, que eran amigos.

«¿Le mandó fotografías tuyas?», le preguntó con voz tranquila.

La chica se encorvó.

«Sí».

«¿Qué aparecía en las fotografías?».

Rachel se inclinó hacia delante. No estaba mirando al estrado. Miraba intensamente al juez. Tenía que parar esto. El juez observó tranquilamente a la chica y al abogado. Su rostro estaba tan pálido que parecía que tuviera una capa de polvo o tiza.

«Yo».

«¿Y qué está haciendo usted en las fotografías?».

El jurado parece interesado en este desarrollo. Ninguno de ellos mira al abogado con el ceño fruncido. Las expresiones solo muestran concentración, entusiasmo por tomar en consideración esta información nueva.

Ella no respondió.

«¿Está desnuda en ellas?».

«Sí», dijo.

«¿Por qué le envió las fotografías?».

«Me gustaba».

El abogado se quedó callado durante un largo momento, como desmoralizado por esta revelación. Entonces se enderezó.

«¿Cuántos novios ha tenido?», preguntó, y su voz sonó confiada y fresca.

Así se alargó durante otra hora. Algunos de los miembros del jurado finalmente empezaron a verse inquietos, pero la mayoría parecían hundidos en la desaprobación, con una imagen de ella ya formada. El juez no estaba sorprendido. Eso debió de ser lo que más me preocupó. Observó a un hombre de mediana edad preguntarle a una niña cuántas veces había tenido relaciones sexuales y si se masturbaba a menudo y si se había sacado fotos desnuda, y en ningún momento mostró malestar. Debe de pasar todo el tiempo.

El abogado de la acusación mostró fotografías tomadas en el hospital de los moretones en las muñecas y las piernas de la chica, pero las caras del jurado no mostraron compasión. El abogado defensor argumentó que los moretones no significaban que no fuera consentido. Pudo haber sido sexo duro.

Rachel y yo no hablamos cuando salimos del juzgado. El acusado fue declarado no culpable. Más adelante tratamos de encontrar a la chica, pero habían borrado su nombre de los archivos del juzgado, porque era una menor.

Esa tarde volvimos a casa en silencio. El cielo todavía estaba iluminado sobre los árboles sombríos y los cables. El aire era suave y balsámico. El perifollo verde crecía alto junto a la carretera.

«No podré hacer esto sola después de que te vayas», le dije.

Se iba a mudar a Manchester en septiembre para estudiar Enfermería.

«¿Por qué no?».

«Estaré demasiado ocupada. Tengo que estudiar para los exámenes para la universidad».

No me miró.

24

La biblioteca es uno de los edificios de madera pintada de la calle principal de Marlow. Todavía tengo el carnet de la biblioteca de Rachel de la última vez que lo cogí prestado, y necesito algo que hacer en el Hunters por la noche. Saco libros al azar. *El amante. Balthazar. El rey Lear.*

Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca. Matar, matar, matar, matar.

No recuerdo si esa es la cita correcta. Sigo sacando libros, pero soy incapaz de entender ninguno de ellos, ni siquiera los que ya he leído antes. Las frases no encajan. Subo las escaleras hasta la sección infantil y escojo un libro de cuentos alemanes con bellas ilustraciones a color.

—Tiene dos libros atrasados —dice el bibliotecario en el mostrador de salida.

Es joven, con pelo negro y gafas redondas. No vive en Marlow, lo he visto esperando el bus a Oxford con la bolsa en el regazo.

—¿Cuáles son?

—El de Nesbø y el de Läckberg. —Él espera. Los últimos libros de Rachel—. ¿Quiere renovarlos?

—Sí —digo—, gracias.

Después de la biblioteca, conduzco hasta Abingdon. Un póster en el pasillo de la comisaría promociona un plan de jubilación anticipada, y mi mirada pasa de él al libro de cuentos.

—¿Por qué no se retira? —pregunto a Moretti.

—Ah —contesta—, se ha fijado en nuestro programa de despido voluntario.

Aguardo. Se saca las gafas y se frota los párpados.

—Es complicado —dice.

—Usted tiene una casa en Whitstable.

—Tengo una cabaña —responde.

Intento imaginármelo de pescador, con botas de goma amarillas, manejando un barco entre las rocas.

—No encontramos a nadie llamado Martin en el hospital —dice—. ¿Está segura de que lo conocía de allí?

—Ella dijo que era su amigo del hospital. ¿No ha encontrado a nadie en absoluto? ¿No es un nombre común?

—Nadie que estuviera en contacto con Rachel, ni personal ni pacientes de su ala. ¿Qué fue lo que dijo exactamente?

—Dijo que tenía que colgar. Que iba a encontrarse con un amigo del hospital llamado Martin.

—¿Cuándo fue esto?

—El domingo por la tarde.

—¿Dónde se iba a encontrar con él?

—No lo sé.

—¿Iba a ir en coche o a pie?

—No me lo dijo.

—Usted dijo antes que iban a cenar juntos. ¿Qué le hizo pensar eso?

—Solo la hora. Las seis y media, algo así.

—La cosa es —dice Moretti— que hemos revisado su teléfono y su correo. No hay llamadas o mensajes recientes enviados o recibidos de alguien desconocido o llamado Martin. Lo más probable es que acordara verbalmente encontrarse con él.

—¿Eso es raro?

—Usted lo sabe mejor que yo. ¿Cómo organizaba normalmente Rachel sus encuentros sociales?

—Por mensaje —contesto—. Y luego siempre llegaba tarde, así que siempre mandaba un mensaje disculpándose por llegar tarde. ¿Hay alguien en el pueblo que se llame Martin?

—Sí, pero tiene nueve años. —Moretti levanta el extremo de su corbata y vuelve a meterlo en la nada—. Su padre ha preguntado dónde se alojaba usted.

—¿Se lo ha dicho?

—No. Está viviendo en un hotel en Blackpool. ¿Quiere el número?

—No. ¿Le dijo que Rachel era propietaria de una casa?

—No, no directamente.

Puede que quiera mudarse a casa de Rachel. Quizá ya esté allí, usando sus cosas, reemplazando la atmósfera de Rachel por la suya. En una de las rehabilitaciones, hace años, me pidió que guardara sus pertenencias. Tres bolsas de basura, que al volver a mi piso descubrí que estaban llenas de perchas de alambre y papeles y unos tejanos rígidos y arrugados. Todo lo que poseía.

Cuando éramos pequeñas, básicamente nos ignoraba. Ya bebía por aquel entonces, aunque aun así encontraba trabajos en obras y mantenía la casa bastante en orden. Poco después de que nos marcháramos de casa, la perdió, y comenzó a beber más, y a quedarse en casa de amigos. No sé por qué empeoró, si pasó algo que lo desencadenara o si simplemente estaba desgastado después de años de gestión.

Solíamos tratar de rescatarlo. Ambas nos presentábamos en una casa de Hull o en un hipódromo de Leeds. En cuanto empezó a trabajar, Rachel le empezó a mandar dinero regularmente. Pero nada de lo que hicimos sirvió de ayuda y, avergonzadas, dejamos de intentarlo.

Moretti me promete que no le ha dado la dirección de Rachel y hablamos durante otra hora.

—¿Por qué terminó su última relación? —pregunta.

—Me fue infiel.

—¿Cuándo acabó la relación?

—En mayo.

No me parece raro que lo pregunte. Ni siquiera parece trabajo de la policía. Antes hemos hablado de las noticias, un escándalo político en Londres, y tuve la sensación de que no había hablado del tema aún con nadie y quería procesarlo. El escándalo en Whitehall ciertamente no tenía nada que ver con el caso. Aún echo de menos a Liam. Cada día que no pienso en él es un triunfo.

—¿Quién era la otra mujer?

—No sabía su nombre. Él estaba en Manchester por trabajo, se conocieron en un bar. No siguieron viéndose.

—¿Cómo se enteró?

—Encontré unas bragas de encaje negras en su bolsa. Debieron de mezclarse con su ropa cuando se fue del hotel. Sabía que no eran mías, eran de una marca que nunca había visto.

El encaje era de los caros, tan delicado que casi parecía deshilachado, como una tela de araña.

Espero en un banco del pasillo del mismo juzgado en York. No ha cambiado en quince años. Guardias, abogados y testigos pasan delante de mí. Nadie me pregunta por qué estoy aquí. Es un sistema judicial transparente, aunque el lema está en francés y los jueces son casi todos de Oxford y Cambridge. *Dieu et mon droit*. Solo sé lo que significa porque lo he buscado.

El ujier llama a Lee Barton, y encuentro un asiento en la tribuna del público. La única otra persona viendo el juicio es una mujer de mediana edad. Una puerta se abre y el jurado entra en fila, llevando ya esa expresión, fija, remota, como si quisieran asegurarnos que son dignos de la responsabilidad asignada.

Un alguacil entra escoltando al acusado. Me inclino hacia delante con un nudo en la garganta. Podría ser el hombre que la atacó en Snaith. Ojos marrones, cara estrecha. No sabría decir cuánto mide desde aquí. Pasea la mirada por la multitud y me pasa de largo. Él y la otra mujer que hay en la tribuna pública se sonríen. «Su madre», pienso.

Las abogadas son dos mujeres, tanto la de la acusación como la de la defensa. Ambas parecen tener unos cuarenta años y son enérgicas y pulcras. Ambas hablan rápido, aunque nunca lo bastante rápido como para que el jurado las entienda, y con cierto grado de urgencia. Me doy cuenta de que me gustan las dos y me pregunto adónde van después de terminar los juicios del día; si vuelven a sus oficinas o si quedan con colegas para tomar una copa.

Preferiría mirarlas a ellas, pero me fuerzo a estudiar a Lee. Se le acusa de pegar a una mujer con una llave de tubo. Puede que Rachel lo leyera y le

hiciera una visita. Lo soltaron bajo fianza hasta el juicio y estaba libre el día de su asesinato.

La abogada de la defensa interroga a un testigo, un cabo del ejército que entrenó a Lee. Las preguntas eran sobre el carácter de Lee, su genio y el trabajo que hizo como soldado y luego guardia fronterizo.

—¿Cuáles fueron las fechas de su servicio? —pregunta la abogada.

—Sirvió en el Regimiento de Yorkshire de 1996 a 1999 y como guardia fronterizo en Tórtola, una de las Islas Vírgenes Británicas, de 1998 a 2000.

Estaba en el extranjero cuando atacaron a Rachel. Me desplomo en el banco y me paso la mano por los ojos.

Durante el descanso, encuentro a la mujer de la tribuna pública fumando fuera. Le pido fuego y me presento.

—Soy Caitlin, la novia de Alex. Él tenía que trabajar, así que me pidió que viniera y le contara lo que pasase.

Siempre me sorprende con qué facilidad vuelve el viejo acento, como si hubiera estado esperando, acumulándose, volviéndose más fuerte. Ella asiente, distraída. No sé si el nombre fue una suposición acertada, pero, si su hijo no conoce a un Alex, ella está demasiado preocupada para cuestionarme.

—No sabía que hubieran enviado a Lee a las Islas Vírgenes —digo. Ella tiene la mirada fija en la rotonda húmeda. Las columnas se ciernen sobre nosotras—. ¿Venía mucho a casa?

—No —dice ella—. Solo una vez, por Navidad.

Cuando vuelve a entrar, apago mi cigarrillo y paso entre las columnas manchadas, saliendo bajo la lluvia fina. En lo alto del juzgado hay una estatua de una mujer con los ojos vendados que sostiene una espada y una balanza. La venda hace que parezca como si estuvieran a punto de ejecutarla.

26

Cuando regreso de York, la periodista está en el bar del motel. Entro rápido por la puerta abierta y se oye un estrépito detrás de mí cuando Sarah salta de la silla y me sigue al pasillo.

—¿Una copa de vino? —pregunta. Comienzo a subir las escaleras—. Nora, fui reportera de juzgados en el Old Bailey^[3] durante ocho años. He visto cientos de investigaciones policiales llegar a juicio. Puedo ayudarte.

Bajo las escaleras y entro con ella en el bar.

—Esto es confidencial —dice—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Qué les pasa a las familias de las víctimas?

—Si es un niño, los padres se divorcian. Incluso si el hijo es mayor. Las familias a menudo contraen deudas. Mantener el trabajo puede ser difícil, especialmente al principio. Si se trata de una esposa o un marido, el superviviente a menudo se vuelve a casar y, si no lo hace, tiene un alto riesgo de morir prematuramente. —Me mira y dice—: Los hermanos a menudo se recuperan. No es lo mismo que perder a un hijo.

—Si hay un juicio, ¿podré hablar con él?

—Algo así. Puedes hacer una declaración de impacto, pero el acusado no está obligado a responder de ninguna manera. Una vez esté en prisión, puedes visitarlo, si él accede.

Sarah pide una copa de vino. Lleva pintalabios rojo y un jersey ancho de cuello caído. En la cartera de piel colgada del gancho junto a sus piernas hay una bufanda con un estampado de arcos japoneses rojos y una libreta negra.

—Keith Denton estuvo en su casa aquella mañana.

—Lo sé. Lo he estado estudiando —dice—. No tiene historial. Todos con quienes he hablado aquí le adoran.

Le hago una señal al camarero y pido un *bourbon*. Me está diciendo la verdad. Si hubiera encontrado algún oscuro secreto sobre él, ya lo habrían publicado.

—¿Cuándo va a dejar de buscar la policía?

—El departamento de investigación criminal de Thames Valley dice que mantienen abierta una investigación hasta que dejan de encontrar nuevas pruebas. Pero esto no es verdad, ya que cualquier información sobre ella puede ser considerada una prueba. La verdad es que paran cuando tienen demasiadas investigaciones nuevas.

—¿Cuánto tiempo será eso?

Apenas hay crímenes aquí, supongo que meses, incluso un año.

—En esta zona, no demasiado. Cualquier día de estos.

—¿Cómo?

Solo hubo cuatro asesinatos en el condado el año pasado, lo recuerdo del artículo sobre Rachel.

—Investigan asesinatos, homicidios, violaciones, personas desaparecidas, agresiones graves y abuso a menores. Tienen más casos de los que crees.

—¿Podrían volver a revisarlo?

—Sí, si hay otro incidente similar en la zona o si alguien confiesa. O puede que alguien del equipo de evaluación lo retome, pero hay cientos de casos más que deben tener en cuenta.

Permanecemos sentadas en silencio, y ella endereza los eslabones de su pulsera.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

Asiento, aunque la veo como si estuviera lejos, y también el bar parece que estuviera lejos. En estos momentos, como cualquier día. Entonces me fijo en la expresión de Sarah. Va a decirme quién cree que lo hizo.

—¿Dónde está el perro? —pregunta.

—¿Qué?

—Mucha gente del pueblo ha mencionado haber visto a Rachel con un perro. ¿Dónde está?

—Se escapó.

Ella asiente y toma un trago de vino.

—¿Cuándo?

—El día que mataron a Rachel. Quienquiera que lo hiciera debió de dejar la puerta abierta y el perro se escapó.

Los pastores alemanes no se escapan. Sarah no lo dice, e intenta no parecer triunfante, pero se está acercando a lo que sea que necesita. «No puedo prepararla para lo que ocurrirá», dijo Moretti, «si se convierte en noticia nacional».

Me voy a desayunar al Miller's Arms. Solo fingía ante Rachel que me gustaba más el Duck and Cover. Pido la *galette* de parmesano y un café y discuto con Rachel en mi cabeza. «No quiero un bocadillo de salchicha y un café instantáneo», le digo. «Estás pelada», me diría, «eso es lo que comen los que están pelados».

«Arribista», me decía cuando tenía dieciocho años y estaba perdiendo mi acento de Yorkshire; y lo era, pero también necesitaba un cambio. Aquel verano, nuestro padre perdió el terreno, y para cuando comencé la universidad estaba furiosa y cambié mi voz de igual forma que me habría cortado la pierna a mordiscos para escapar de una trampa. Cada vez que oía mi acento indiferente y uniforme, pensaba: «Me he escapado, estoy fuera».

No fue difícil. La mayoría de la gente con la que fui a la universidad hablaba con el acento casi imposible de situar del inglés de la reina. Rachel mantuvo su acento incluso después de mudarse al sur, pero tenía una voz preciosa, susurrante y baja.

Intento no pensar en mi conversación con la periodista, pero me arrepiento de todo lo que le he dicho. Si me pusiera a sopesar mis acciones atrás en el tiempo, el arrepentimiento podría matarme.

Le dije a Rachel que cogería un tren anterior. Tras el trabajo, se suponía que tenía que coger el tren de las 13:50 desde Paddington. En vez de eso, me fui de Londres a las 14:50. En esa hora, comí en el Surprise. Pedí el salmón hojaldrado y un vino blanco. Pensar en la comida y la bebida me repugna. En su momento pensé que era decadente.

Anoche debería haber dicho que uno de los amigos de Rachel se llevó al perro. Debería haber leído su libreta cuando Sarah fue al baño, y no debí preguntarle sobre Keith Denton. Rachel lo habría hecho mejor. Habría sido paciente y astuta.

El propietario me trae tostadas con mermelada, Y *galette* y un café de cafetera francesa. Observo mi mesa y la sala. Es por esto por lo que prefiero el Miller's Arms. La *galette* es crujiente y sabrosa. Hay tallos de ruibarbo de color rosa brillante en la barra. Cada verano, crece ruibarbo salvaje a rayas rosas y blancas en la calle Boar. Abro el libro de cuentos alemanes.

En «*Los seis cisnes*», los hermanos de una chica son convertidos en cisnes durante seis años. Si ella habla o ríe, seguirán siendo cisnes para siempre. Ella les cose camisas y no habla, incluso cuando la acusan de asesinar a sus hijos. El último día del sexto año, los cisnes vuelan hasta ella. Les lanza las camisas y vuelven a convertirse en hombres. Hay una ilustración del sexto hermano. La chica no terminó su manga a tiempo, así que tiene un ala de cisne en lugar de un brazo.

Me llama Martha y hablo con ella fuera, bajo el toldo amarillo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué planes tienes? —pregunta.

Han pasado cinco días desde el funeral.

—No tengo planes.

—¿Pero qué haces allí cada día? ¿Cómo pasas el tiempo?

Observo el toldo, que es translúcido, brillando al sol. No quiero hablarle de Keith todavía.

—Investigo. Rachel todavía estaba buscando al hombre que la atacó, y he continuado donde ella lo dejó.

—¿Es útil?

—No lo sé.

—¿Qué piensa la policía sobre que te quedes?

—Quieren que me quede por la zona. Hablamos a menudo.

—¿Por teléfono? —pregunta, y entonces, sin esperar la respuesta, añade —: ¿Cuántas veces te han interrogado?

—Tres o cuatro, en la comisaría. Hemos hablado unas cuantas veces por teléfono, pero eso no es un interrogatorio.

—¿Sobre qué habláis?

—Sobre la investigación.

—Sabes que eso no es normal, ¿verdad? Deberías tener un funcionario de enlace familiar.

—Tengo una.

Me dejó un mensaje el día después del asesinato, que nunca respondí.

—Los detectives que llevan la investigación normalmente no mantienen a la familia al corriente.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. ¿Te han leído los derechos antes de interrogarte?

—No.

—Nora, ¿crees que están invirtiendo tiempo en ti porque les caes bien? O eres sospechosa o piensan que sabes algo que no les estás diciendo.

—No soy sospechosa. Necesitan información sobre ella para el perfil de víctima. —Miro las persianas negras del motel al otro lado de la calle—. Y quiero ver si alguien del pueblo hace algo raro. Puede que tenerme aquí le ponga nervioso.

—Si es que él está allí —responde—, cosa que es poco probable.

—¿Por qué dices eso?

—No puedes estar segura de que la conociera.

—Mató a su perro. ¿Por qué iba a matar al perro si no fuera porque quería castigarla?

—No lo sé —dice, y sé que está gritando, aunque intente hacer ver que no—. Tal vez esté loco. Suena como alguien que no está en sus cabales.

Son solo las diez y media cuando vuelvo a mi habitación. Tengo mucho por hacer. Debería vaciar la casa de Rachel. Debería organizar sus deudas y sus facturas. Debería escribir notas a la gente que mandó flores y coronas a su funeral. Debería ganar dinero. Debería abrir una línea de crédito antes de que mi tarjeta llegue al límite. Debería hablar con un terapeuta o alguien de la fundación de apoyo a las víctimas. Martha me mandó una lista de grupos para las familias de víctimas de asesinato. Hay uno en Oxford, debería averiguar cuándo se reúnen.

En vez de eso, decido ir a dar un paseo por el acueducto. Mientras me pongo las botas, me llama la atención una pila de polvo blanco que hay detrás de la cómoda. Dentro de ella hay dos trozos más grandes, y reconozco el asa y parte de la base de la jarra que solía estar sobre la cómoda. Debo de haberla roto en algún momento de la noche. No lo recuerdo en absoluto. No sé qué

usé para romperla. Hubo una época en la que era sonámbula, el año en que Rachel se fue de casa, cuando yo todavía estaba en Snaith con nuestro padre. Me pregunto qué otros cambios están sucediendo sin que yo sea consciente.

Me fuerzo a pasar por delante de la casa de Keith. Ya lo he hecho dos veces, antes y después de ir al acueducto. Su casa no es lo que esperaba. Pensé que viviría en una casa como en la que crecimos, una pequeña caja de yeso construida después de la guerra, pero el número once de la calle Bray es de madera, con tejas. Las tejas tienen forma de concha y están pintadas de verde pálido. Parece una casa que verías en un puerto de Dinamarca o Suecia.

La parte difícil es ir despacio. Si Keith alguna vez me acusa de seguirle, tengo que asegurarme de que sea él el que quede como un loco, como que está obsesionado. Todos mis movimientos deben parecer naturales, como si solo una persona culpable pudiera fijarse en ellos.

Decido ir al supermercado de Marlow, donde al menos hay una posibilidad de encontrarme con él. También es práctico. No puedo permitirme restaurantes ni comida para llevar y asumo que puedo convencer a la chica del Hunters para que me deje guardar algunas cosas en la nevera del restaurante.

No he ido a comprar desde que sucedió. Recuerdo ir al Tesco de Kilburn hace unas semanas, con todos los demás que habían salido del metro, que también estaban hambrientos y acababan de salir de trabajar, comprando también ingredientes para la cena y algo de recompensa por aguantar todo el día.

Una mujer apoya su mano en mi brazo. Bajo la vista de las cajas de pasta que estaba mirando, preguntándome si la chica del Hunters me dejaría también usar el fogón. La mujer tiene el pelo largo y suave y lleva una

cazadora verde. La reconozco de los paseos por el acueducto. Tiene dos perros Terranova enormes.

Trato de recordar su nombre. Algo suave y lluvioso, típico de los condados de alrededor de Londres. ¿Era Tamsin? Le pregunté a Rachel por ella.

«Se la ve muy brillante y parece que le gusta el aire libre», dije.

Florecente era la palabra, pero no pensaba decírselo a Rachel.

Ella resopló.

«No es que le guste el aire libre», contestó, «es que es rica».

Rachel me dijo que tenía tres hijos y que vivía en la casa de piedra georgiana que ven parcialmente desde el acueducto, detrás de un denso arrayán.

La mujer echa una mirada a mi cesta y siento una restricción aflojarse, una especie de suspiro. Esto es exactamente lo que necesito. Me invitará a su casa a cenar. Puede que, con el tiempo, me sugiera que me quede con ellos en vez de en el Hunters. Podría resultarles útil. Vigilar a los niños, pasear a los perros. Cuidar el jardín, por supuesto. La preocupación por mi crédito se desvanecerá. Recuerdo mirar su casa a través del arrayán hace unas semanas y ver árboles llenos de manzanas amarillas.

—Espero que lo encuentren pronto —dice—. Estoy harta de estar asustada de noche en mi propia casa. ¿Cree que es alguien que conoció cuando vivía en Hull?

—Rachel nunca vivió en Hull.

Me mira como si estuviera mintiendo.

—¿Dónde vivía entonces?

Reconozco su tono. Es la voz que usan mis clientes en Londres cuando algo en su jardín se ha muerto o ha sido derribado en una tormenta y me piden que les recuerde cuánto pagaron por ello.

—Nos criamos en Snaith.

—Eso está cerca de Hull, ¿no es cierto?

Echo una caja de galletas rellenas en la cesta.

—¿Por qué tiene miedo por la noche? —pregunto.

—Porque...

—Rachel murió a las cuatro de la tarde —digo—. Puta imbécil.

La rodeo y llevo mis compras a la caja. «Ninguno de vosotros la protegió», pienso mientras me alejo de ella por el pasillo. «Probablemente fue uno de vosotros y el resto no lo visteis y dejasteis que pasara».

La puerta de la cocina está cerrada y la chica no está ni en el mostrador de la entrada ni en su habitación del ático. Busco una llave en el marco superior de todas las puertas. Tengo que guardar las compras en la nevera y luego quiero hacer la cena.

Las bolsas me cansan los brazos y estoy hambrienta y mareada. Finalmente abro la puerta de atrás y pongo la leche, los huevos y el queso en una de las baldosas. El aire no es demasiado frío ahora, pero por la noche será helador.

Me pregunto si todavía podré usar la leche después de que se descongele. Me da demasiada vergüenza devolver la compra, pero no tengo dinero y ha costado diez libras. Me quedo mirando la compra y me supera tener estas preocupaciones absurdas además del dolor, así que me pongo a aullar con la chaqueta apretada contra mi boca.

En vez de cocinar pasta en la sombría y enorme cocina del Hunters y posiblemente comenzar a sentir un atisbo de normalidad, bebo *whisky* en la cama e intento dormirme pronto.

Ahora el Emerald Gate y el restaurante de comida rápida están cerrados, y pienso en lo que podría haber comido si no fuera tan estúpida. Sopa *wonton*. Tortitas *mu shu* con salsa de ciruela. Empanadillas de cebolleta.

Estoy muy cansada. Ahora mismo, si los detectives llamaran y dijeran «Creemos que esto es inútil, hemos dejado de buscar», pienso que me sentiría aliviada.

29

Por la mañana, conduzco hasta la cafetería junto a la gasolinera en la carretera de Bristol, unos cuantos kilómetros a las afueras de Marlow. Parece una gasolinera cualquiera, pero la comida es deliciosa. Una vez le pregunté a Rachel porqué y ella dijo «Anders», y señaló con el tenedor al hombre con el uniforme y el gorro de cocinero. No tengo nada que comer en el Hunters. La leche se congeló durante la noche y rompió la botella. Aún no lo he limpiado.

El campo húmedo se extiende a ambos lados de la carretera de Bristol. Aquí es donde sucedió el accidente del que me habló Rachel, con Callum y su novia, Louise. Ella trabajaba en la cafetería y probablemente él vino en coche a recogerla.

Paso una pequeña cruz blanca y, poco después, salgo de la carretera. La gasolinera vende combustible Esso y su icono, un globo rojo, destaca sobre el campo vacío. Me pregunto si Louise aún trabaja aquí. Rachel me dijo que se parecía a mí.

Me río cuando veo a Louise. Sí que nos parecemos. Siento un arrebato feliz e impreciso de familiaridad y tengo que contenerme para no abalanzarme sobre ella. Tiene el pelo marrón hasta los hombros y los pómulos altos y anchos. Incluso se mueve como yo, rápida e inquieta, y también camina con los pies ligeramente hacia fuera.

Mientras busco una mesa, Louise sale a fumar un cigarrillo. Fuma con un brazo cruzado sobre su estómago y el otro codo en equilibrio sobre la muñeca. Parece que tiene unos veinticinco años. Se rasca la boca con el pulgar mientras el humo asciende sobre ella.

Cuando me ve, creo que Louise se da cuenta del parecido. Entrecierra los ojos y su boca se inclina hacia el lado, como si se estuviera reprimiendo de comentarlo. Lleva una camiseta azul marino y una falda de tela negra con un delantal encima.

—¿Qué quiere tomar? —pregunta.

—Café y un *æbelskiver*^[4].

Sonríe y se lleva la carta. Cuando deja la taza y el platito unos minutos más tarde, miro sus muñecas y antebrazos con la luz fuerte que entra por la ventana. Hay marcas rojo oscuro en sus brazos, como quemaduras de cigarrillo, aunque una vez oí que puede quedar la misma marca con un destornillador. Parece que ha tenido cortes o quemaduras en el pecho y el cuello; tiene cicatrices pálidas y onduladas, y una oreja doblada hacia abajo, además de varios dedos de la mano derecha con nudos y rígidos, como si se hubieran roto.

Ya no tiene que tapar las cicatrices. Todo el mundo pensará que son del accidente.

«Él le pegaba», me contó Rachel. «Cuando ingresaron después de la colisión, los dos estaban en baja forma, pero ninguna de las heridas de ella era del accidente. Eran demasiado viejas. Se las había hecho él».

Esa noche hay algunos hombres en el Duck and Cover. Deben de haber cerrado el local con algunos clientes dentro, hace horas que tendría que estar vacío. Los hombres de dentro del *pub* se ríen en la barra. Uno de ellos se esconde la cara con las manos. Junto a él, Keith sacude la cabeza y se lleva una botella a la boca.

Me acomodo en el banco frente al bufete de abogados del pueblo, enfrente del *pub*, y quito el plástico a un paquete de cigarrillos. Ahueco la mano alrededor de la cerilla mientras me enciendo uno. Luego saco el teléfono y me encorvo sobre él, fumando. Me fuerzo a no levantar la vista durante un rato largo, y cuando lo hago Keith me está mirando a través de la ventana.

Tiene el rostro pálido y la boca caída. No le sostengo la mirada. Marco el número de mi banco y sostengo el teléfono contra la oreja, aún inclinada, aún agarrando el cigarrillo encendido. Cuando vuelvo a levantar la vista, el hombre que hay junto a Keith también me está mirando. Se encoge de hombros y vuelve a la barra.

Después de unos minutos más, aplasto el cigarrillo con la bota y camino hacia la plaza. Los tejos suenan como si los atravesaran unas olas furibundas

y espero debajo de ellos por si me sigue. Sobre los tejos, el reloj suena en el salón municipal del pueblo, y bajo caminando por la calle Salt Mill hacia el memorial de Callum. Todas las velas están encendidas. El altar es precioso y oscuro, las velas sacan profundos charcos de color escarlata de las flores. La luz de las velas titila en mi cara. Leo las tarjetas otra vez, pero no encuentro la de Louise.

Cuando regreso al Hunters, el bar está abierto, y acerco un sillón a la ventana que da a la estación.

Pasé diez días aquí en junio. El pueblo era diferente entonces. Era como ir a la playa, aunque está aún más en el interior que Londres. Paseaba descalza. Fui en bici por la calle Meeting House. Hice una tarta de arándanos. Rachel trabajó la mayor parte del tiempo, pero cuando llegaba a casa del hospital nos servía a las dos una copa de vino blanco y las llevábamos en la mano por el campo de detrás de su casa hasta el acueducto.

La recuerdo riéndose de algo, intentando no volcar el vino de la copa mientras le lanzaba un palo a *Fenno*. Los verderoles volaban entre los árboles. El perro levantaba las patas, como una silueta de un perro de los tapices del unicornio, con los bosques bordados tras él. Recuerdo pensar que este no era el momento más nuevo de la historia, sino el más antiguo, que el tiempo no se diluye, sino que se espesa.

Es demasiado fácil pensar en ella. Cada recuerdo está ligado a otro, y el tiempo no parece pasar en absoluto. Me siento durante horas a recordar, hasta que los primeros trabajadores, insoportablemente tristes, empiezan a llegar, esperando en la oscuridad del andén el primer tren a Londres.

30

Conduzco hasta el hospital para encontrarme con Joanna Cole. Rachel y ella trabajaban juntas en la mayoría de turnos, y Joanna podría saber a quién se refería Rachel cuando dijo que se iba a encontrar con un amigo del hospital.

El John Radcliffe está a poca distancia de Marlow, en la frontera con Oxford. Es un hospital universitario, con los mejores cirujanos e instalaciones. Una vez que vine aquí a encontrarme con ella, Rachel tiró una vía en una bolsa de plástico. Escribió algo en un sujetapapeles con una palabra cerca de la parte de arriba subrayada en rosa.

«¿Qué significa el color?».

«Nada. Ofuscación».

«¿De verdad?».

«No».

Miro la puerta de accidentes y emergencias y espero a que salga Rachel, envuelta en un abrigo de invierno sobre la bata, con el ceño fruncido, círculos oscuros bajo los ojos y el pelo recogido lejos de la cara. Le gustaba sentarse en un banco en concreto, de espaldas al hospital.

«Ya paso suficiente tiempo allí dentro», dijo.

Ojalá pudiera decirle algo que aprendí de la página web de la policía de Thames Valley, que es que hay una norma que dice que se debe informar de un tesoro. A ella le encantaría, como si la gente estuviera todo el día encontrando tesoros, como si fueran lo bastante estúpidos como para informar si lo encontraban.

Intento imaginar de qué querría hablar Rachel si estuviera aquí. Últimamente estaba absorta en la natación. La lógica parecía ser que estaba tan cansada que dormir ya no le servía, solo nadar.

Apenas soporto estar sentada quieta. No lo veo como algo que pasó hace unos días, sino como algo que está siempre a punto de pasar, él siempre está subiendo por la colina.

Las puertas de emergencias se abren y Joanna me ve y me saluda con la mano. Lleva una bata blanca de médico sobre un traje negro. Solo nos habíamos visto unas pocas veces, pero Rachel hablaba de ella a menudo. Joanna cruza las piernas y se apoya contra el banco. El cartel rojo de Urgencias brilla sobre la entrada.

—¿Han arrestado ya a alguien? —pregunta.

—No.

—Sigo pensando en lo que le haría si me lo encontrara —dice Joanna—. No sería rápido.

Es de Manchester, y su acento es familiar y reconfortante, no tanto como el de Rachel, pero al menos del norte. Tiene cuarenta y pocos años, y Rachel una vez dijo que miraba a Joanna para ver cómo sería ella en diez años. «Pero ella es médica, no enfermera», dije, y Rachel se quedó mirándome fijamente durante un buen rato.

—¿Hay alguien en el equipo llamado Martin?

Joanna frunce el ceño.

—No, no en nuestra unidad.

—¿Un paciente?

—No se me ocurre nadie. ¿Por qué?

—Mencionó el nombre por primera vez hace poco. Dijo que iba a encontrarse con él.

—Si se me ocurre algo, te lo diré —responde.

—¿Cómo la habías visto últimamente?

—Como siempre. —Joanna se queda mirando el hospital—. Esto es horrible sin ella. El resto son todos unos capullos o unos imbéciles.

—¿Qué hay de Helen?

—Es una capulla.

En diez años Rachel habría sido una enfermera practicante sénior. Me pregunto si se habría quedado en Oxford o si se habría marchado a otro hospital.

—Nos emborrachamos hace algunas semanas. Le conté a Rachel la aventura que estoy teniendo y ella me contó lo de que le pegaron una paliza

cuando tenía diecisiete años.

—Nunca se lo había contado a nadie. No creo que se lo contara ni siquiera a Stephen.

—Éramos amigas —dice Joanna, alargando la última palabra.

—¿Dónde estabais? Me gusta imaginarlas a las dos. Me hace feliz. A veces me preocupaba que Rachel se sintiera sola, que todo lo que hiciera fuera trabajar.

—En el Pelican.

Joanna suspira. Me imagino que se siente como yo, de plomo. Un avión ruge sobre nuestras cabezas, escondido entre las nubes veteadas.

—¿Por qué fuisteis al Pelican?

Después del trabajo Rachel solo iba al White Hart, cerca del hospital.

—Rachel vino a encontrarse conmigo después de su turno. Yo ya estaba en Oxford —dice.

—¿Por qué?

—Una investigación forense.

—¿Cuándo fue esto?

—En octubre.

—Debe de haber sido duro.

—No, he estado en docenas de ellas. Hacemos una investigación cada vez que alguien muere en las cuarenta y ocho horas de entrar al hospital. El forense habla con los testigos y presenta la causa de la muerte; si hay suerte, tenemos la tarde libre.

Le pregunto sobre la aventura, porque quiero construir la imagen de las dos en el Pelican. La aventura es con el instructor de natación de su hijo. Hago que me cuente la reacción de Rachel. Joanna dice que había mucho que las dos encontraban hilarante sobre el tema en el momento, y veo a Rachel, dejando caer la cabeza oscura y riéndose sobre la mesa.

Cuatro hombres están jugando al tejo en las pistas públicas cuando regreso a Marlow. Cuando hacía demasiado frío para mí, Rachel jugaba con los de siempre. No sabía todos sus nombres, y rara vez hablaban, pero cuando uno de ellos fue de vacaciones le trajo una botella pequeña de *ouzo*.

«¿Por qué te ha traído *ouzo*?», pregunté.

«Porque fue a Grecia», contestó ella.

Me pregunto si uno de estos hombres le trajo el *ouzo* a Rachel. Deben de tener unos ochenta años, así que los descarto como sospechosos. No es justo,

la verdad. Quién sabe cómo eran de jóvenes.

Los observo empujar los discos de color bermellón por la pista y me pregunto si la conocían y cuánto. Recuerdo lo incómodo que se sintió Lewis por mí en el parque la semana pasada. Rachel nunca me habló sobre la visita a Andrew Healy en la cárcel. Nunca me dijo que había comprado el perro por protección. Me permitió fingir que todo había acabado.

31

Salgo del supermercado de la calle principal con dos bolsas. Parte de mi acuerdo con la directora es que ahora tengo acceso completo a la cocina. Hay nevisca, pero hace demasiado frío para que nieve. Cambio las bolsas a la otra mano. En la puerta del motel, me vuelvo y, como esperaba, Keith está de pie junto a su furgoneta, observándome.

Estaba detrás de él en la cola para pagar. Era una cola bastante lenta. Parecía cada vez más y más turbado, pero no podía marcharse sin más después de haberme visto, al menos no delante de otra gente. La cuestión es que Rachel y yo nos parecemos.

Continúo mi investigación, encorvada sobre el portátil en la cama, trabajando mientras me como una bolsa de regaliz. Añado más nombres a la lista y los clasifico, tachando los que estaban en prisión el día de su ataque o de su asesinato, añadiendo estrellas para indicar prioridad; entonces, después de horas buscando, encuentro a Paul Wheeler.

Me ha llevado tanto tiempo porque fue condenado hace seis años, y no ha habido nada sobre él en las noticias desde entonces. Atacó a una mujer joven a las siete de la mañana en Bramley, un barrio de Leeds. En cuanto leo la primera frase del artículo, mi piel comienza a arder.

Ver su fotografía es como recordar un nombre que has olvidado, como si hubiera sabido que era él todo este tiempo. Es exactamente como ella lo describió.

Salgo de la cama tambaleándome y bebo agua directamente del grifo. Tengo tantas ganas de llamar a Rachel que cojo el teléfono y busco su número, permitiéndome durante unos segundos la ilusión de que tal vez podré contárselo.

El ataque coincide con el que le sucedió a Rachel. La víctima era una extraña; el ataque, brutal y repentino. Después de otras dos horas de búsqueda tengo el nombre de la víctima, el pueblo donde vivía Paul y el nombre de su abogado. Fue juzgado en los tribunales de York y encarcelado en Wakefield. Llamo al abogado y dejo un mensaje con mi número, pidiendo que Paul contacte conmigo. Digo que mi nombre es Sarah Collier, del *Telegraph*. Unas horas más tarde suena mi teléfono.

Acordamos encontrarnos en una cafetería de Leeds. Me sorprende que esté dispuesto a hablar conmigo, aunque no tiene nada que perder. Ya ha cumplido su condena por el ataque en Bramley. Si su caso aún no hubiera ido a juicio o si aún estuviera en la cárcel esperando la condicional, nunca habría accedido a encontrarse conmigo.

Se ha rapado el pelo. Antes, en las fotos del arresto, lo llevaba largo. Aún no me ha visto y doy un paso atrás en la entrada. No puedo acercarme a él estando así, y me fuerzo a esperar fuera algunos minutos más. Está en libertad condicional. Sé las condiciones de su condicional y lo que pasará si las viola.

Sonríe cuando me ve. Es él. Estoy segura. Hay un tarro de azúcar en la mesa; quiero partirlo por la mitad en el borde de la silla y clavárselo en la cara.

—Hola, Paul. Gracias por acceder a quedar conmigo.

Imito a Sarah Collier. Hablo con voz rápida y enérgica, como ella, y mis movimientos son firmes y decididos. Cuando me traen el café, golpeo la cucharilla contra el lado de la taza y la dejo junto al platito.

—Estoy trabajando en una historia para el *Telegraph* y le concierne a usted. Creo que hubo un error judicial en su caso.

Me supone un gran esfuerzo hablar con claridad y sonar neutral. Si dejo de controlar mi cara por un segundo, me romperé y le diré cómo planeo castigarlo.

Se me queda mirando, divertido, y pienso que el disfraz no le ha convencido, pero probablemente les hace esto a todas las mujeres —reporteras, abogadas, juezas—, desvestirlas, juzgarlas. Su cautela y

competencia no lo engañan. Sabe cómo son en realidad. Sabe qué aspecto tienen y cómo suenan cuando están asustadas.

Dejo que mis rasgos resbalen, para mostrarle mi desagrado, como haría una auténtica periodista. Nos miramos con franqueza mutuamente por un momento, entonces le hago un gesto al camarero y pido una pasta danesa. Es un gesto calculado. No estoy demasiado asustada para no comer delante de él.

—¿Quiere algo?

—No —dice.

Lo estudio. «¿Le hiciste daño a mi hermana? ¿La mataste?». Pienso en la mujer en Bramley. Tenía los dos hombros dislocados cuando acabó con ella.

—¿Ha oído hablar de Anna Cartwright? —pregunto.

—No.

—Era una patóloga forense de Estados Unidos. Hace algunos años la descubrieron falsificando pruebas. Su trabajo se había usado en miles de condenas, y todas ellas tienen que volver a ser sometidas a juicio. Creo que algo parecido está sucediendo en York.

—¿Quién?

—Todavía no lo puedo decir. Pero la persona manejó materiales para su juicio.

—Ya es demasiado tarde, ¿no? —contesta—. Ya he cumplido cinco años.

—Podría limpiar su nombre. Debe de ser difícil encontrar trabajo.

—No —dice—, no lo ha sido.

—La historia seguirá adelante de cualquier modo. Si quiere una oportunidad para decir lo que pasó realmente, todo lo que tiene que hacer es hablar conmigo.

El camarero me sirve la danesa y empiezo a comer, engullendo la crema dulce y la masa. Odio las danesas, pero no quería arruinar una buena comida.

—¿Cuánto me pagarán?

—No compensamos a los sujetos entrevistados, pero es posible que reciba una indemnización si su condena es revocada. —Hago una pausa, como si la siguiente parte fuera difícil de escuchar—. A ese hombre le ha ido muy bien. Ha subido rápidamente en el Ministerio del Interior.

Hablamos durante media hora. Se crio en Hull y fue a la escuela secundaria en la calle Fountain. Vivió allí hasta que fue acusado, y deduzco que estaba allí el verano que atacaron a Rachel. Pasó cinco años en la prisión de Wakefield. Su hermano le compró un piso y se lo amuebló antes de la condicional.

—¿Le recogió su hermano cuando le soltaron?

—No. Él vive en Alemania.

Por un momento flaqueo. Su hermano piensa que es culpable. Voló hasta aquí para comprar y amueblar el apartamento, pero no para verle. Supongo que tampoco lo visitó nunca en prisión.

Hablamos sobre cómo lo trató la policía. Tiene algunas quejas, pero en general lo trataron con educación. Menciona el nombre de su agente de la condicional. Me habla sobre cómo es estar en libertad condicional y sobre su trabajo.

Cuando acabamos la conversación, le menciono el nombre del responsable de publicación del *Telegraph*. Él sonríe.

—¿Vive usted en Londres? —pregunta.

—Sí.

—¿Dónde?

—En Clapham —respondo con una sonrisa tensa.

Él inclina la cabeza. Sabe que estoy mintiendo, pero creo que le complace que no quiera que sepa donde vivo. Guardo la libreta en mi bolso. Estoy a punto de ponerme la correa sobre el hombro y levantarme cuando dice:

—Nos hemos visto antes. ¿No lo recuerda?

—No.

—En el Cross Keys.

—Nunca he estado. ¿Está por esta zona?

—Sí. Usted debía de ser una adolescente. Hablamos una noche. ¿No recuerda nuestra conversación?

—No. No tengo ni idea de lo que está hablando.

Dejo el coche frente al café y camino hacia la calle Albion. El barrio me resulta familiar, aunque muchas de las tiendas han cambiado desde que estuve aquí por última vez hace años. El nombre del *pub* no me suena, y era verdad cuando dije que nunca había estado aquí. Cuando éramos adolescentes solíamos salir en grupo por Leeds, pero recuerdo los nombres de los bares y clubs, y el Cross Keys no es uno de ellos. La gente pasa junto a mí, alzándose el cuello del abrigo, la lluvia es demasiado fina para sacar el paraguas. Giro en la plaza Red Lion.

El *pub* tiene la típica fachada —cestas de hiedra, una pizarra junto a la puerta...—, pero en cuanto lo veo sé que la barra está a la derecha nada más entrar y que hay un patio de piedra cuadrado para fumar. Los baños están bajando un tramo de escaleras y las puertas son rojas y la mitad de altas de lo normal.

Dentro hay unos cuantos clientes, aire rancio y una carrera en la televisión. Bajo los escalones y al final de las escaleras abro la puerta del baño de mujeres. Todavía espero estar equivocada. Huele a desinfectante y alcohol derramado. Las puertas de los lavabos son rojas y la mitad de altas de lo normal.

Entro en uno de los urinarios. La pintura roja brillante me devuelve el reflejo, una mancha oscura. El corazón me late tan fuerte que cuando miro hacia abajo está levantando la tela de mi camiseta.

En el piso de arriba el camarero y los otros borrachos se vuelven a mirarme, y me doy cuenta de que estoy jadeando. Ha sido como estar en un

lugar donde hubiera pasado algo terrible, donde hubiera muerto alguien o hubieran enterrado cadáveres. No sé qué ha pasado allí.

Me alejo de la plaza y me doy cuenta de que el *pub* está unas calles más allá del Mint. A menudo íbamos a lugares como ese a beber antes de ir a la discoteca. Nadie se daba cuenta de si llevábamos una botella de plástico con tequila y la vaciábamos en un vaso con hielo. Creo que Rachel y yo fuimos juntas. Salir por Leeds era un esfuerzo y algo que rara vez hacíamos por separado.

Debe de haberme confundido con Rachel. Debió de hablar con Rachel antes del ataque, en una de las noches en que bebía hasta perder el conocimiento. O habló conmigo, en una de las noches que yo bebía hasta perder el conocimiento.

Paul me dijo que trabaja de dependiente en una tienda de reparación de ordenadores. Llamo al gerente y me presento como Ruth Foley, la agente de la condicional de Paul, y pido que me confirme sus movimientos. Le pregunto si trabajó el viernes 19 de noviembre y el gerente me hace esperar; entonces dice:

—Sí, estuvo aquí de diez a seis.

El gerente me promete que no podría haberse marchado. Estaba detrás del mostrador y habría necesitado que alguien lo reemplazara.

Llamo a Moretti desde el parque en la calle Merrion.

—¿Qué harían si encontraran al hombre que la atacó en Snaith?

—Lo consideraríamos sospechoso de su asesinato.

—¿Y si tuviera una coartada? ¿Investigarían el ataque en sí? —No.

—¿Por qué no? No prescribe.

—La víctima no puede testificar, y no hubo testigos. Incluso si lo acusáramos, el fiscal nunca lo llevaría a juicio.

De camino a casa en el coche, pienso en las puertas rojas de media altura. Fueron diseñadas, creo, para evitar que hagas cosas que no deberías. Recuerdo haberme reído de esto. Creo que fui a uno de los urinarios con un hombre.

33

Cuando regreso a Marlow, voy a la biblioteca. En el descansillo hay un dibujo del templo, una logia blanca en un amplio jardín. Tenía un porche con columnas y partes a la sombra, y bancos mirando hacia el pueblo. Me pregunto si murió alguien cuando se quemó.

«¿Por qué no la reconstruyeron?», pregunté a Rachel.

«Todos se marcharon. Se fueron a Estados Unidos».

Subo las escaleras hasta la sección de niños. Escojo un libro de cuentos de hadas italianos con la portada verde y me lo llevo a casa. Mientras subo las escaleras, me doy un golpe en el dedo del pie contra la silla del descansillo. El dolor me sube por la pantorrilla y dejo caer el libro. Levanto la silla y la tiro contra la pared. Al otro lado del rellano, el pesado espejo dorado se tambalea. Se levanta polvo del yeso. Mi rostro está húmedo y mi boca se abre mientras gruño de esfuerzo.

Cuando dejo mi habitación otra vez, alguien ha alisado el libro de cuentos italianos y lo ha dejado delante de mi puerta. En el rellano, me arrodillo y recojo el polvo de yeso con la mano. El exterior de los muros del Hunters es de piedra. Puede que nadie se fije en las marcas en el yeso. Alguien ha recogido ya la silla rota.

Esa noche, en mi habitación, intento leer los cuentos italianos, pero incluso esto es demasiado para mí. Durante un rato largo me quedo sentada con el libro en el regazo y la cabeza echada para atrás, dolorida. Cuando

finalmente me levanto para irme a la cama, me fijo en la ilustración abierta sobre mi regazo.

Hay dos hileras de carpes entrelazados en un jardín que lleva a un bosque. Una mujer encapuchada camina deliberadamente hacia el bosque, entre los carpes. Un galgo trota delante de ella.

Inclino la cabeza hacia el dibujo. Me confunde, después de hoy. No puedo creer que exista algo así, tanto el dibujo como las cosas representadas en él. El galgo y la capucha. Quiero saber a dónde va la mujer, y quiero estar en su lugar con una urgencia que me sorprende, y que habría creído haber dejado atrás.

Mis manos todavía están blancas del polvo de yeso. Aún hay manchas negras en la pared de cuando la botella de vino explotó la noche antes de su funeral.

34

Rachel y yo visitamos la Tate el año pasado. Me gusta más la Tate Modern. En el bar, puedes beber un vino blanco o agua mineral y contemplar el turbio río, la catedral de St. Paul y la gente en los puentes. No intenté explicarle esto a Rachel. Se habría centrado en el agua mineral, que rara vez compro y siempre con una sensación de decepción por mí misma.

«El agua mineral pega», quería decirle. «Pega con ese lugar».

Vimos pinturas medievales flamencas. Una de ellas era un tríptico de una peregrinación, y el camino se curvaba muy atrás en el campo pintado. Se supone que mirarlo es como estar tú mismo en una peregrinación, decía el letrero, cosa que me pareció una exageración. Pero era fascinante, y me di cuenta de que realmente quería estar allí, no aquí. Pasando, aparentemente, delante de todo tipo de cosas. Una hidra en el patio de una posada. Perros persiguiendo a una liebre saltando. Una taberna sobre pilotes en un estanque.

Rachel se acercó y yo me apoyé en ella.

«¿No sería bonito algo así?», dije.

«Mmm».

La seguí a la siguiente sala, donde había una pintura al óleo de Judith y Holofernes. Holofernes fue el general de una armada invasora. Judith lo sedujo y se las arregló para entrar en su tienda. Lo atiborró a vino y le cortó la cabeza.

«¿Y entonces qué pasó?», pregunté, pero el cartel no lo decía, y Rachel ya estaba en la siguiente sala.

Al día siguiente, hay coches aparcados en doble fila alrededor del parque, y todas las tiendas de la calle principal están cerradas. El Duck and Cover está cerrado, y también el Miller's Arms. La única oficina abierta pertenece al abogado del pueblo, que me dice que hoy es el funeral de Callum Hold.

No tengo otra cosa que hacer, así que encuentro un banco en el parque. Desde allí, no hay ninguna señal de las doscientas personas dentro de la iglesia. Las puertas de madera están cerradas. De tanto en cuanto una columna de humo sale por la chimenea. El jardín de detrás de la iglesia, con sus finas lápidas de piedra bajo el olmo de Texas, está en silencio. La iglesia se ve fría y vacía; el vitral, oscuro y brillante como el aceite.

Sobre mi cabeza los tejos rechinan por el viento. El pueblo no se detuvo por Rachel. O tal vez cerraran las tiendas. No me habría dado cuenta. El día es sombrío; meto las manos en los bolsillos y me subo la bufanda hasta taparme la boca.

Pienso en el Cross Keys y en las puertas rojas de media altura de los baños. Todavía no recuerdo lo que pasó allí. Cada vez que pienso en ello, mi estómago se desploma, como cuando recuerdo algo vergonzoso.

Las puertas de la iglesia se abren y se oye un ruido, como el de una barrera que se baja. Parece que los familiares son los primeros en salir. «Vienen de Stoke», dijo el abogado. No hay ataúd.

Callum murió en septiembre. El abogado me dijo que la familia esperó para celebrar el funeral hasta que su mejor amigo volviera de un viaje por

Afganistán. No sé decir quién es. El padrino, en cierto modo. Hay muchos hombres de la edad de Callum, y todos parecen destrozados.

Más y más gente sale de la iglesia. Se dispersan por el parque, cerca de donde estoy sentada. Me desenrosco la bufanda roja y me la meto en el bolsillo, ya que me hace destacar demasiado. Escucho las voces, que son bajas y sombrías. Algunos de los hombres y mujeres todavía lloran libremente. La gente forma grupos cerca de las puertas abiertas de la iglesia, en el jardín, en medio de la carretera junto al parque. No veo a Louise. Yo tampoco iría si fuera ella.

La recepción es en Brightwell. Alguien ha alquilado la casa de campo. Conozco el edificio, que es largo y bajo, con tres torrecillas. Cuando acogen bodas, hacen volar banderines blancos de las torrecillas. Me pregunto si habrá banderas hoy, y de qué color serán.

Cuando salgo de nuevo más tarde, las tiendas y los *pubs* siguen cerrados, sus dueños están fuera, en Brightwell. Me imagino a los hombres jóvenes que vi fuera de la iglesia de pie en el jardín, frente a la casa y fumando.

36

Keith ha engordado. Parece un hombre diferente del que me abordó en el acueducto.

Nos estamos acercando. Hoy se marchó de la cola del supermercado cuando me puse detrás de él. Dejó una cesta llena de comida en el suelo y huyó. La gente se fijó, y después de que se marchara unos cuantos de ellos se quedaron mirándome, como si quisieran preguntarme qué acababa de pasar y qué significaba.

Un poco antes esa tarde, me encontré con Lewis en la calle Meeting House.

—¿Quieres ir a caminar un poco? —dice—. Me vendría bien un descanso.

Asiento, aunque realmente no es un descanso para él, cada vez que habla conmigo está trabajando. Me pregunto qué piensa que queda por descubrir. Sus piernas son más largas que las mías, pero camina despacio, como si solo hubiéramos salido a dar un paseo.

—¿De dónde eres? —pregunto.

—De Brixton.

—Me gusta Brixton.

—A todos vosotros os gusta Brixton —dice.

—Vete a la mierda —le contesto, pero él sonríe, y recuerdo que sabe cómo nos criamos.

No puedo hablarle de Paul Wheeler, no hasta que haya decidido qué hacer. Ojalá pudiera dejar de ver su cara.

—¿De qué parte de Brixton?

—De Loughborough.

—Loughborough se ve desde mi piso.

—¿Cómo supiste lo que era?

—Quería saber qué era lo que estaba mirando.

Pasamos por delante del riachuelo, que ahora está congelado. Se podría caminar sobre él en vez de sobre las tablas que lo atraviesan.

—¿Por qué te hiciste policía?

—Para ganarme el pan —dice—. Yo era músico. Pasas mucho tiempo solo cuando eres agente. Mucho tiempo caminando. Lo pasaba componiendo canciones.

—¿Estabas en Brixton?

—No, en Barnes, donde nunca ocurre nada —dice.

—¿Cómo te llamas?

—Winston.

—Si te busco, ¿encontraré algo de tu música?

—No —contesta—, seguro que no.

Me pregunto qué confidencias espera a cambio de esto, pero no tengo ninguna. Ojalá las tuviera. Ambos sabemos que no debería haberme dicho eso, tendría que haberme dicho que quería ayudar a la gente.

—¿Echas de menos Londres? —pregunto.

—Sí. ¿Y tú?

—No lo sé. —Comenzamos a bajar por la calle principal—. Sentía celos de Rachel por vivir aquí. A veces odio Londres.

—Durante siglos —contesta Lewis, con su voz grave, que sube y baja—, la gente ha odiado Londres.

El pueblo está en silencio. Algunas personas están haciendo recados. Salen tranquilamente de las tiendas, abren el coche o caminan por la acera. Tras nosotros, se ve la luz rosada de la torre de la iglesia.

—¿Y tú?

—No —responde.

Pasamos por delante de la panadería y de la cola que se forma dentro para comprar pan y pasteles.

—Odio esto —dice mientras pasamos junto la bodega y la sociedad constructora—. No hay agallas. No hay cultura. Es aburrido.

Llegamos a la estación de tren y regresamos al parque por el lado norte de la carretera.

—Es plácido.

—Exacto —dice.

Pasamos junto al restaurante de comida rápida. Me quedo mirando la ventana y luego carretera abajo, asombrada.

—Es como Snaith —digo—. Es como la ciudad en la que crecimos.

—Siempre repetimos nuestros errores.

—Nunca antes me había dado cuenta. Es como Snaith pero más al sur.

—Y con dinero —añade Lewis.

Yo asiento. La única diferencia es que el tiempo ha sido amable con esta ciudad y no con Snaith.

—¿Por qué se mudó ella aquí? —pregunto.

Lewis no contesta. En cierto modo, ya lo ha hecho.

—¿Qué odias de Londres?

—El ruido.

—El ruido es lo mejor —dice.

Pasamos por delante del Miller's Arms. En esta luz el toldo es del color del papel.

—No en Kilburn.

—Puedes llevar auriculares. ¿Sabes con qué no se puede hacer nada al respecto? Con la lluvia.

La última palabra se vuelve larga y amenazadora.

Cuando Lewis vuelve a la comisaría, paseo por el pueblo otra vez. Echo de menos Snaith. El Vikings y la panadería. La iglesia normanda, especialmente en invierno, con la nieve cayendo sobre ella y los álamos del jardín.

No puedo creer que no me haya dado cuenta antes. Camino por la plaza, pero veo la plaza de Snaith. Los pueblos son como gemelos.

Paso por delante del restaurante chino donde Lewis y yo comimos hace dos semanas. Había uno en Snaith también, aunque se llamaba, vergonzosamente, Oriental Chop Suey, y este es el Emerald Gate.

No conozco a nadie más que se mudara a un pueblo pequeño. Rachel dijo que quería estar cerca del hospital, pero Oxford habría sido más cercano. Es como si nunca hubiera dejado nuestro pueblo. Me quedo de pie en el andén de la estación y veo la estación de Snaith. No sé si han actualizado los trenes de la línea de Leeds. Cuando nosotras vivíamos allí los asientos estaban hechos de moqueta azul y podías abrir las ventanas.

Voy en bici por la carretera de Bristol, más allá de la cruz blanca que marca el lugar del accidente de Callum, hacia la gasolinera. Delante de mí, el globo rojo de Esso se eleva sobre la planicie.

Louise todavía trabaja en la cafetería. Lleva la misma ropa que la última vez, una camiseta azul marino y una falda de tela negra bajo el delantal.

—Hola de nuevo —dice—. ¿Es esta tu bici?

—Algo así.

No creo que nadie la eche de menos. La encontré en el cobertizo de detrás del motel. Los engranajes están oxidados y las dos ruedas necesitaban aire.

—¿Quieres llevarla detrás para no se moje?

La lluvia ha parado, pero las nubes son largas y andrajosas. Louise me conduce fuera y llevamos la bici rodeando el edificio a una zona de aparcamiento cubierta. La cruz blanca no se ve desde aquí, lo cual, probablemente, sea algo bueno. Rachel me la enseñó hace algunas semanas. Estábamos de camino a Didcot, y ella señaló y dijo:

—Aquí es donde el coche de Callum volcó.

Recuerdo pensar que era raro, ya que no había ninguna curva ni obstáculos. Era un camino recto. Debió de pensar que había visto algo en la carretera, puede que un zorro.

El aparcamiento huele a piedra. Bajo la pata de cabra y sigo a Louise bordeando el edificio. Los coches retumban por la carretera de Bristol.

—Gracias —digo.

—No hay de qué —contesta ella.

«Él le pegaba», me había dicho Rachel.

Louise abre la puerta y la sostiene para mí. Paso tan cerca que huelo su perfume; lleva algo de vetiver.

«¿Cómo sabes que las heridas se las había hecho él?».

«Me lo dijo ella», me contó Rachel.

Louise coge una carta de desayuno y me sigue a una mesa.

—¿Vives cerca de aquí?

—En Kidlington —contesta.

Aguardo a que diga algo más. Supongo que se mudará pronto. La observo cruzar el restaurante e imagino una habitación con una amiga en Camden. Por algún motivo, mi imagen está desfasada unos cuarenta años. Tienen un hornillo de gas y un tocadiscos, y van a la *trattoria* de la esquina a por un litro de vino tinto y *bucatini*.

«Deberías mudarte a Camden», quiero decirle. «Deberías mudarte a Camden en el año 1973 o algo así».

Querría que pudiésemos hablar. Quiero preguntarle sobre Callum y el accidente. No veo la manera de hacer esto sin meter a Rachel, aunque no me importaría. Me gustaría saber cómo fue su encuentro. Pero también significaría revelar una violación de los derechos del paciente. Rachel nunca debió hablarme sobre las heridas de Louise, o sobre cómo se las hizo.

Me acabo las *æbelskiver* y pago la cuenta.

—¿Quieres esperar a que pare? —pregunta Louise.

Una lluvia pesada cae sobre el campo; las dos miramos cómo el viento sopla formando una curva de agua opaca sobre la carretera.

—No está lejos. Me alojo en el Hunters en Marlow.

—Aun así... —responde ella.

No pregunta qué es lo que estoy haciendo en Marlow. No creo que sepa que soy la hermana de Rachel.

Quiero hablarle de cómo fue el momento entre abrir la puerta de la casa y entender lo que había pasado, cuando lo que sentía era asombro. Era un sentimiento increíble, áureo y drogado. Me gustaría saber si ella experimentó eso cuando el coche se sacudió por primera vez, tal vez. No me importaría vivir toda la vida en ese espacio, en el que sabía que las reglas se habían trastocado de algún modo, pero no cómo.

Pedaleo carretera de Bristol abajo. No creo que vuelva a ver a Louise. Quiero preguntarle por qué no ha dejado el trabajo aún. Debe de resultarle difícil conducir por delante del lugar del accidente dos veces al día. Tal vez se fuerza a sí misma, como un recordatorio de algo.

En Marlow, la gente ha empezado a colgar coronas en las puertas. Coronas cuadradas y redondas de hojas de laurel y acebo.

Hay árboles en venta en el taller mecánico. El año pasado Rachel quitó el árbol en la noche de Reyes.

«No hay que enfadar al Hombre de Acebo», dijo.

Alguien ha colocado un ramo de rosas blancas frente a mi puerta. Me agacho y las llevo a mi habitación, y los pétalos suaves y cremosos llenan el aire con su aroma. Nunca antes me habían dado rosas blancas, ni me las había comprado yo misma, y en la habitación en penumbra se ven extrañas y preciosas. Lleno un vaso con agua para ponerlas. Alguien que manda sus condolencias. La familia de Martha, tal vez. La tarjeta es de una floristería de Oxford. Dice: «Encantado de conocerte otra vez. Paul».

Estoy en cuclillas en la cama sujetando el cuchillo de trinchar. Mi cuerpo está rígido por el miedo. La directora duerme en un conjunto de habitaciones en el piso de debajo del mío, y no sé si le llegan los sonidos desde aquí. Son solo las tuberías, la instalación del edificio. «No es nada», me imagino a Rachel diciéndose a sí misma el viernes, «no hay nadie ahí».

38

Moretti llama a la mañana siguiente para decir que unos agentes volverán a ir a casa de Rachel para inspeccionar la propiedad otra vez. No me dice exactamente por qué, pero asumo que por el arma homicida. Todavía no han encontrado el cuchillo.

—¿Está seguro de que Stephen estaba en Dorset ese día?

—¿Por qué? ¿Le dijo Rachel alguna vez que tuviera miedo de él?

—No.

—¿Era violento con ella?

—No.

—Stephen estuvo en el trabajo hasta las siete el día del asesinato. Hizo llamadas desde el restaurante, y aparece en las grabaciones de seguridad.

—Después del funeral, dijo que, si se hubieran casado, seguiría viva.

—¿Y cree que era una confesión?

—No. Solo me pareció raro que dijera algo así.

Lucho para no decirle lo de las rosas. La tarjeta estaba escrita en cursiva, como si la hubieran dictado, y la floristería confirmó que él había hecho el pedido y un mensajero las había entregado. Pero aun así sabe dónde estoy, y para encontrarme en Marlow tenía que saber el nombre de Rachel. El mío no aparece en ninguno de los artículos sobre ella. Creo que asumió que estaría en el Hunters porque es el único motel del pueblo, aunque puede que se haya enterado de alguna otra manera. Tal vez me siguió.

No puedo pedirle consejo a Moretti. En lugar de eso, digo:

—¿Tiene usted hermanos o hermanas?

—Un hermano.

—¿Tienen una relación cercana?

—No. Probablemente hace el viaje a Glasgow exactamente una vez al año por obligación, y odia cada momento de la visita. Probablemente pueda usar su trabajo para escaparse de las reuniones familiares. Lo imagino muy claramente atendiendo una llamada, en una casa en Dalmarnock o Royston, y diciendo: «Lo siento, me tengo que ir». Su familia ya sabe que no debe preguntar. Podría ser importante.

—¿Ha estado alguna vez en la tienda Whistlestop de la estación de Paddington? —pregunta.

—Sí.

—¿Compró algo?

—Compraba vino de camino a casa de Rachel a veces. ¿Por qué?

—Solo un cabo suelto —contesta.

39

Rachel dijo que pasaba algo raro en el pueblo. Todavía no sé qué quería decir. Apenas he salido del centro, y hoy camino hacia el norte lejos de los jardines y de la calle principal hacia la pista de tenis, una extraña caja vacía entre los pinos. La verja está cerrada con candado y las grietas se extienden por la pista. Aún hay nombres de la última temporada en el portapapeles colgado de la reja. Me acerco. El papel se ha vuelto rígido y arrugado, y el negro de la tinta es ahora ocre oscuro quemado. Paso los dedos por la hoja hasta que llego a su letra; entonces, me alejo con torpeza de la verja.

Jugamos al tenis en agosto. Rachel escribió nuestros nombres y esperamos a que la pista estuviera libre. Miramos a otra gente jugar, y las pelotas formaban arcos yendo y viniendo por encima de la red. La pista está hecha de pizarra, rodeada de pinos de Virginia. Me sentía como si estuviéramos en la playa. Un cielo turquesa formaba un arco sobre la pista y los pinos tenían las puntas garrapatosas, como los cipreses.

Me alejo rápidamente. El camino hace una curva, así que, cuando vuelvo a girar, la pista queda escondida. Nadie ha venido aquí en coche recientemente. Las hierbas han brotado en la carretera y hacia el centro forman un seto de cardos, silene y geranios de sangre.

Rachel pidió prestadas las raquetas, recuerdo. Fue a buscarlas mientras yo esperaba junto al Hunters. Hacía calor y las sombrillas de tela blanca estaban abiertas a lo largo del motel.

«¿Dónde las has conseguido?», pregunté.

«Keith», contestó.

No pregunté quién era. Se me remueve el estómago; no puedo creer que no lo haya recordado hasta ahora.

Bajó por la calle principal y volvió con dos raquetas. Yo me senté en una de las mesas de madera que había fuera del motel y la esperé.

Él me dijo que apenas la conocía. Para cuando llego al parque, está lloviendo. Veo a uno de los gemelos dentro de la ferretería. Giro en la calle Bray y me paro frente a la casa de tejas. Me pregunto si Rachel entró alguna vez.

Su furgoneta está en la entrada, pero la casa está a oscuras. Hay una pegatina de los bomberos en la ventana del piso de arriba, en una de las habitaciones de los niños. Espero, pero no quiero hablar con él delante de su mujer.

No recuerdo lo que dijo Rachel sobre devolver las raquetas. No recuerdo que las devolviera ese día, lo que debía de significar que le vería más tarde. No tengo ni idea. Recuerdo lo que comimos esa noche. Queso fundido y pan y botellas de refresco de diente de león y bardana.

Este era el tipo de cosas por las que ella me odiaba.

El Duck and Cover está repleto a causa del partido del Arsenal y el Chelsea, y me abro paso entre el gentío hasta que encuentro a Keith.

—¿Puedo hablar contigo fuera? Será solo un minuto.

Tiene los ojos vidriosos. Quiere mandarme a la mierda, pero la gente a nuestro alrededor está escuchando, y me sigue fuera. Los edificios de madera pintada crujen en el viento, y el cartel colgante del *pub* se mece hacia delante y hacia atrás.

—Te pidió prestadas unas raquetas de tenis —digo.

—Ah, ¿sí?

Lleva el mismo abrigo largo de antes y un gorro naranja enrollado.

—El verano pasado.

—Nunca supe si acabó usándolas. Las dejé fuera junto a la puerta de atrás para que las cogiera.

—¿Por qué?

—Dijo que quería jugar y yo le dije que se las podía prestar cuando quisiera.

—¿Dónde? ¿Dónde estabais cuando te dijo eso?

—En su casa. Quería una estimación de la canalización exterior.

—¿Para qué?

—Una ducha exterior —dice—. Dijo que era un regalo de cumpleaños para ti.

Me río. La calle oscura parece resbalarse y oscilar.

—Necesitaba raquetas, y le dije que siempre tenía ese tipo de cosas por ahí.

Las raquetas eran nuevas. Recuerdo su olor y el rectángulo pegajoso de donde la etiqueta había sido arrancada hacía poco.

40

Anoche follé. Había un hombre solo en el bar en el Mitre en Oxford, y lo escogí a él. Como precaución, me dije a mí misma, para distraerme y no hacer algo estúpido. Bebimos *gin-tonics* y hablamos en la barra, y recordé cómo encender las luces, cómo dispensar la cantidad justa de calidez y crueldad. En la barra había boles plateados llenos de hielo y botellas de cava con etiquetas amarillas enastadas. Él era guapo, y el encuentro fue surrealista, y alegre, como pueden ser a veces, como si tuviéramos el día libre mientras todos los demás tenían que trabajar. Había venido desde Londres al pueblo para una boda y fue el primero de sus amigos en llegar. Habían alquilado una casa para el fin de semana cerca de Somerville College. Follamos en las escaleras y en el dormitorio. Como había bebido bastante y lo hicimos durante mucho rato, fui capaz de olvidar dónde estaba.

«¿Quieres venir a la boda mañana por la noche?», dijo por la mañana.

Me reí.

«No, lo digo en serio».

«Tengo que trabajar», contesté.

41

En el mercado de Navidad del parque, los habitantes de Marlow tejen caminos embarrados en la nieve. Sobre los tejos, el cielo es gris. Los puestos están todos abiertos, las puertas danesas abiertas de par en par. Voy siguiendo la fila. Hay jabones y velas, sobre todo. Un cartel en el salón municipal anuncia la recaudación de fondos de las fiestas.

—¿Para qué están recaudando dinero? —pregunto a una mujer que vende vasos de sidra de pera.

—Para el puente.

—¿Qué le pasa al puente?

—Se está cayendo.

Es imposible que la gente use tantos jabones y velas como compran, y aun así allí están, comprando jabones y velas. Al menos hay puestos de comida. El primero vende tartas. El segundo, conservas y vino de esclarea de una granja de Cirencester.

El siguiente puesto vende cirios hechos por monjas en Francia, y me imagino a una monja bañando la mecha en un caldero de cera caliente. ¿Cómo deciden las órdenes monásticas qué hacer o en qué formarse? Saint-Émilion, Chartreuse, Saint Bernards. En el monasterio de Valais, entrenan perros para realizar rescates por parejas. Estoy pensando en los san bernardos, e intento hacerlo sin pensar en *Fenno*, cuando una mujer me da unos golpecitos en el brazo.

—Rachel era realmente preciosa —dice.

Luego me mira para ver cómo me lo tomo. Suspiro. Estaba celosa de ella, pero no por la razón que todo el mundo se piensa. La mujer aún me está mirando con ese gesto, de curiosidad y un poco cruel, familiar para cualquier hermana de una mujer excepcionalmente atractiva. No puedo pensar qué decir. Las ramas del tejo se levantan y ondean en el viento.

—Ella preferiría estar viva.

La mujer me mira con desaprobación, como si hubiera hecho trampas en un juego. Me alejo de ella y de los cirios.

El sacerdote ha abierto las puertas de la iglesia, esperanzado, por si la multitud se acaba yendo hacia allí. Debe de hacer mucho frío dentro.

Compro *glügg* en un vaso de papel. Por esto la gente se muda a pueblos, pienso. Para cotillear y recaudar dinero para el puente.

Al otro lado del parque, Keith Denton habla con un chiquillo. Por la interacción, pienso que el niño es su hijo y que es un buen padre, cariñoso y alegre. El pequeño corre a unirse al grupo de niños que juegan tras los puestos, y Keith rodea a una mujer con el brazo. Mira al otro lado del parque y, cuando llega a mi dirección, finge no haberme visto y se vuelve de modo que la mujer bajo su brazo también se gira.

Siento un vacío en el estómago. Sigo observando, pero Keith no vuelve a mirarme. Después de un rato, su mujer lo besa en la mejilla y se aleja, saliendo de debajo su brazo, para unirse a otras dos mujeres. Ella no sabe nada de mí, él no le ha contado nada. Keith se queda a hablar con el dueño de la ferretería, luego se acerca a decirle algo a su mujer y se va. Lo veo bajar por la calle principal hasta la curva de la carretera.

Voy en la dirección contraria, hacia Redgate. Keith estuvo en casa de Rachel ese día. No tiene una coartada. Se ofreció a ayudarme con los trámites. Compró raquetas de tenis para que las usáramos nosotras. Rachel dijo que nunca tendría una aventura con un hombre casado, lo cual quiere decir que, si lo hubiera hecho, no me lo habría dicho. No creo que se lo hubiera dicho a Helen tampoco, ya que su marido se acostó con otra mientras estaba embarazada de Daisy, pero la llamo de todos modos.

—¿Estaba Rachel viendo a alguien últimamente?

—Veía a Stephen a veces.

—¿A alguien más?

—No lo sé —dice.

Paso junto al jardín con el manzano. Una docena de manzanas chamuscadas de rojo aún cuelgan de las ramas desnudas en el frío.

—¿Habló alguna vez de alguien del pueblo? —pregunto.

—No.

—¿Y sobre alguien que estuviera casado?

—No, nunca.

Me paro en el extremo del Redgate, resentida y decepcionada, pero entonces Helen dice:

—Me alegro de que hayas llamado.

Miro al otro lado de la carretera, al taller mecánico, y me pregunto si ya está, si se ha dado cuenta de que sabe lo que pasó.

—¿Le dijiste a Daisy que fuera a casa de Rachel? —añade. Me muero de vergüenza. En el Miller's Arms, después del funeral, recuerdo haberle dicho a Daisy que escogiera algo de la casa.

—¿Sabes la pinta que tenía el lugar? Nadie lo había limpiado todavía. No ha dormido en una semana. Ha estado investigando delitos sexuales.

—¿Por qué piensa que fue un delito sexual? —pregunto, y Helen chilla.

Alejo el teléfono y miro la hilera de álamos junto al taller.

—Si vuelves a hablar con mi hija, le diré a la policía que has abusado de ella.

Me río. Ella cuelga y me quedo mirando el teléfono, temblando.

—¿Por qué interrogó a Keith Denton?

—¿El fontanero? —dice Moretti—. ¿Por qué?

Espero.

—Fue la última persona en verla con vida —dice.

—¿Tenían una relación?

—No que yo sepa. ¿Tiene algo que decirme, Nora?

—No.

La policía le interrogó hace tres semanas y Moretti me dijo entonces que estaban analizando su furgoneta y buscando pruebas forenses en su casa. Recuerdo la pegatina de los bomberos en la ventana y me pregunto a dónde llevó su mujer a los niños mientras la policía registraba la casa.

—¿Cómo se llama su mujer?

Se hace silencio. Sabía que sería reacio a decírmelo, pero no hay ninguna razón para que se niegue. Es un pueblo pequeño, podré enterarme.

—Por favor, Rachel podría haberla mencionado.

—Natasha —contesta.

Estoy de pie junto al riachuelo cuando Keith se acerca por la calle principal. Estamos solos, aunque oigo los ruidos del mercado de Navidad. Palpo la navaja que he empezado a llevar encima, el tipo de hoja que solo he visto usar antes a un vendedor para rascar la pegatina de una botella de vino.

—Llevo un registro —dice Keith— de todas las veces que pasas por delante de mi casa y todas las veces que entras a algún sitio detrás de mí.

—Eso es un poco raro —respondo—. Tiene sentido que nos encontremos en un pueblo pequeño.

Ha subido más de peso. Yo también comería mucho si me enfrentara a la posibilidad de una vida de comida de prisión.

—Te van a detener —dice.

—¿Por qué?

—Acoso.

—No, no lo creo. —Le doy la espalda y me vuelvo hacia el riachuelo. Lo miro con las manos en los bolsillos. Uso la punta de la bota para quitar la nieve de la superficie y me giro de nuevo hacia él—: ¿Crees que tu mujer sabe lo que has hecho?

Me da una bofetada. Su mano aterriza con fuerza y mi cráneo repiquetea. Me empieza a latir la cabeza, pero no dejará mucha marca. Se asegura de que nadie lo ha visto y vuelve dando zancadas a la calle principal.

Pronto encuentro a una Natasha Denton que trabaja en un *spa* con locales en Bath y Oxford. Cuando llamo al del norte de Oxford, la recepcionista me dice que Natasha trabaja los domingos, pero que sus citas para mañana están todas cogidas, empezando a las nueve de la mañana.

—Necesito preguntarte algo.

No sé qué más decir. Nunca antes había tenido que bloquearle el paso a la mujer de nadie. Gracias, Rachel.

La he estado esperando en mi coche, aparcado fuera del *spa*, durante una hora. Me mira, perpleja, intentando descifrar si soy una clienta o una drogadicta.

—¿Podemos ir a algún sitio?

Su cara comienza a transformarse. Se hunde y se ablanda con el miedo.

—No —dice—. Tengo que ir a trabajar.

—Es sobre tu marido.

No tiene sentido decirlo. Ya lo sabe. Natasha hace una mueca y se aparta. Me mira y le leo el pensamiento. Sobre gustos no hay nada escrito.

—Creo que tuvo una aventura con mi hermana.

—¿Quién?

—Rachel Lawrence.

El alivio se desliza por su rostro y baja los ojos.

—No, te equivocas. Él ya ha hablado con la policía.

—Te lo pregunto a ti. Si hay algo que hayas notado, si se ha comportado de manera extraña alguna vez, yendo a algún sitio o encontrándose con alguien.

—No lo ha hecho.

—Entonces, cuando me has visto, justo ahora, ¿por qué pensaste que tenía algo con él?

—No lo pensé —responde entre risas—. Pensé que ibas a atracarme.

No la creo, pero, la verdad, no recuerdo la última vez que me duché o que me puse nada para tapar las manchas oscuras y brillantes que tengo bajo los ojos.

—Mi hermana se suicidó el día de su vigésimo octavo cumpleaños —dice—. Si pudiera ayudarla, lo haría, lo prometo.

—¿Tu marido tiene un segundo nombre?

—Sí —dice y se aclara la garganta. Parece nerviosa—: Thomas.

Martha contesta desde su camerino en el Royal Court.

—¿Qué pasa cuando tienes una aventura? —pregunto.

—Te pones en forma —contesta—. Gastas dinero en cosas diferentes. Empiezas a pasar tiempo en otras partes de la ciudad.

Martha ya se me ha quejado antes de que la mitad de las obras que se representan en Londres en cualquier momento tratan sobre una aventura. Ha hecho de adúltera o amante en una docena de producciones. La última en la que actuó era *Betrayal*, donde los amantes compran un apartamento en Kilburn. No me imagino a Rachel haciendo eso. Parece de otra época, comprar un piso para una infidelidad, como tener un hornillo, además de económicamente imposible. La gente normal no podría hacer eso ya, no podría ahorrar suficiente dinero para comprar un piso entero.

—¿Algo más?

—El teléfono. Puede que te compres otro más, o que le dediques más tiempo —dice—. ¿Cómo estás?

—Bien. Ahora tengo una rutina —contesto, aunque no es del todo cierto, es más bien una razón que una rutina.

—Ven a casa —dice Martha—. He hecho una copia de las llaves para ti.

—No puedo.

—No te está vigilando, Nora. No la puedes compensar.

—¿Y regalos? ¿No es eso algo que hace la gente cuando tiene una aventura?

«He quedado con un amigo que se llama Martin», dijo Rachel el domingo antes de morir.

No es el segundo nombre de Keith, pero podría ser como le llamaba ella. Moretti dice que no hay números desconocidos en el teléfono de Rachel ni

ningún rastro de ella quedando con alguien el domingo. Si fue Keith, debieron de encontrarse en el pueblo y acordar verse el domingo por la tarde. No habrían necesitado llamarse o enviarse mensajes.

Los dos días siguientes llueve. Las gárgolas del banco le gritan a la humedad. Paul Wheeler no me ha vuelto a contactar. La policía no le investigará por el ataque de hace quince años. Tengo que pensar una forma de evitar que se lo haga a alguien más. Inmovilizarlo de alguna manera. Tengo tiempo. Su hermano le compró un piso en Leeds, tiene un trabajo, tiene que cumplir con los requisitos de la condicional. Dudo que se marche.

A menudo paso caminando por la calle Bray, pero nada parece estar fuera de lugar en su casa. Espero a que Natasha me llame. Debe de sentir curiosidad. Debe de querer saber los motivos de mi sospecha.

43

Lewis quiere encontrarse conmigo en el Cherwell. No le pregunto si ha pasado algo con el caso. Si así fuera, no habría esperado hasta la tarde para decírmelo. Aun así, en el paseo por Oxford hasta el río, el corazón me late rápido y siento las piernas ligeras, como si algo estuviera a punto de pasar.

—Está cerrado —dice cuando lo encuentro fuera del *pub*.

Sin hablar, rodeamos la caseta de botes hacia el camino de sirga. Caminamos en dirección al Magdalen College y uno de los *pubs* junto al río.

—No llevas traje.

—No —dice.

Lleva unos pantalones ajustados, una camiseta térmica blanca y una chaqueta de tela con capucha. El sendero se estrecha y camina delante de mí. Miro la capucha colocada entre sus hombros y es reconfortante; me recuerda a algo, pero no sé a qué.

El río corre bajo una hilera de gruesos puentes curvados. Bajo ellos, el sonido de nuestras pisadas retumba a nuestro alrededor. Llegamos al primer *pub*, pero está abarrotado de estudiantes de un torneo de *rugby*. En una repisa hay una hilera de botellas de refresco de diente de león y bardana. Recuerdo la pista de tenis y el sol derramándose sobre la ciudad. Aquel día, cuando Rachel me dejó en la mesa junto al motel y fue a casa de Keith, quiero saber qué se le pasó por la cabeza.

—¿Paramos aquí? —pregunta Lewis.

—No, sigamos caminando.

La niebla envuelve los árboles de la orilla opuesta. El agua gotea del puente Magdalen, creando anillos en la superficie. Miro uno de los anillos hacerse más ancho y choco con el hombro de Lewis.

Pedimos unos cafés en una cafetería donde no hay más clientes y sí un millón de sillas. En mitad de la sala, Lewis se detiene con las manos en la cintura y dice: «Es una trampa». Cuando finalmente llegamos a la mesa en la que he propuesto sentarnos junto a la ventana, miramos el resto de sillas y nos desternillamos. Descubro que pierdo el control cuando río.

—He escuchado tu música —digo—. Me gustó mucho.

El nombre de la banda era Easy Tiger. Aunque no era realmente una banda, sino él solo tocando diferentes instrumentos. Las canciones me recordaron a Beach House y Blood Orange, y me da pena, porque las grabó hace diez años, y podría haber estado justo allí con ellos, si no por delante.

—¿Quién canta?

—Mi hermana.

Tenía una voz preciosa, evocadora. Escuchar las canciones fue difícil, ya que la nostalgia me invadía. Una de ellas era exactamente la misma sensación que conducir por la autovía Westway bien entrada la noche.

Pasamos el resto del día juntos, paseando río arriba y río abajo entre las facultades de la universidad, y acabamos en una *trattoria* en la calle Fetter. Compartimos una porción de pasta carbonata y una de *linguine*, y un litro de vino tinto. Estamos sentados en el mirador de cara a la estrecha calle empedrada.

Estaba anocheciendo cuando llegamos, y se respiraba tranquilidad entre los asientos, y, aunque ahora ya está oscuro, no hay ninguna formalidad entre nosotros. Los dos nos moríamos de hambre y no hablamos en absoluto hasta que llega la comida.

—¿Te marchas pronto? —pregunta.

—Todavía no puedo.

Algo se agita entre nosotros. Me enderezo en mi asiento y Lewis echa la cabeza hacia atrás. Deja que el silencio se tense.

Casi lo arruino. Días de esfuerzo y espera. Keith está cerca también, lo presiento. La manera en que me mira ahora es diferente incluso a la de hace unos días.

—No estoy lista para volver —digo finalmente.

—No sabes si es él.

Aparto la mirada de Lewis y miro el reflejo en la ventana. Nuestro camarero está al otro lado de la sala, con la botella en la mano y la cinta roja

retorcida de vino cayendo de ella.

—Háblame de la inspectora jefa.

—Es brillante.

Continuamos hablando de esta manera, y es agradable, como si fuéramos antiguos colegas. Cuando nos marchamos, la puerta de la *trattoria* se cierra de golpe detrás de nosotros. Lewis me pregunta si quiero que me lleve a casa, pero yo quiero despedirme aquí y no en el pueblo de Rachel, así que le digo que he quedado con un amigo cerca. Me abraza. Nos quedamos así, y me dejo caer contra él. Él apoya su mano en la parte de atrás de mi cabeza. Es un alivio, como si se alisara algo arrugado. Entonces se acaba, y él camina hacia su coche junto al río y yo camino hacia St. Aldate's y el bus.

Regreso a Marlow a las ocho y media y camino por inercia por la calle Bray. Hay coches de policía frente a su casa. Mi paso cambia, como si me hubiera vuelto más grande, más corpulenta. Mis hombros suben detrás de mis orejas. La puerta principal está abierta y dos agentes sin uniforme están de pie en el pasillo. Uno de ellos da un paso adelante para impedirme entrar. Me sujeta de los brazos y me arrastra carretera abajo. Un segundo agente, más joven que el primero, nos sigue mientras dice:

—No puede oírla, no está dentro.

El primer agente me suelta en el extremo de la finca. Reconozco a los hombres, detectives agentes de Abingdon, y sé lo cansados que están de mí, lo irrelevante que es para ellos responder a mis preguntas.

—No está aquí —dice el más joven—. Está gritando para nada.

Le empujo. Se gira y le empujo por detrás, así que se tambalea. El mayor me sujeta el brazo contra la cintura hasta que su compañero ha entrado en la casa.

Los tejos al final de la calle Bray se sacuden arriba y abajo con cada paso. Me relamo. Mi respiración suena fuerte en los oídos y camino con paso vacilante, como si mis pies estuvieran lejos de mí, hasta que estoy en el vestíbulo del Hunters. Al pie de las escaleras, mis rodillas ceden.

—Estamos en un momento delicado —dice Moretti—. Todavía nos quedan muchas horas de interrogatorio por delante. Teníamos fundamentos para arrestarlo, pero no puedo darle más información de momento.

—Si no me dice por qué lo han arrestado, concederé una entrevista a los periódicos. Tengo el número de una reportera del *Telegraph*.

—Ya hemos avisado a los medios de que hemos arrestado a un sospechoso. Ya habrán descubierto quién, y vamos a pedir a cualquiera que tenga información sobre el asesinato que se presente a la policía.

—¿Por qué lo haría?

—En cuanto pasemos el caso a la Fiscalía Real, un abogado le presentará las pruebas contra el sospechoso.

—¿Cuándo?

—Como muy pronto, de aquí a una semana. Depende de nuestros interrogatorios y de cómo continúe la investigación.

Un último tren saldrá para Londres antes de que dejen de circular por la noche. La calle principal está desierta, pero las luces aún están encendidas en el quiosco de prensa. Cojo una botella de agua mineral por tener algo que llevar hasta la caja.

—¿Por qué está la policía en casa de los Denton? —pregunto.

—Su mujer los llamó —dice Giles. Su voz es áspera y parece que le cueste formar las palabras—. Encontró fotos de Rachel.

—¿Dónde está?

—Va a quedarse en casa de su madre.

—¿Dónde?

—En Margate.

Para llegar a Margate tengo que coger el tren a Londres, luego un metro que atraviesa la ciudad y después un segundo tren desde King's Cross. No me fío de mí misma para conducir. Hay cinco paradas hasta King's Cross. Conozco todas y antes de cada una me planteo salir. Se ha acabado, de verdad. La policía ha arrestado a alguien. He terminado. Soy libre ahora para, por ejemplo, bajar en Edgware Road y coger el bus hasta Fulham Broadway. O cambiar de tren e ir al cine en Notting Hill Gate. O bajar en la calle Chancery y comprar una garrafa de vino tinto en la bodega que hay bajo la calle Furnival.

Ella no está mirando. Para ella nada cambia si echo gasolina en su casa y le prendo fuego. No importa. Podría celebrar que la policía ha arrestado a un sospechoso subiendo arriba del todo del Barbican y saltando. Podría celebrar que la policía ha arrestado a un sospechoso yendo al Battersea Dogs and Cats Home y adoptando un perro. Nada cambiará lo que él le hizo hace cuatro semanas.

Que yo sepa. Tal vez en el momento en que aterrice en la calle bajo el Barbican volvamos atrás en el tiempo. Tal vez cuando comience el papeleo de la adopción, Rachel entre en la oficina, frotándose las manos en los pantalones, y se deslice en el asiento de al lado y diga: «¿Ya le han puesto todas las vacunas?».

Keith Denton está detenido, pero puede que no haya juicio, o que el jurado no le condene. Incluso si lo condenan, podría conseguir una sentencia reducida, probablemente salga mientras yo aún esté viva, especialmente si el

abogado no puede demostrar que lo hubiera planeado. No sé si el cuchillo pertenecía a Rachel o si lo trajo él a su casa. Pero lo que le hizo al perro debe tenerse en cuenta y, cada vez que se presente para la condicional, la junta examinadora verá fotografías de lo sucedido.

Para cuando el tren llega a Margate, estoy demacrada y exhausta. La estación está en el extremo de la ciudad, y me cuelgo el bolso al hombro y camino por la calle principal hasta un hotel anticuado de la costa. Subo tres tramos de escaleras de terciopelo sosteniendo una llave que me llevará hasta una cama. Con la ventana abierta, huelo el mar.

Nunca antes había estado aquí. Me doy cuenta de que Paul no puede saber dónde estoy ahora. Me pongo la pesada cortina a la espalda para bloquear el reflejo de la habitación, y una vista de Margate se abre más allá de la ventana. Casas de colores pastel con techos de alquitrán, luces borrosas de sodio, el mar en la distancia. Es extraño que exista esta ciudad, que hubiera existido esta noche incluso si yo no hubiera venido.

Su asesino está detenido. Está en una celda, y antes de caer dormida me imagino que le digo a Rachel: «Ya es la hora», y que la conduzco por un pasillo, y giro una llave, y la dejo entrar con él. Ella va vestida con sencillez y no lleva ningún arma, pero no la necesita. Será capaz de destrozarlo solo con sus manos.

La madre de Natasha vino a pasar unas semanas con ellos después del nacimiento de su segundo hijo, y durante la visita ella y Giles hablaron algunas veces, me contó él. Su nombre es Diane Eaves. Giles no tenía su dirección, pero aparece en la guía.

En cuanto me levanto, encuentro la ruta de autobús hasta su casa en la periferia de la ciudad. Antes de que salga el siguiente, camino hacia la costa. La ciudad huele a alquitrán y sal, y una niebla fina sopla hacia dentro desde el mar. Casas adosadas de pescadores en ruinas y *pubs* de pescadores hacen fila en las calles. Casi todas las personas que veo son adolescentes o tienen veinte o treinta años, y me recuerda a la parte de Edimburgo que hay cerca de la escuela de arte. Tequila, kebabs, una escuela de baile... Llego al agua, plana y monótona, y las arenas de Margate barren una distancia agotadora hasta la línea de fractura. Las cabañas de la playa son muy bonitas. Cada una ha sido

pintada de un color diferente, posiblemente por uno de los estudiantes de arte que me he cruzado. Un denso banco de niebla se derrama desde el agua.

¿Dejarán dormir a Keith? ¿Le interrogarán durante la noche? Imagino que ahora Moretti, que siempre parece cansado, no lo parecerá. Después de dieciséis horas con un sospechoso detenido, se sentirá como si pudiera continuar indefinidamente.

Encuentro un sitio en el muro del puerto. No quiero ir a hablar con su mujer; no seré capaz de mirarla. Me repugna. Después de lo que hizo, ella compartió la casa con él.

Al final del embarcadero, un cañón apunta a la niebla, como si en cualquier momento pudiera aparecer un barco. No recuerdo quién invadió este tramo de costa. Junto con el cañón, observo la niebla que se arremolina, escuchando el salpicar de las olas contra un casco, esperando un bauprés.

Sea lo que sea que pase ahora, todavía puedo castigarlo. Puedo llevar a su perra hasta el bosque y soltarla. Puedo recoger a sus hijos de la escuela primaria. «Hola, soy una amiga de vuestra madre, ¿queréis parar a por unos helados de camino a casa?». Keith nunca sabría si están vivos o no, ni adónde habrían ido.

Me subo al autobús con destino a Ramsgate. Mientras camino por el pasillo, el bus se mueve, y las tiendas y las casas de Margate comienzan a desplazarse hacia atrás a ambos lados.

La madre de Natasha Denton vive en una urbanización cerca de la carretera principal. Las casas son pequeñas cajas de yeso blanco con techos bajos de arcilla. Hay palmeras marrones y andrajosas ondeando en los jardines. Las antenas de televisión se mecen arriba y abajo.

Natasha abre la puerta y de golpe me siento confundida, cuando aparece en la puerta de su casa tan lejos de donde vive. Se queda mirando a un punto en uno de los tejados que hay detrás de mí.

—Iré a por mi abrigo. No quiero que ella nos oiga —dice, y señala con la cabeza dentro de la casa.

No habla hasta que doblamos la esquina.

—Después de que vinieras a verme, le miré el teléfono. Estuve a punto de decírtelo, quería disculparme. No hacía falta revisar la casa, la policía ya lo había hecho hacía semanas. Pusieron todo patas arriba.

A los chicos les gustaba jugar con un azulejo flojo que hay en nuestro baño cuando eran más pequeños. Cuando lo quitas, hay una pequeña cueva

detrás. La policía no podía saberlo. Estuve a punto de convencerme a mí misma de no mirar ahí, y esperé toda la tarde antes de hacerlo. Había fotos de ella.

Las llevé a casa de mi amiga antes de preguntarle a él por ellas. Inteligente, ¿verdad? Pensé que podría intentar quemarlas. Se puso a llorar y dijo que tuvieron una aventura, pero que no le hizo daño y que no sabía quién lo había hecho. Dijo que la amaba. Me preguntó si iba a llamar a la policía y yo dije que no, por los niños, y entonces él se fue a trabajar y yo llamé a la policía.

—¿Habías sospechado de él antes?

—No. Te pareces mucho a ella. Ahora mismo, al verte, pensé que eras ella. Pensé que habías venido a castigarme.

—Ella no te castigaría.

—Bueno, yo creo que sí —dice—. Estaría furiosa.

—¿Salía Keith en alguna de las fotos?

—No. Le pregunté si las había robado y dijo que no. Se enfadó bastante cuando lo sugerí. Estábamos en la cocina y recuerdo mirar los cuchillos y pensar que no me apuñalaría. Conmigo no se molestaría.

—¿Ha sido violento alguna vez?

—No, pero tiene carácter.

Había pensado en decirle que me había golpeado, pero no me pareció necesario. Ya siente repulsión por él.

—¿Había algo más?

—Después de enterarnos de lo del asesinato, me preguntó cuándo fue la última vez que vi a Rachel. Fue de pasada en el acueducto, pero él quería saberlo todo. Qué llevaba ella, lo que dijo, a dónde iba. Pensé que estaba en *shock*.

Una mujer empuja un carrito de bebé hacia nosotras y, cuando ya ha pasado, Natasha dice:

—Vamos a tener que cambiarnos el nombre. No quiero que los chicos crezcan con esto.

—Probablemente sea lo más inteligente.

No estoy segura de cómo salir de la urbanización, así que ella me conduce hasta la calle principal, como a través de un laberinto. Espero el autobús hasta Margate. Natasha me dice que va a mudarse, tal vez al extranjero, por sus hijos. Me pregunto si alguna parte de ella lo encuentra emocionante. No me dio la impresión de que hubiera sido especialmente feliz, y ahora puede comenzar de nuevo, encontrar un estilo de vida diferente que le encaje mejor.

Las obligaciones normales ya no le pesan. La imagino en las semanas anteriores a esto pensando: «¿Ya está? ¿Es así como van a ser siempre las cosas?». Y ahora la respuesta es no.

Tomo el tren de vuelta a Londres la mañana siguiente. Lo que por la noche era redondeado y como de libro de cuentos (silueta de granja, silueta de árbol) ahora se ve empapado, delgado y sin color. Los campos están pálidos y la pintura de las casas, descolorida contra el cielo desteñado. Tras pasar Faversham, llamo a Lewis.

—Su mujer cree que lo hizo —digo.

—Sí, lo cree. Parece que vamos a acusarlo, Nora.

Me pregunto si la policía le habrá dicho a mi padre lo del arresto. Espero que no lo vuelvan a encontrar. No creo que pudiera soportar tener que ayudarlo a entrar y salir del juzgado, verle arrastrar los pies hasta su asiento. Entonces siento un arrebato de rabia. «¿Dónde está mi familia?», pienso. «¿Dónde está *mi* familia?».

Los detectives y un abogado de la Fiscalía Real prepararán el caso contra Keith Denton. Lewis dice que irá a juicio solo si la acusación tiene una excelente posibilidad de ganar.

Los días siguientes se dedicarán a examinar cualquier punto débil en las pruebas, dice, y en buscar posibles defensas. La policía revisará las circunstancias que rodean el crimen, los detalles que no son relevantes para el juicio pero que ayudarán a ganar la confianza del jurado. Cuando terminen, el abogado de la acusación decidirá si el caso irá a juicio.

Decido irme a Marlow a esperar las noticias, y la perspectiva me inquieta. En una habitación en Abingdon alguien va a sentarse con un archivo y decidir

lo que pasará a continuación. No puedo ir a hablar con esa persona. No puedo suplicarle.

En el Hunters encuentro los nombres de docenas de fiscales de Oxford a quienes podrían haberles asignado el caso y me planteo contactar con ellos. Sus intereses son diferentes de los nuestros. Me pregunto cuántos casos lleva a juicio la Fiscalía Real de Oxford. ¿Qué significaría perder uno? Un mal día, una copa después del trabajo; en el peor de los casos, una revisión profesional.

Ninguna de las direcciones aparece en la guía. No deben de querer que cierta gente sepa dónde viven. Pero podría seguirlos a casa desde la oficina de la fiscalía o la comisaría de Abingdon. Imagino el golpe seco de la puerta de un coche, sus zapatos lustrados retumbando sobre el camino y yo siguiéndolos a través de la verja abierta, disculpándome.

No me escucharían, y mi desesperación solo empeoraría las cosas. No puedo hacer nada por ella. Recuerdo su peso en mis brazos. Las horas se arrastran. Tienen siete días para decidir. Lewis me llamará con la resolución; intento no ver presagios en todas partes.

Lewis me llama al anochecer.

—¿Han tomado una decisión?

—No, es otra cosa —dice—. La inspectora jefa ha aceptado liberar el cuerpo. Puedes llamar al forense para disponer lo necesario.

El viaje dura seis horas. Para cuando llego a Polperro ya está oscuro. Aparco en una carretera estrecha e inclinada detrás del motel Crumplehorn y recojo la caja de cenizas del suelo del coche. Desearía que lo hubiéramos hecho de otra manera, con un ataúd y portadores. No debería ser capaz de levantar la caja yo sola, pero puedo, así que la llevo mientras bajo por las calles empedradas al Green Man, un motel blanqueado con cal junto al puerto donde pasaré la noche.

Mañana al alba esparciré las cenizas en la cala a los pies de la casa que alquilamos. Escojo Cornualles porque es donde ella tenía pensado ir hace cinco semanas. Ya había alquilado un apartamento al otro lado del condado. Tengo la dirección de St. Ives, pero creo que verlo podría empujarme al otro lado de una última barrera, y no sé cómo serían las cosas después de eso.

No consigo pensar en ellas como sus cenizas. En su lugar, la caja es algo que ella me ha confiado para que lo cuide, y tengo miedo de que me pase algo antes de completar la tarea. En la M5 pensé que iba a chocar, y ahora, mientras doblo la esquina y el Green Man se hace visible, estoy segura de que se quemará con nosotras dentro. No estaría tan mal. Sus cenizas acabarían en el océano de todos modos, flotando junto a las del hotel en largos dedos de humo sobre el mar.

Antes del amanecer, cargo con la caja por las piedras marcadas del muelle. En el puerto interior hay pleamar y los veleros se mecen en el agua plateada, con

los cordajes tintineando contra el mástil. Los techos de pizarra parecen brillar en la oscuridad. El cielo apenas comienza a iluminarse en el horizonte mientras rodeo el puerto interior y vislumbro la silueta negra de dos pinos piñoneros.

Subo por el camino de la costa junto al borde del cabo. En el punto más alto me vuelvo para contemplar Polperro. Se han encendido más luces y el humo se enrosca al salir de las chimeneas. Miro la pequeña granja de pescadores, casi invisible contra las rocas, y las dos casas cuadradas de mercaderes. Una blanca, la otra marrón *tweed*, aunque bajo esta luz la blanca es azul y la marrón es negra.

La arena del camino cruje bajo mis botas. El viento hace susurrar los pinos bajos del cabo. La costa no se ve muy diferente que en verano, ya que gran parte es perenne. Escucho el estallido de las olas en la base del acantilado.

Después de casi un kilómetro, el camino de la costa se curva alrededor de un roble blanco familiar. Sus ramas crujen como una puerta abriéndose.

Paso otro tramo más corto y entonces la casa aparece, erigiéndose junto al borde del acantilado desde el camino. ¡Nuestra casa! Me preocupaba que ya no estuviera aquí.

La casa está vacía. El propietario pasa la mayor parte del año en Londres. Todavía hay boyas de colores colgando del árbol que hay en el extremo de la propiedad. Allí está la ducha exterior, con el grifo manchado de moho, y la puerta torcida cerrada sin pestillo. Y la cuerda de tender, un alambre enhebrado en dos postes encalados. Bajo esta luz el alambre es invisible y las pinzas flotan en el aire contra el mar. Recuerdo colgar mi bañador, con el pelo mojado y con un vestido azul salpicado de flores blancas.

La sensación de familiaridad me impulsa hacia delante hasta que estoy de pie en el porche trasero, de cara al mar, y entonces comienza a fracturarse; así que, mientras inspecciono la casa, también me preocupo por la decisión del abogado de la acusación y suplico por la vida de Rachel, y pienso en que habíamos planeado volver aquí. Queríamos volver para pasar años y años, hasta que las dos fuéramos viejas.

La escalera desaparece acantilado abajo en el mar, y me imagino que Rachel está subiendo los escalones. De aquí a cuarenta años. El mar bajo ella, los riachuelos en el acantilado. Una mujer mayor formidable, con el pelo mojado por un chapuzón temprano. Pone la mano en la barandilla y se echa hacia atrás para comprobar si puede ver a su hermana, a sus hijos, a sus nietos, si alguno ha venido hasta el borde del jardín a esperarla.

Cruzo el césped húmedo y cargo con la caja mientras bajo los setenta y un escalones hasta la playa. Me quito los zapatos y los calcetines. Espero a que salga el sol sobre el cabo del este y entonces giro la tapa de la caja y camino hasta el borde de las olas. El agua helada se me clava en la piel y me empapa los tejanos. Lanzo puñados de ceniza al agua. Hay poco viento y las cosas que me preocupaba que ocurrieran no suceden. La mayor parte de las cenizas se hunde en el agua y las partículas que flotan en la superficie pronto se ven agitadas por la siguiente ola. La luz del sol inunda de color la cala y las olas y las pocas nubes sobre el mar. Me lleva un tiempo darme cuenta de que lo que siento es decepción. Esperaba ansiosa que me diera una señal.

Cuando termino, me arrodillo para enjuagar las manos y la caja en el agua. Dejo las manos dentro del agua clara y fría más tiempo del necesario, hasta mucho después de que los últimos restos de ceniza hayan desaparecido.

En el porche, uso un guante para limpiar la arena y el agua de los pies, que se me han puesto azules. Me pongo calcetines de lana y desenrollo los tejanos empapados sobre ellos. Me castañetean los dientes. Mi mente está en blanco. Se ha ido.

Me subo la cremallera del abrigo hasta la barbilla y me mezo hacia atrás y hacia delante. Tengo tanto frío que rodeo la casa hasta la ducha exterior. Qué bien me sentaría quitarme los calcetines y tejanos mojados y ponerme bajo un chorro de agua humeante. Giro el grifo, pero no sucede nada. El agua debe de estar cortada para evitar que se congelen las tuberías.

Vuelvo al porche, donde hay más sol. El día se irá haciendo más cálido a medida que suba. Detrás de mí están las habitaciones donde ella durmió durante tres semanas, las habitaciones donde cocinó, las habitaciones donde leyó. Durante nuestro viaje, Rachel leía a Clarice Lispector y yo alternaba John Fowles con las pastosas novelas de detectives que había en el armario bajo las escaleras. Cada mañana, una de nosotras caminaba hasta la panadería a por *croissants* de almendra y yo me comía el mío aquí con mi libro. Rompía el cuerno del *croissant* y lamía el mazapán. Delante de mí, se elevaban zanjales de océano para volver a caer a lo largo de varios kilómetros.

Por la noche miraba las estrellas desde la hamaca y me asustaba el tamaño del universo como no lo hacía desde que era pequeña. Rachel se acostaba junto a mí, metía mis pies enfundados en los calcetines bajo su brazo, se echaba una manta sobre el pecho y las dos mirábamos fijamente al infinito.

Estaba bien sentirse tan asustada. El océano era muy grande, como el universo, que contenía el océano. Y los océanos de otros planetas, y también otros planetas. El miedo hacía que los rituales domésticos fueran mejores. El *croissant* de almendra, la novela de detectives, la ducha exterior... «Aquí estoy», pensaba, «dándome una ducha fuera, en el universo».

Mientras estábamos aquí, quería quedarme para siempre, pero también estaba ya pensando en marcharme. Siempre esperando el momento y siempre marchándome, siempre todo al mismo tiempo.

«¿Qué es lo que más te gusta de Cornualles?», le pregunté, pero no era eso lo que quería decir; lo que quería decir era qué era lo que más le gustaba de estar viva.

48

En Polperro, los pájaros vuelan sobre los mástiles de los barcos en el puerto interior. En los muelles, unos cuantos hombres fuman mientras preparan sus barcos para el día, y yo escucho sus voces y los cordajes tintineando. Decido quedarme en Cornualles los próximos cuatro días. No hay motivo para volver a Oxford hasta la decisión del fiscal, y la fecha límite es de aquí a cinco días.

Durante los próximos cuatro días, actué como si aún estuviera esparciendo sus cenizas y solo debiera visitar los lugares que más le gustaban. Esto se traducía en conducir mucho.

Visité los ríos Fowey, Fal y Helford. Comí en St. John's en Fowey a la puesta de sol, mientras las ventanas al otro lado del estuario se convertían en brillantes cuadrados de latón. Pedí lo que ella habría pedido, trucha arcoíris. La bebida fue más difícil, y de sus tres favoritos escogí un Burdeos blanco.

Visité Frenchman's Creek. Visité la ciudad pesquera de Cadgwith. Intenté encontrar las cascadas de las que me había hablado en la península Lizard, pero no pude. Tal vez se hubieran secado. Tampoco nadie a quien pregunté había oído hablar de un faro rosa. Tal vez me dijera mal el color, o yo lo recordara mal. Visité Porthgwithden y encontré el puesto en el que compró *crumpets*^[5] con mantequilla.

Visité Redruth. Visité Lostwithiel y Padstow. Monté en *ferry* por la bahía. Era un patrón que podría seguir durante el resto de mi vida. Podría seguir sus pasos. Podría visitar el hostel en el que se alojó en Grecia y tratar de localizar

al hombre que conoció allí. Perdió su número cuando estaba en el tren hacia el norte, lo que ella siempre dijo que había sido una bendición encubierta, pero tal vez no lo fue.

Uno por uno podría reemplazar mis gustos por los suyos. No me gustan los mejillones, por ejemplo, pero los pedí en un restaurante que le gustaba en Cadgwith y me terminé el plato. Podría acostarme con los hombres con los que ella se habría acostado. Podría hacerme enfermera, incluso. No es como si ya tuviera una carrera profesional.

Y tal vez esto es lo que haría, si ella estuviera en prisión. Si lo que hubiera sucedido ese día fuera que ella mató a alguien en vez de al revés. Haría lo que ella quisiera y luego se lo contaría con todo detalle. A menudo confundíamos recuerdos. Era fácil si hablabas el tiempo suficiente.

En mi última noche, visité Mousehole, y en el camino de vuelta comenzó a nevar. Casi nunca nieva en Cornualles; contuve la respiración, deseando que no parara. Conduje por las colinas, atravesando la península.

En el margen de un pueblo que no había visto antes había una gasolinera Esso anticuada, con dos surtidores estrechos y los dos rombos brillantes sobre ellos. La nieve iba a la deriva sobre la gasolinera vacía. La carretera estaba húmeda y negra en el centro y blanca en las orillas, donde la nieve era virgen. Los capiteles góticos de la torre de una iglesia eran casi invisibles en el cielo nocturno. El cartel luminoso de un taller se alzaba detrás de la gasolinera, y otros carteles —Reparaciones RAC, Casa Comunitaria...— colgaban de ganchos de hierro forjado en los laterales de los edificios. Un viejo coche se asentaba con los faros delanteros encendidos, con dos esferas montadas en los huecos redondos de sus ruedas.

En cuanto cruzo el puente sobre el río Tamar, quiero volver. Quiero seguir deambulando por Cornualles. Sería una vida feliz. Podría visitar Frenchman's Creek durante una tormenta. Podría encontrar el faro rosa. Después de una lluvia fuerte, una cascada aparecería en alguna parte de la península Lizard, un súbito abanico de agua plateada, rociándose entre los cabos verdes, retorciéndose hacia abajo por un barranco negro.

Podría pedir las vieiras en St. John's. Eran su segunda opción, y le costaba mucho decidirse.

La arcada del puente traquetea bajo los neumáticos. Debajo, hay trozos de hielo y nieve flotando en el agua. Frente a mí está el lado de Devon. Quiero quedarme en Cornualles, pero Rachel no fue arrestada, no está en prisión, y nunca podré alimentarla con mis recuerdos.

Mientras conduzco hacia el este, la calma de los últimos cuatro días deja paso al terror. Los abogados anunciarán su decisión mañana. Sigo pensando que necesito llamar a alguien para asegurarme de que la acusación no se reduce de asesinato a homicidio. Sigo haciendo cálculos basados en la duración mínima de las diferentes sentencias, para averiguar cuántos años tendrá cuando salga, cuántos años tendré yo.

Conduzco en dirección a la casa de Keith Denton. Finjo que alguien sabe dónde estoy. Finjo que me he entrenado y que en algún sitio la gente con la que me ha entrenado está de pie en una gran casa de piedra: mujeres delgadas en trajes negros con cigarrillos y hombres fumando puros y mirando la lluvia por la ventana, mis jefes espías, mis superintendentes.

49

La casa con tejas parece vacía. Natasha y los dos niños seguramente sigan en Margate, y Keith está en la comisaría de Abingdon, a menos que lo hayan trasladado a la trena de Oxford. La perra no vino a la puerta en Margate, me pregunto si está en la perrera o si Natasha ya se ha deshecho de ella para castigarlo.

Una mancha se extiende por la gravilla, debajo de donde él aparcaba la camioneta. Me quedo de pie un rato largo, mirándola, aunque sé que estoy siendo ridícula, no puede ser la sangre de Rachel. La mancha debe de ser de gasolina o aceite de motor. Me agacho y recojo un puñado de gravilla, que tiene el aroma fuerte del petróleo.

Cuando estoy por la mitad del acceso, un hombre sale de la casa de al lado y nos quedamos mirándonos. Tiene unos cuarenta años. Lleva la cabeza rapada y un anorak. Lo reconozco de la ciudad, aunque no sé de dónde. Cambia el peso de pierna, mirándome. Después de unos minutos, sigue bajando hacia la calle. Suelto el aire. Me pregunto si me habría detenido si Keith estuviera en casa, o si llevara un martillo envuelto en plástico.

Una vez el vecino gira en Redgate, continúo hacia la puerta principal. Abro el buzón y reviso la correspondencia de los últimos días. No ha llegado nada personal para Keith, ningún sobre con la dirección escrita a mano. Decido seguir comprobándola mientras está detenido. Albergo la pequeña esperanza de que llegue algo útil.

No hay mucho que mirar en su jardín. Un cobertizo, un cerezo, que en primavera se llenará de flores blancas o rosas. En una esquina hay una pila de

cajones; los abro. Un colmenar, entre todas las cosas. Observo los panales secos y la resina blanca y me lo imagino apareciendo en casa de Rachel con una estúpida sonrisa y un trozo de panal fresco chorreando envuelto en papel. «Pensé que podría gustarte». Abro uno de los cajones y escupo en él.

Alguien ha dejado un cubo de reciclaje junto a la puerta trasera. La policía debe de haber buscado en su basura hace semanas, pero me pregunto si la han vuelto a revisar después de arrestarlo. Botellas de vino blanco y latas de Strongbow. Nada de Tennent's Light Ale. Ninguna prueba todavía de que la observara desde la cresta. Vuelvo a colocar las botellas y las latas cuidadosamente, para evitar atraer la atención de los vecinos.

Tuvieron una aventura, o él se obsesionó con ella, o alguna combinación de las dos cosas. Él la acechaba. La miraba desde la cresta y se ofrecía a hacer trabajos en su casa, y robó las fotografías. Él no estaba en ninguna, lo que las convertiría en extraños recuerdos de una relación.

Ahueco las manos junto a mis ojos y miro por la ventana. La cocina claramente pertenece a una familia. Si tuvieron una aventura, Rachel nunca habría venido aquí.

Tenían multitud de sitios donde verse. Se encontrarían en moteles aislados en el campo o en hoteles de Londres, incluso en Oxford. Me los imagino yendo en diferentes momentos al acueducto y, lejos de la ciudad, después de la avellaneda, alejándose del camino, tropezando y apretándose contra un árbol.

Me imagino a Rachel teniendo una aventura, pero no con él. No me encaja. No la imagino haciendo nada arriesgado ni desesperado por él, y lo odiaría por traicionar a su mujer.

Cuantas más vueltas le doy, más pienso que nada de esto le pega, ni el subterfugio ni la obsesión narcótica de un *affaire*. Las fantasías de los demás le daban asco.

Alice tuvo un lío con uno de nuestros profesores, y no me imagino a Rachel haciendo nada de lo que ella hizo, yendo hasta su casa, por ejemplo, ver que estaba con su familia y decirle que se encontrara con ella en la esquina y que la follara en el coche. El profesor estaba loco por ella. Alice cortó con él, y él dijo: «Pero íbamos a ir a la playa juntos». Me sentí mal por él, pero Rachel no. «Puto pringado», dijo. No entendía por qué seguía mintiendo a su mujer en vez de irse.

Creo que Rachel hizo que Keith se sintiera estúpido. Creo que hizo que se sintiera estúpido hasta el punto de que no pudo recuperarse; había albergado

demasiadas esperanzas. Le propuso algo y ella se rio y lo mandó a paseo, y ya era demasiado tarde, él ya la adoraba.

Vino a casa después, creo. Se duchó y lavó su ropa. Parecería más seguro hacerlo aquí que en ningún otro sitio. Debió de dejar rastros por todos lados, en las tuberías, en la tarima. La policía no buscó pruebas lo suficiente. Están en alguna parte, en las tuberías, y tendrían que haber destrozado la casa para llegar a ellas.

Antes de irme de la finca, vuelvo al cobertizo a por las tijeras y podo el cerezo hasta que no queda casi nada de él.

Voy al Duck and Cover, pero no hay novedades. El camarero me dice que, por lo que sabe, no han soltado a Keith. Empieza a nevar en el pueblo y ambos nos giramos para mirar. Nieva mucho, no como en Cornualles. Las casas con muros de entramado de madera al otro lado de la carretera parecen, por un momento, antiguas, y la gente que camina por la acera tiene los rasgos definidos y las miradas pesadas de las personas de los cuadros antiguos. Levantan la vista y nos miran desde el otro lado de la calle con sus ojos oscuros y serios, para ver lo que la nieve ya ha hecho y lo que seguirá haciendo.

50

En la biblioteca, la mañana siguiente, cojo una novela contemporánea francesa sobre una mujer que mata a su médico. Es el tipo de cosa que he estado evitando. Ella lo apuñala. Pero la leo de todos modos, de pie en la biblioteca, luego sentada. En cierto modo, es como un antídoto.

La narradora vive junto a la Gare de l'Est. Comete el crimen en la rue de la Clef. Devuelve el cuchillo a su viejo apartamento en el *sixième arrondissement*. La historia es brusca y limpia de un modo que parece particularmente francés. Espero que se salga con la suya.

Me preocupa que el bibliotecario, el chico de las gafas redondas, no me deje cogerlo prestado. Lo mirará y dirá: «No deberías estar leyendo esto».

No sucede. Me llevo la novela a casa y la termino en mi habitación. Hacia el final, me doy cuenta de que me he estado imaginando a la narradora como si fuera Rachel.

Estoy releiendo ciertas partes del libro —la parte de la Gare du Nord, la parte del coliseo...— cuando Lewis llama y me pide que baje. Esto no es lo que planeaba estar haciendo cuando me llamara con la decisión del fiscal. Tenía pensado estar fuera, para empezar. En vez de eso estoy leyendo sobre una mujer deshaciéndose de pruebas en el Sena.

Un peso frío se instala en mi estómago. Me visto con ropa limpia y me hago una trenza, como si fuera a ayudarme a parecer respetable y obediente.

Bajo por las escaleras enmoquetadas y paso junto al cuadro de los jinetes rojos. El corazón me golpetea las costillas. Lewis me espera en la carretera, apoyado contra su coche sin identificación. Su cara es inexpresiva y espero a que cambie. Abrazo mi suéter contra el pecho para hacer frente al viento.

—Nora —dice, y lo sé por su voz—, la Fiscalía Real no va a procesar a Keith Denton.

—Pero él estuvo allí. Robó sus fotografías. No tiene coartada.

—No es suficiente. No tenemos pruebas forenses contra él.

Lewis me abre la puerta del coche. A través del parabrisas, le observo caminar hasta el lado del conductor; es un hombre alto, atractivo, con un abrigo largo, y me pregunto si está saboreando estos segundos a solas antes de tener que reunirse conmigo.

No pone en marcha el coche. No tengo adonde ir. No tengo que hablar con un abogado o asistir a su comparecencia frente a un juez, aunque no sé si esas son cosas que habría hecho si esto hubiera ido como debía.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Lo soltaron esta mañana temprano de St. Aldate's.

Resisto las ansias de volverme en mi asiento.

—¿Comprobasteis los desagües de su casa?

—Sí, cuando le interrogamos por primera vez.

—¿Qué vais a hacer?

—Si no encontramos nuevas pruebas, la investigación perderá prioridad.

—¿Está pasando eso ya?

—Sí. Nuestros recursos son limitados en este momento —dice, lo que significa que ha habido otro asesinato cerca de Abingdon.

—¿Está relacionado?

—No. Dos hombres fueron asesinados en un almacén en Eynsham. Parece ser un delito de odio.

«Moretti resolverá el caso rápidamente», pienso. Un regalo para su conciencia.

—¿Podéis acusarle de nuevo? ¿O ahora tiene inmunidad?

—Podemos, con pruebas nuevas convincentes —contesta—. Pero no suele pasar.

Keith fue liberado hace horas. Podría habérmelo encontrado al salir de la biblioteca, cuando pensaba que estaba bajo arresto. Este pensamiento me hace reír. Lewis se pasa la mano por los ojos.

—¿Piensas que fue él? —pregunto.

—No lo sé.

Quiero que diga que sí, aunque solo me pondría más furiosa. ¿Fue pereza por parte de los abogados? ¿No han querido aumentar su número de casos? ¿O ha sido el dinero? ¿Hay demasiados pocos tribunales y jueces en este país? Cuando digo esto en voz alta, Lewis dice:

—O ha sido una decisión moral de no hacer pasar por un juicio a un hombre inocente.

—¿Qué es lo que te dice tu instinto sobre él?

—¿Basándome en qué?

Su voz suena tensa y estrangulada. Me pregunto si estuvo en Eynsham anoche y qué vio.

—Si tuvieras que decidir...

—Nora, no lo sé. —Apoya la cabeza en la mano—. No deberías hablar con él. Está tratando de conseguir una orden de protección contra ti.

Ahora nunca se resolverá. Al menos no formalmente, no con una pena. No habrá juicio. Los detectives en Abingdon están en las primeras cuarenta y ocho horas de un nuevo caso. Lewis se marchará pronto y Moretti se acogerá al programa de jubilación anticipada. Ambos se irán antes de que empiece el nuevo año, pienso. No por Rachel. No creo que ninguno de los agentes se sientan perseguidos por ella. Desearía que fuera así, entonces podría haber una posibilidad de que alguno de ellos lo resolviera. Lo extraño es que probablemente no sea el peor caso que haya visto ninguno de ellos, ni el más triste. Cargarán con el peso de otras personas en el futuro. Niños, probablemente.

Keith Denton es libre. Le imagino yendo a casa y arreglándola después de sus dos marchas repentinas. Me pregunto si ha hecho una lista de las cosas que hará como hombre libre. Una pinta de cerveza amarga, un paseo por las colinas.

El hombre absuelto. Sus amigos y la ciudad se reunirán a su alrededor. Querrán saberlo todo de su absolución por los pelos.

Todo el mundo sabe que el sistema está roto. Al menos algunos de los miles de personas en prisión por asesinato son inocentes, y él casi se convierte en uno de ellos. La ciudad estará feliz de creer que es inocente. Mejor un extraño que alguien que ha estado dentro de sus hogares.

51

Estoy sentada en una de las mesas de madera junto al Hunters y escucho las noticias con los auriculares. No capto algunas de las palabras que se transmiten e intento descifrar qué debe de haber dicho el periodista. Estoy tan absorta que tardo unos segundos en darme cuenta de lo que tengo delante. Keith está viniendo por la esquina del edificio.

Me quito los auriculares y él se desploma en el banco frente a mí. Una voz diminuta se escapa de los auriculares, pero no apago la radio, como si la persona en la otra línea pudiera escuchar si me ocurre algo. Lleva las manos en los bolsillos y no sé decir si tiene un arma. En este momento no estamos a la vista de la gente que hay en la calle principal.

—Tú la mataste —digo, y mi voz no suena como mía, suena como si fuera la de Rachel.

Él niega con la cabeza, tal vez para advertirme de que me calle o para corregirme.

—¿Quieres saber qué es lo que no entiendo? —dice, mirando fijamente la juntura en la madera—: Nunca pensaron en ti.

—No sé qué quieres decir.

—Tú estabas en la casa con Rachel. La policía llega, tú estás esperando fuera, cubierta en su sangre, y no te detienen.

—Yo la encontré.

—Si la encontraste, habrías querido largarte de la casa. Habrías corrido a casa de los vecinos o calle abajo. No te quedarías esperando por ahí, por si quien lo hizo estuviera aún dentro. A menos que fueras tú.

—No pensaba con claridad en ese momento —digo.

El cuerpo de Keith está extrañamente flojo, como si no pudiera sostenerse bien.

—Uno de los bomberos me dijo que te estuvo observando y que no lloraste. Y luego está el perro. No lo entiendo. Lo que dices es que un intruso, alguien que entró por la fuerza en la casa, mató a un pastor alemán entrenado. No sé cómo podría hacer eso sin heridas graves, pero quienquiera que fuera no perdió sangre.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo supongo. No me pidieron sangre. Creo que le cortaste el cuello al perro mientras dormía.

—La policía me descartó. Recuerdo a Moretti preguntándome si era normal que estuviera en la casa a esa hora. Me consideró una sospechosa.

—¿Cómo?

—No lo sé. No tenía un arma.

—¿Rachel tenía cuchillos en la cocina? O lo lavaste o lo escondiste después. —Levanta la cabeza—. Ahora van a por ti. Saben lo que hiciste y saben por qué lo hiciste.

—Nunca le habría hecho daño.

—¿No le lanzarías una botella a la cara?

—¿Cómo sabes eso?

Se ríe resoplando por la nariz.

—¿Cómo coño crees que lo sé? ¿Qué tengo que te hace tan difícil creerlo? Niego con la cabeza y él dice:

—Le rompiste la nariz.

No discuto. Era difícil saber si tenía la nariz rota por mí o por lo que le pasó unas horas más tarde.

—Robaste sus fotos.

—No. Rachel me las dio. Me amaba.

Se ríe de mi expresión.

—Siempre dijo que eras una niñaata.

Tercera parte

Zorros

Nos peleamos durante la fiesta, después de jugar al «Yo nunca», antes de que subiera al piso de arriba, con el mundo más allá de mis rodillas convertido en borrosa oscuridad. Rachel me provocó y yo perdí los estribos y entonces salimos al jardín por la puerta de atrás gritándonos. Rafe dijo que iba a llamar a la policía por disputa doméstica. Lo dijo de broma, pero entonces Rachel le dijo algo sobre mí y yo cogí la botella de la mano de Rafe y se la lancé a Rachel. Le dio en la cara y ella cogió aire bruscamente y se dobló.

Algo ácido subió por mi estómago, pero entonces ella levantó la vista y se rio con la sangre cayendo por su rostro. Era claramente la vencedora. Le había demostrado que tenía razón. Aún se reía cuando volví adentro.

Los chicos nos mantuvieron alejadas el resto de la noche. Hacían piña a nuestro alrededor y bromeaban con nosotras como si fuéramos boxeadoras. Actuaban como si estuvieran impresionados, pero la mayoría pensaban que las dos estábamos locas, una pesadilla, como Ali Ross, que en la última fiesta rompió todas las ventanas del coche de su novio.

Rachel se inclinó sobre mí, temprano por la mañana.

«¿Nora, quieres venir conmigo o quedarte?».

«Quedarme».

Peleamos en la mayoría de fiestas aquel verano si una de nosotras bebía lo suficiente, cosa que siempre hacíamos, y si no estábamos demasiado distraídas intentando ligar con alguien. Nos peleábamos sin cuidado, de la manera que nuestros amigos peleaban con sus madres, y la mayoría de las veces por nada.

Cada camino de regreso a casa seguía la misma lógica idiota. Primero amargura silenciosa, luego recriminación, un eco de lo de antes pero con menos dificultad para hablar. Para cuando llegábamos al casco antiguo del pueblo una de nosotras decía: «No quiero hablar más sobre esto». Caminábamos en un silencio furioso junto a la iglesia normanda y la panadería con nuestras sandalias abofeteando la acera. Era exasperante cómo nuestros pasos se acoplaban incluso cuando no queríamos. Mirábamos en direcciones opuestas, como una cabeza de Jano triste.

La cuarta etapa normalmente empezaba cerca del final de la calle principal. Una de las dos hacía un comentario, a menudo sobre la fiesta, y algo estúpido que otra persona había hecho o dicho. Esta etapa suponía más recriminación, pero también algunas disculpas muy débiles, como «No pensé que te lo fueras a tomar así».

Comenzaríamos a aburrirnos. El cielo de neón y lo extraño de la ciudad a esa hora colonizarían lentamente nuestra atención. Para cuando entrábamos en la urbanización, la pelea se habría acabado.

Todavía veo a Rachel con diecisiete años, con una línea de sangre curvándose sobre su boca y riéndose de mí.

Pensé que, si se iba sola, tal vez reflexionaría sobre lo que había dicho de mí y que se arrepentiría. Me confunde ahora no recordar qué dijo que me molestara tanto.

Keith sabe lo de la pelea y sabe que *Fenno* estaba entrenado. La explicación más simple de por qué sabe estas cosas es que ella se lo dijo. Tuvieron una aventura, o una amistad que él pensó que era una aventura. Lo raro es que, cuando vino a verme, actuó como si la aventura probara su inocencia. En todo caso, significaría lo contrario.

Lo importante ahora es que Keith piensa que se ha acabado para él. Piensa que está a salvo. Puede que piense, como yo, que está protegido de ser acusado otra vez por una especie de *non bis in idem*. Debe de ser un alivio muy grande, después de casi ir a la cárcel. Vivirá el resto de sus días como un hombre libre. Imagino que en el acueducto se quiere arrodillar y besar el suelo. En su casa, en el *pub*, conduciendo por la carretera... Debe de estar haciendo planes ahora, con todos los años que tiene, planes de viajar, de dormir al raso.

Si hubiera alguien que amenazara todo eso, no hay forma de predecir lo que podría hacer. O, en realidad, sí la hay. Me atacará y parecerá no provocado para todos excepto para nosotros dos.

Quiero que vuelva con la policía. Saben cómo cazarle dejándole mencionar algún detalle del crimen —cómo estaba atado el perro, dónde se encontró el cuerpo— que no le hayan contado, o interrogándolo hasta que su explicación comience a fallar y se rompa. Aunque no lo hayan conseguido antes, necesitan más tiempo con él.

La mejor manera de hacerlo es que cometa otro crimen. No debería tardar demasiado, alguien con un carácter como ese.

Nunca he entendido por qué la policía no usa cebos más a menudo. Cuando alguien empezó a matar mujeres en una montaña de Gales, la policía podría haber enviado excursionistas por los caminos. Podría haber utilizado equipos para ir tras ellas, o armas. Podrían haber sido policías, no civiles. Ni siquiera era una montaña muy grande, podrían haber puesto cebos en cada camino. Ocho víctimas en tres meses y nunca encontraron al asesino. Una puta estupidez.

Lesiones físicas graves. Él también está listo para ello. Necesita pagarlo con alguien.

54

Moretti da una rueda de prensa en una sala dentro de la comisaría de Abingdon. Pide que cualquiera que estuviera cerca del almacén de Eynsham la noche del jueves contacte con la policía. Dice que, basándose en las primeras pruebas, creen que más de una persona es responsable de los asesinatos, y ruega que cualquiera que tenga información, por pequeña que sea, se presente ante la policía.

Ha terminado con Rachel. Para él se ha acabado, a menos que otro desarrollo le haga retroceder.

Una hilera de detectives están sentados junto a él detrás de micrófonos bajos doblados en ángulo. Mientras habla, los agentes miran fijamente a la gente de prensa en el público con caras inexpresivas, juzgándolos, como esperando un estallido. Basándome en las coronas de sus hombreras, algunos de ellos son sus superiores. Reconozco al jefe de policía, sentado en el medio de la hilera con las manos apretadas sobre la mesa.

La voz de Moretti es mesurada y clara. La impresión que da es de alguien serio y, sobre todo, efectivo.

—¿Puede venir a la comisaría? —me pregunta Moretti la mañana siguiente a la rueda de prensa.

La lluvia cae en el patio detrás del Hunters y la sirena de niebla brama desde el salón municipal. Recuerdo lo que Keith dijo sobre que la policía sospechaba de mí, pero no le creo. Era un farol. Me complace que los detectives no hayan cerrado la investigación.

Un agente me recoge a las ocho y cuarto. Esta vez Lewis también está en la sala de interrogatorio. Por un momento pienso que esto debe significar que hay novedades, pero ninguno de los dos parece entusiasmado. Se les ve agotados.

—¿Por qué termino su última relación? —pregunta Moretti.

—Él fue infiel.

—¿Cómo lo supo?

—Encontré unas bragas. Ya se lo dije.

La noche del domingo de su regreso de Manchester, metí la mano en su bolsa y saqué un puñado de seda negra. Las estiré planas sobre la cama para ver las dimensiones del cuerpo que las llevaba. Las piernas y el estómago que bordeaba la puntilla. Imaginé a la mujer estirada sobre su espalda, con los pechos al aire, mordiéndose el dedo y riendo.

Moretti me muestra una fotografía de unas bragas de seda negra, con la misma etiqueta azul claro cosida al dobladillo.

—¿Como estas?

—Sí.

—Tienen una tienda en la via Cavour de Roma. No las exportan. —He dejado de respirar. Ambos detectives me miran. Moretti dice—: ¿Cuándo lo descubrió?

—¿Descubrir el qué?

—Que Rachel se acostó con su novio.

—No lo hizo. Él estuvo en Manchester ese fin de semana.

—No, en Oxford. Se alojó en el George, en la calle Prince. Rachel se encontró con él para cenar y se quedó en el hotel.

El primer golpe aterriza. Mi cuerpo se vuelve insensible, como lo hizo aquella noche de domingo. Soy muy consciente de mis movimientos, de cómo levanto la mano para alisarme la camiseta, de cuánto aire desplazo en la habitación, como si todo a mi alrededor se estuviera congelando. No es desagradable. Lewis me mira desde el otro lado de la mesa. Aún no ha hablado.

—¿Cuántas veces? —pregunto.

Mi voz se proyecta lejos de mí.

—Una, según Liam —dice Moretti.

Me asusto, como si me hubieran empujado por detrás.

—¿Lo ha admitido?

—Sí.

Miro la fotografía y recuerdo ponerlas sobre nuestra cama y alisar la seda fría. Liam estaba en la ducha y las dejé así para que las encontrara.

—Gracias, Nora. Esto es todo lo que necesitamos por hoy.

No ha apagado la grabadora. Me pregunto que más cree que podría decir.

—¿Puedes venir a Oxford ahora? —pregunto a la primera pausa mientras me da sus condolencias.

—Estoy trabajando —dice Liam.

—Estoy segura de que podrás explicarlo. El tren es solo una hora. Estarás de vuelta en Londres esta noche.

Acordamos encontrarnos en el mercado cubierto de la calle principal. Hay un bistró en el segundo piso. Sirven buena comida francesa tradicional, aunque no tengo hambre.

Quizá Moretti esté buscando un motivo para mí. Puede que haya encargado las bragas de la tienda de Roma al no haber encontrado un par que encajara en el armario de Rachel. Creo que le dije el nombre de la marca.

Mientras espero a Liam, repaso todas las veces que los vi juntos. Un par de veces salieron los dos solos. Pero siempre fue haciendo tareas ordinarias y razonables de dos personas. Una vez fueron a hacer la compra cuando nos quedamos en Marlow, y también la llevó a recoger el coche del taller.

Duele demasiado creer que esas expediciones fueron planeadas y esperadas con impaciencia. Cuando volvían, nunca parecían tensos o culpables.

Moretti nunca me mostró ninguna prueba de que Liam hubiera estado en Oxford y no en Manchester. No dijo cómo sabía que Rachel se había quedado en el hotel.

Liam llega. No lo he visto en seis meses. Lleva un suéter negro suave y huele igual, a una colonia con cedro y almizcle que, después de que

rompiésemos, me di cuenta de que era bastante popular.

«¿Por quién la llevas ahora?», pienso antes de poder contenerme.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Muevo la cabeza, y entonces me fijo en la revista doblada en su maletín. Ha sido capaz de leer de camino a aquí, y le odio por ello. La camarera viene y pido un segundo Campari con soda. Liam pide una cerveza. Se le ve muy bien.

—¿Te acostaste con mi hermana?

Todo se queda en silencio a nuestro alrededor.

—Sí.

Golpeo su botella y se hace añicos contra la pared. El líquido hace espuma y se derrama por el suelo. Las dos camareras, ambas jóvenes, se quedan quietas al otro extremo de la sala y miran. Dudo que hayan oído nuestra conversación, pero pueden imaginársela. Sus rostros se fruncen con compasión. Echo la silla hacia atrás y corro escaleras abajo. A mi espalda, oigo a Liam disculparse y la cremallera de su maleta abriéndose mientras busca unos billetes para dejar en la mesa.

Me alcanza en la callejón que hay detrás del mercado cubierto.

—No fue algo planeado. Nos encontramos en la calle y decidimos comer juntos más tarde. Ni siquiera lo recuerdo —dice—. Ninguno de los dos lo recordaba. Fue un error.

—¿Cuánto bebisteis?

—Dos botellas de vino.

—¿Cada uno? —pregunto, escrupulosa y desesperada. Si pasó después de cuatro botellas de vino, puede que sea capaz de perdonarlos.

—No, entre los dos.

Oímos pasos al final del callejón y dejamos de hablar. Una mujer joven camina sobre los adoquines, balanceándose entre nosotros. Tiene una bolsa de red con verduras y un ramo de tulipanes, y casi la agarro del brazo y le digo: «Escucha esto, escucha lo que ha hecho». Ella baja la cabeza con recato mientras pasa por nuestro lado. Una pelea de amantes. Ojalá estuviéramos teniendo una bronca, ojalá estuviéramos en un callejón de Londres, ojalá no hubiera razón para que estuviéramos en Oxford.

—Pero lo planeasteis. Me dijiste que ibas a Manchester.

—No. Dije que iba a una conferencia. No hablamos de dónde hasta después. Cuando volví, dije que había sido en Manchester.

—¿Te pidió ella que dijeras eso?

—No.

Me cuesta respirar. Estaba muy segura de que lo negaría. «No», le diría yo al detective. «Estás equivocado. Nunca sucedió».

Y si lo negaba, nunca tendría que pensar en Rachel besándole, en Rachel desnudándose para él, en ellos dos quedándose dormidos juntos o en la primera vez que la vi después y que ella no me lo dijo. Le dije que habíamos roto y ella dijo: «¿Quieres venir aquí unos días?».

—¿Te gustó desde el principio? —pregunto.

—No.

—¿Estaba enfadada conmigo?

—No —dice—. Por supuesto que no. Se odiaba a sí misma por ello.

Estoy llorando abiertamente ahora y me tapo la nariz con el dorso de la mano. Él mira los adoquines. No hablamos, y entonces digo:

—¿Estás con alguien?

Se pasa la mano por la boca.

—¿Cómo se llama?

—Charlotte.

Me la imagino. Alegre y buena, pelo castaño claro brillante. Yendo a trabajar y quedando con sus amigos, quedando con Liam, después. Si ella estuviera aquí, si viniera hacia nosotros ahora, la golpearía. Me gustaría desgarrarla, hacerla pedazos.

Está esperando a Liam en Londres. Esta noche o mañana por la noche él irá a verla. Será un alivio, después de esto, estar cerca de alguien sereno y cálido. Ella dirá: «¿Quieres contarme lo que ha pasado?».

Liam todavía no se ha dado cuenta de mi posición. No ha considerado el peligro en el que me ha puesto.

—Yo la encontré.

—Joder. Lo siento muchísimo.

—Piensan que la maté por esto.

Su garganta está enrojecida y el rubor se expande hacia su pecho.

—No, eso no es posible. Les diré que no lo sabías.

Doy un paso adelante y sus brazos se cierran rodeándome. Su pecho se eleva y se hunde contra el mío. Recuerdo la sala en lo más alto de la torre Oxo. *Gin-tonics* de saúco. Pensé: «No sabía que las cosas podían ser así».

Está con alguien. No puede compararse a nuestros primeros meses. *Golden brown... lays me down*^[6]. Ni siquiera el hotel con Rachel se puede comparar.

El calor se derrama de su cuerpo al mío. Me está besando la cabeza y, si giro la cara, me besaré en la boca. Aprieta más sus brazos a mi alrededor.

Apoyo la cabeza entre su hombro y su garganta cálida e intento ignorar la inquietud. Nunca volverá a ser como era antes. Esto te hará más daño, al final.

—Tengo que irme —digo. Mi voz suena tranquila, como si acabara de recordar que tengo una cita.

—¿Estarás bien? —pregunta.

Me doy cuenta de que espera que diga que sí.

Mi voz se mantiene compuesta mientras me despido. Al final del callejón, giro y me mezclo con la multitud de la calle principal. La soledad me tiene agarrada por la garganta; oigo a Rachel decirme: «Estás bien, todo lo que tienes que hacer ahora es ir a casa, tienes que volver a casa».

—Antes de marcharse de Londres, usted fue a un *pub* de Christchurch Terrace, en Chelsea —dice Moretti. Tan pronto como me separé de Liam, Moretti me llamó para decirme que volviera a comisaría. Le dije de nuevo que no sabía nada de ellos dos, pero no tengo pruebas. Me preguntó:

—¿Cuánto bebió?

—Una copa de vino.

Veo la mesa delante de mí, como si pudiera volver atrás. El salmón hojaldrado, el vino blanco, los cubiertos...

—¿Qué hay de la noche del ataque de Rachel en Snaith? ¿Cuánto bebió entonces?

—No lo recuerdo.

—¿Medio litro de vodka? —pregunta. Inclino la cabeza—. Hemos hablado con Alice. Dijo que las tres bebieron bastante aquella noche. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Estaba enfadada con Rachel?

—No.

—Le lanzó una botella a la cara —dice. Keith debe de habérselo contado. Me pregunto si también les dijo lo de Liam, si Rachel se lo confesó—. ¿Quién era Will Cooke?

«Mierda», pienso. «Mierda».

—Un amigo nuestro. Fue al colegio con nosotras.

—¿Era amigo de usted o de Rachel?

—De ambas.

—¿Era su novio?

—Durante algunos meses.

—¿Fue alguna vez el novio de Rachel?

—No.

—Eso no es lo que Alice nos ha dicho.

—Se acostaron unas cuantas veces.

—¿Estuvo su pelea en la fiesta relacionada con Will Cooke?

—No, ese no fue el problema. ¿Les dijo Alice que ella también se acostó con Will? Éramos adolescentes, no significaba nada.

Cuando nos conocimos, me gustó Moretti porque me gusta Italia. Qué estúpido, pero me desarmó. Un acento escocés y aspecto italiano. Tenía una imagen de él, bebiendo un expreso y leyendo el periódico. Le pesan los párpados y pensé que eso significaba que lo torturaban sus casos y las cosas que había visto en su trabajo. Me dijo que sus abuelos eran propietarios de un bosquecillo de bergamotas en Calabria.

No intenté resistirme. Estaba muy contenta de que él y Lewis no fueran como los detectives de Snaith. No sé por qué se hizo policía. No sé qué ha hecho en su carrera, y no sé si me cree.

—¿Cuándo dejó de tomar Wellbutrin?

—En octubre.

—¿Tuvo algún síntoma de abstinencia?

—No.

—¿Le ha resultado difícil continuar con su vida diaria sin la medicación?

—No.

—¿Cuántas semanas pasaron entre que dejó la medicación y la muerte de Rachel?

—Cinco. No entiendo por qué esto es relevante. No es un antipsicótico.

—¿Qué querría decir que fuera un antipsicótico?

—Que dejarlo podría volverme violenta o inestable.

—¿Y eso significaría...?

—Que debería ser sospechosa.

Vuelve a sonreír. Entonces se pone de pie y me abre la puerta para que me vaya. No me está arrojando. Me pregunto qué piezas faltan todavía, o si es solo el cuchillo.

Me paro en la puerta, cerca de él.

—Rachel tenía heridas defensivas. Si lo hice yo, habría tenido rasguños o moretones.

—¿Los tenía? —pregunta.

Me río.

—Usted me vio. Sabe que no.

Se encoge de hombros y se me erizan los pelos de la nuca.

Conduzco hasta la calle Prince. Una reconstrucción. Veo donde cenaron. Subo en uno de los ascensores, donde probablemente se besaron por primera vez, y camino por uno de los pasillos. Tal vez no llegaron a la habitación. A ambos les gustaba el sexo en público, lo sé.

El hotel George tiene el techo dorado sostenido desde la acera por postes metálicos. El espacio alfombrado bajo el techo está bañado de luz y la gente que pasa por él se ve brillante y en cierto modo frenética. Las mujeres hacen equilibrios en tacones puntiagudos, los hombres gesticulan con teléfonos iluminados. Rachel vino aquí a principios de mayo, ahora lo sé. La imagino agachándose bajo el toldo, con la luz dorada resplandeciendo sobre su cabeza oscura y sus hombros desnudos.

Empujo la puerta giratoria y atravieso el vestíbulo con el restaurante y el bar al fondo del todo. Imagino a Liam bajando de su taburete y abriendo los brazos.

Me detengo, meciéndome sobre los pies.

Durante nuestra pelea, deduje que la noche en que Liam me engañó yo estaba en una fiesta en Fulham. Antes de la fiesta Martha y yo fuimos a comer tapas, pimientos en aceite y pan tostado y olivas. La fiesta era en la terraza de un enorme bloque de edificios. Eran amigos de St. Andrews y yo llevaba un vestido blanco de ganchillo y me sentía afortunada y satisfecha. De camino a la fiesta, le mandé un mensaje a Liam, y él me contestó con uno similar.

Antes de que llegara mi hermana, tal vez, o mientras estaba en el baño. Dijo que me echaba de menos.

Me pregunto si se deseaban después y si por separado o juntos intentaron planear una manera para que pudiera volver a suceder. Liam dijo que ninguno de los dos lo recordaba. Espero que sea verdad. Si ella no lo recordaba, entonces no podía estar pensando en eso cuando estábamos juntas.

Nos dejó en ridículo a las dos. Éramos mejor que esto. Teníamos otras preocupaciones. Teníamos cosas más importantes que hacer.

La calle Prince acaba en el río. Bajo por la colina hasta el camino de sirga y llamo a Martha.

—Fue Rachel. Me engañó con Rachel.

—¿Qué me dices?! —contesta; su voz suena gratificadamente horrorizada. Comienzo a explicar que el viaje de trabajo fue a Oxford, no a Manchester, pero ella me interrumpe—. Mis padres quieren ayudar. Conocen a un abogado defensor en Oxford.

—Es muy amable de su parte. Si las cosas llegan a eso...

—Necesitas asesoramiento ya.

—Tal vez.

La historia me sale de golpe y me doy cuenta de que desde que supe la noticia me moría de ganas de decírselo a alguien. Me la he estado imaginando una y otra vez en mi cabeza, reestructurando los eventos de los últimos seis meses con base en esto.

Comienzo a contarle a Martha el encuentro con Liam en el mercado cubierto, pero me para antes de que termine y dice:

—Nora, no hables con nadie sobre esto. Ojalá no me lo hubieras dicho.

—¿Por qué?

—Porque ahora, si alguna vez estoy bajo juramento y alguien pregunta si estabas enfadada con Rachel, tengo que decir que sí. —Suspira—. Habríaís cortado de todos modos. Por favor, no le des demasiadas vueltas. Tienes otros problemas ahora.

59

Lewis me dijo una vez que vive en Jericho, no muy lejos de aquí. Me da la dirección; unos minutos más tarde estoy en el escalón de la entrada de una casa adosada de ladrillo y él está abriendo la puerta y me invita a pasar.

Lo sigo escaleras arriba a su apartamento. El salón está limpio e iluminado con lámparas. Tiene un sofá verde, librerías y una mesa baja con un tocadiscos. Desde la otra punta de la habitación, veo el disco girando, tambaleándose un poco. Hay una bicicleta de carreras apoyada contra la pared, bajo un póster de una película de un atraco en el que hay tres personas corriendo, con las piernas arqueadas, en una perspectiva con un punto de fuga exagerado. Lewis desaparece por la cocina y regresa con dos botellas de cerveza.

—¿Piensas que lo hice yo?

—No.

Mis hombros se relajan; ahora puedo observarlo con atención. Lleva una camisa a cuadros de franela roja. Tiene una profunda expresión de preocupación.

—Moretti piensa que yo le pedí a alguien que la atacara en Snaith.

—Lo sé.

—La ayudé a buscarlo.

—La idea es que, una vez ella obtuvo su castigo, disfrutabas del papel. Hay beneficios por estar cerca de una víctima. Es como el síndrome de Munchausen por poderes.

—Yo no obtuve ningún beneficio de ello. ¿Soy oficialmente sospechosa?

—Sí. —Comienza a arrancar la etiqueta de la cerveza—. Se acostó con tu novio.

—No veo cómo es eso culpa mía.

—Esa no es exactamente la cuestión.

—¿Qué más? ¿Qué más les parece raro de mí?

—Piensan que Rachel había usado el horno. Un bombero se fijó en que la olla en uno de los fogones todavía estaba caliente. Es poco probable que un intruso apagase un fogón antes de marcharse del lugar, pero tal vez tú lo harías, por costumbre. O para que la casa no se quemara, ya que te la dejó a ti.

—No lo recuerdo —digo—. Creo que no entré en la cocina. ¿Qué hay del cuchillo? ¿Qué habría hecho con el cuchillo?

—Una teoría —dice— es que no te deshiciste del cuchillo en el lugar del crimen. Te lo metiste en la cintura del pantalón. En la comisaría, sabemos que fuiste al baño sola. Envolviste el cuchillo en papel, lo tiraste a la papelera y esa noche fue cargado con el resto de basura y llevado al vertedero.

—Eso es absurdo. ¿No se habría dado cuenta Moretti?

—Era una hoja corta.

Echa la cabeza hacia atrás y se frota la cara.

—¿Crees que me van a acusar?

—No.

—¿Por qué?

—Encontramos una huella parcial. Una zapatilla Lonsdale de hombre, con sangre.

La huella no me elimina, dice, ya que podría haber tenido un cómplice. Mi cuerpo se vuelve de plomo. La información nueva me inunda y estoy demasiado cansada para hablar. Lewis se da cuenta y se va a la cocina, dejando que me hunda en intimidad. Un poco después, regresa y me alcanza un bol de ramen. Comemos mientras escuchamos el disco.

—¿Puedes perdonarla? —pregunta.

—Sí —contesto—. Creo que sí.

Cuando terminamos el ramen, él enjuaga los boles. Comienza a llover y me planteo preguntarle si me puedo quedar.

Me presta un paraguas. Al final de las escaleras, mientras me apoyo en la punta del paraguas, me atrae hacia él y me besa.

Solo un segundo. Ya estoy fuera, con el corazón desbocado y las puntas del paraguas abriéndose de golpe por encima de mí.

60

Creo que ahora entiendo por qué la gente no se va cuando viene la guerra, por qué incluso personas con los medios para irse se quedaron en una ciudad como Sarajevo mientras el peligro se acercaba. Una mezcla de incredulidad y regateo. Si me quedo, la guerra no vendrá.

Podría conducir hasta el aeropuerto y dejar el coche en un aparcamiento de corta estancia. En el mostrador de una compañía aérea, podría comprar un billete a un país sin tratado de extradición con Inglaterra.

Puede que la policía haya puesto una alerta de viaje sobre mi pasaporte, pero no es esto lo que me frena. Él acuchilló a Rachel once veces. Si me marcho ahora, la policía lo considerará una admisión de culpabilidad y a él nunca lo atraparán.

61

Me obligo a caminar arriba y abajo por el acueducto. En algún momento Keith decidirá ir a dar un paseo, o me seguirá. Llevo el espray de pimienta y la navaja. La parte difícil será saber cuándo pararlo. Tiene que hacerme el daño suficiente para que la policía se lo tome en serio, pero ninguno de los dos debe morir. Los detectives tienen que saber que él es el violento, no yo, y no confiar en nada de lo que les ha dicho.

A lo largo del camino, las zarzas tienen forma de globos vacíos y los gorriones vuelan entre ellas. Camino en dirección al sur, hacia el estanque Oyster.

Tengo que perdonarla o sacrificar nuestros últimos seis meses juntas. En cierto sentido, no la culpo del todo si quería cambiar, ver cómo era ser la otra de las dos, la que se quedó a salvo en la fiesta esa noche, cenando con mi novio. O simplemente bebió demasiado y dejó de importarle. «Putá», pienso, y el veneno no afecta a cuánto la echo de menos.

Desde algunos puntos del acueducto se ve la parte trasera de su casa. El revestimiento blanco de madera, la chimenea, los dos olmos, como refugios. El vapor se eleva por la chimenea, como si alguien estuviera en casa, pero solo porque dejamos la caldera encendida para que las tuberías no exploten.

Espero a que ella salga. O a que *Fenno* aparezca en una de las ventanas. No se ha hecho más fácil creer que ella se ha ido. En el estanque Oyster, pruebo el espray de pimienta para asegurarme de que no está congelado. Hago esto en casi todas las vueltas. Si no viene pronto a por mí, se va a gastar.

Dos agentes de policía me están esperando frente al Hunters. Me han visto antes de que me dé cuenta, me han estado mirando venir por la carretera. Conozco la zona mejor que ellos. Conozco lugares en los que esconderme alrededor del acueducto. Los bosques son más densos cerca del estanque Oyster, allí es donde tengo que ir, y lo estoy planeando, esperando el momento preciso, pero sus ojos están fijos en mí y sigo avanzando hacia ellos, llena de rabia, a lo largo de la calle principal. Están perdiendo el tiempo. Si hubieran esperado un poco más, Keith habría venido a por mí.

Avanzan, leyéndome mis derechos mientras abren la puerta del coche patrulla. No usan esposas. Durante el trayecto a Abingdon, me concentro en el paisaje que se ve por la ventana para impedir que se me cierre la garganta. No me han dado tiempo para cambiarme y aún tengo el espray de pimienta y la navaja en el bolsillo.

El cartel luminoso de la policía de Thames Valley aparece. Casi todo es igual que en otros interrogatorios. La habitación es idéntica, excepto que una pared es un espejo, detrás del cual otros agentes nos observan. Me dan un chándal azul para que me cambie y me dejan esperando en la sala de interrogatorios.

Moretti entra y dice:

—Hola, Nora.

Ahora me doy cuenta. Todos los interrogatorios antes de este eran ensayos. Moretti estaba practicando para esto. Ahora me conoce y conoce mis debilidades.

—Encontramos algunas notas en su habitación. ¿Es su letra?

—Sí.

Comienza a leer.

—«Factores agravantes del daño. Daño psicológico a la víctima. Ataque continuado a la misma víctima. Uso de arma o similar. Grado significativo de premeditación». —Se reclina en la silla—. ¿Por qué tiene las directrices de condena para lesiones físicas graves?

—Rachel pensaba que podía ser que al hombre que la atacó en Snaith lo atraparan por volver a hacerlo. Pensé que conocer la pena de cárcel para un crimen similar me ayudaría a encontrarlo.

—O bien quería saber cuál podría ser su castigo.

—No.

—¿Dónde esparció sus cenizas? —pregunta.

—En Cornualles.

—¿Fue alguien con usted?

—No.

—¿Ningún amigo o familiar de Rachel?

—No.

—¿Por qué no? ¿No se lo pidió?

—Quería estar sola.

Se alisa la chaqueta del traje.

—¿Llevó alguna vez algo a la cresta? ¿Un picnic?

—No.

—Un testigo la vio en la cresta con una bolsa de la tienda Whistlestop.

—Eso no es posible.

—Hay una Whistlestop en la estación de Paddington. Me dijo que había hecho compras allí. Y esa sucursal en particular vende Tennent's Light Ale y Dunhills.

—¿Es Keith el testigo? Se lo ha inventado. O eran suyas o ustedes le mostraron fotografías.

Moretti mira al espejo, como si quisiera asegurarse de que alguien ha oído lo que acabo de decir. Me pregunto si acabo de cometer un error. Se queda callado un momento. El testigo debe de ser Keith, o me contradecía.

—Usted preparó el escenario en la cresta —dice—. Usted quería que pensáramos que Rachel tenía un acosador. Dos días después del asesinato, comenzó a preocuparle que no fuéramos a encontrarlo, así que usted misma informó de ello.

—No.

—¿Por qué estaba en la cresta?

—Quería ver la casa.

Sale de la habitación. Durante un largo rato me siento con las manos en el regazo. Me están mirando desde algún sitio, en una pantalla: una figura pequeña, inmóvil, con la mirada fija hacia adelante. Debe de ser para ponerme nerviosa, pero es un alivio estar sola. Tienen treinta y seis horas para acusarme.

Su superior, la inspectora jefa Bristowe, tendrá que aprobarlo. Puede que esté en su oficina ahora. Imagino que nos ha estado observando; desearía que me interrogara ella misma. Nunca hemos hablado, no puede estar convencida de mi culpabilidad. La imagino con su traje, un café sobre el escritorio, masajeándose los hombros, preguntándose si puede irse a casa. La haría quedar mal a ella, y a su departamento, acusar a dos sospechosos que la Fiscalía Real se niega a procesar.

No hay reloj en la sala de interrogatorios. Moretti lleva uno de pulsera, pero la esfera está oculta bajo su manga. No sé cuánto tiempo pasa. Miro al espejo intentando ver formas tras él. Escucho los sonidos del edificio y cuando no oigo nada me estremezco pensando que estamos solos.

—¿Está Lewis aquí?

—No. El sargento detective Lewis ha sido suspendido.

—¿Por qué?

—Por conducta profesional indebida.

No me dejan dormir mucho tiempo. Parece que solo pasen unos minutos entre que entro en la celda y vuelvo a estar en la sala con Moretti. Él bebe té y no me ofrece uno.

—Hábleme de su relación con Paul Wheeler.

Trato de esconder mi sorpresa, pero estoy segura de que Moretti la descubre, una sacudida.

—Nos encontramos por primera vez hace algunas semanas. Creo que él atacó a Rachel en Snaith.

—Le mandó rosas.

—Me estaba acosando. Mandó las flores para asustarme.

—¿Le ha dado algún regalo a Paul Wheeler? ¿Le ha prestado dinero?

—No.

—¿Cuáles son los términos de su acuerdo?

—No tenemos un acuerdo.

Moretti se pone de pie y se estira. Hay arrugas en la espalda de la chaqueta de su traje.

—Nada de lo que hizo con Lewis es ilegal —dice—, pero un jurado querrá saber por qué se acostó con un detective del caso tan poco tiempo después del asesinato.

Más tarde, se acerca una hoja de papel y agacha la cabeza para leer.

—«Soy infeliz. No me siento yo misma. Me asusta que esto no se me pase».

Continúa y yo me inclino hacia delante, retorciendo las manos en mi regazo. Está leyendo las notas de mi psicóloga. Pensé que estaban selladas.

Moretti termina de leer y permanecemos sentados con el papel sobre la mesa entre nosotros.

—Cuando descubrió que Rachel era la causante de tanta infelicidad, debió de haberse enfadado mucho con ella.

—No sabía lo de Liam hasta que usted me lo dijo.

Mira otra vez al espejo. Moretti aún no ha mencionado el arma. Si el asesino usó un cuchillo de la casa, mis huellas podrían estar en él. Yo he cocinado usando esos cuchillos.

Una abogada de oficio viene a verme. Se presenta como Amrita Ghosh.

—¿Me han acusado? —pregunto.

—No —dice—. Estoy aquí para explicarle lo que puede ocurrir a continuación.

Su voz es cándida y directa, y me mira a los ojos. No sé decir si piensa que soy culpable. Supongo que no debe de tener una opinión. Está aquí para compartir información general, no para darme consejo. Puede que no haya revisado el caso en detalle.

Comienza con lo que ya sé. Después de mi arresto, la policía tiene treinta y seis horas antes de tener que acusarme o dejarme libre. Si me sueltan, la policía probablemente seguirá considerándome sospechosa y montando un caso contra mí, a menos que haya nuevas pruebas que me eliminen.

La abogada no hace nada para confundirme. No pregunta cómo lo estoy llevando. Deja claro que es neutral. Si me acusan, permaneceré bajo custodia mientras un fiscal de Oxfordshire decide si las pruebas contra mí son suficientes como para llevarme a juicio. Si lo son, me presentaré ante un juez para declarar. Si me declaro culpable, las negociaciones comenzarán entre mi abogado defensor y el fiscal. Si me declaro no culpable, el juez decidirá si establecer una fianza o pedir prisión preventiva hasta el juicio.

—Es mi deber decirle que hay una reducción de sentencia si se declara culpable. Quizá el fiscal también ajuste los cargos de asesinato a homicidio. Depende de los detalles del crimen.

—¿Cuál es la condena media después de que alguien se declare culpable de homicidio?

—Tres años.

—¿Y cuál es la condena media si te declaras no culpable de asesinato y te condenan?

—Veinte años.

Me sostiene la mirada. No pienso que crea que soy inocente.

La diferencia entre ser puesta en libertad a los treinta y tres o a los cuarenta y nueve.

No lo haría bien en un contrainterrogatorio. En el juzgado de York algunos acusados se mantenían compuestos y pacientes. Otros se ponían sensibles, para el disgusto del jurado. Los miembros parecían preferir a los acusados que se mantenían tranquilos, y yo no seré capaz.

La visita de la abogada de oficio no tiene que ver con seguir el proceso legal debido, ha sido la primera herramienta de presión. Podrían haber esperado hasta que fuera acusada, pero quieren asegurarse de que tengo tiempo de considerarlo antes de la audiencia con el juez. Tres años o veinte.

64

—¿Está cansada? —pregunta.

—Sí.

Me sonrío. Por un momento pienso que me va a soltar. El silencio se estira entre nosotros.

—Sus huellas están en el balaustre de la barandilla.

Observo atentamente su expresión.

—¿En cuál?

—En el que ató la correa del perro.

—Debo de haberlo tocado en otra visita.

—Están cerca del suelo. Para llegar allí, tendría que haberse agachado. — Se endereza la corbata—. Una de las huellas está en la sangre del perro.

—Muéstreme una fotografía.

Sale de la habitación. Mi respiración se torna ruidosa e irregular. No recuerdo si los detectives tienen permitido mentir durante un interrogatorio. Es una cuestión jurídica tan importante que no puedo creer que no lo sepa. Quizá tenga permitido decir lo que sea.

Los minutos se estiran. Trato de ver a través del espejo negro; mi reflejo está paralizado y ceniciento. Se quiere jubilar. ¿Cuán importante es para él marcharse después de un éxito? Nunca antes me he detenido a pensarlo.

No toqué el balaustre ese día, pero toqué al perro. Puse la mano en su costado mientras estaba colgado. Sabía que estaba muerto, pero, aun así, quería consolarlo.

Debí de dejar huellas en alguna otra parte de la casa. Todo lo que Moretti tendría que hacer es cambiar la etiqueta de donde fue encontrada la huella. Han limpiado la casa a conciencia. No podré desmentirlo.

Moretti no regresa y un agente me lleva a la celda.

Me está cargando el muerto. Cuando le pregunté sobre las heridas defensivas, se encogió de hombros. Puede que decidiera recordar que tenía un rasguño o un moretón.

No duermo. En lugar de eso, finjo que soy un miembro del jurado, escuchando las pruebas y a los testigos. No sé si será evidente que la policía es deshonestas, o si algo en mí hará que les resulte fácil de creer.

Una agente abre la puerta y dice:

—Sígame, por favor.

La luz del sol cae nos baña mientras caminamos por el corredor. Debe de ser jueves por la mañana. No sé decir por su rostro si en unos minutos me acusará o me liberará.

Un policía me da mi ropa y mi bolso. Moretti no está en la sala. Me pregunto si está mirando por una pantalla en alguna parte del edificio. No me acusan. Debió de mentir sobre las huellas en el balaustre.

Me alejo rápidamente de la comisaría. La mañana es fría y húmeda, el sol está detrás de una gasa de nubes grises. El mareo me sube de repente por las piernas hasta el pecho. Me clavo las uñas en los costados de los brazos, bajando por la calle.

Para cuando llego a Marlow, el Emerald Gate ha abierto. Pido creps de cebolleta, *chow fun* y *dumplings*. Como con avidez, arrancando trozos de *crep*

con las manos, sirviéndome grandes bocados de comida. Mientras como, no pienso en nada excepto en su sabor.

Después de rebañar los cuencos, me recuesto en la silla y miro por la ventana y me pregunto qué se supone que debo hacer a continuación.

Anoche, en la comisaría, comencé a hacer planes. No quería, pero no pude evitarlo. Planeé viajar. Dormir al raso.

Regreso al Hunters para recoger mis cosas. Esta noche me quedaré con Martha en Londres, y este pensamiento me llena de alivio.

Antes de guardar el portátil, lo abro sobre la cama. La pantalla se ilumina. No he revisado su nombre en una semana, desde antes de Cornualles.

Paul Wheeler violó su condicional. Durante el fin de semana atacó a una mujer en Holbeck, en South Leeds. Milly Athill. El nombre me resulta familiar, pero no consigo ubicarlo. La siguió hasta su casa y entró. Los cargos contra él serán mucho más graves esta vez. Cometió el delito mientras estaba en libertad condicional, por lo que es reincidente. Fue un ataque mantenido sobre una víctima. El fiscal probablemente podrá demostrar daño psicológico. El hermano de la chica estaba en el piso de arriba, por casualidad, y entre él y Milly consiguieron dominar a Paul.

La máxima sentencia por lesiones físicas graves es cadena perpetua, y el abogado entrevistado para el artículo espera que reciba esta pena o una similar.

«¿Es suficiente?», pregunto a Rachel. «¿Se ha terminado?»

Hablo con Lewis. Moretti tenía puesto un localizador en mi coche, al parecer, el día que fui a su casa. Él ahora está en Brighton; me habla sobre su apartamento. «Con esto, ves el canal desde todas las habitaciones», dice,

«incluso desde el baño». Dice que después de que un policía le dijera que me habían soltado, comió patatas fritas con vinagre en la playa para celebrarlo. Me pregunta si quiero ir a visitarlo y digo que sí, que pronto.

Vuelvo a mirar el artículo.

—¿Sabe ya alguien que te han suspendido? Por ejemplo, ¿podrías llamar a la cárcel para pedir hablar con un preso?

Camino por Marlow mientras espero su llamada. Por la calle Meeting House, por Redgate. Por delante de la iglesia, por delante del cuartel de bomberos, por delante de la pista de tenis. Estoy en el parque, de cara al salón municipal, cuando llama Lewis.

—He hablado con Paul Wheeler —dice, y su voz es cuidadosa y medida—. Dice que Rachel era su novia.

Mis ojos se desenfocan, y parece como si el reloj se cayera del salón municipal.

—Parece que solo salieron unas cuantas veces, cuando ella era una adolescente. Él dijo que odiaba su nombre, siempre les decía a las chicas que se llamaba Clive. Ella no habría podido encontrarlo. No admitió el ataque, pero dijo que se pelearon y que poco después se mudó a Newcastle por trabajo.

—¿Se lo está inventando?

—Dijo que le dio una máscara a Rachel. ¿Te suena familiar?

La máscara blanca de carnaval, con el pico curvado. La colgó en la pared de su habitación.

—Probablemente pensó que la policía consideraría el crimen más seriamente si era un extraño.

—¿Pero por qué no me lo dijo a mí?

—Suele pasar —contesta—. Las víctimas a menudo no les dicen a sus familias que conocían a la persona que les pegó o violó.

Cuando termina la llamada, me quedo sentada en el banco bajo los tejos y levanto el rostro hacia las ramas que se azotan. El viento ruge, cada vez más alto.

Ahora recuerdo lo que pasó en el Cross Keys. Las puertas rojas de media altura de los baños. No entré allí con un hombre, entré con Rachel. Apenas la había visto en toda la noche.

—He estado hablando con alguien. Creo que he conocido a alguien —dijo ella.

Sé lo que quería decir Lewis. Si ella me hubiera dicho que le conocía, no sería capaz de perdonarme si yo, por tan siquiera un segundo, hubiera

sugerido que de algún modo era culpa suya.

Pero no entiendo por qué pensó que lo habría hecho.

Después de un rato, dejo el parque y regreso a mi habitación para acabar de hacer las maletas. Milly Athill. Antes de cerrar el portátil, busco en los otros artículos sobre Paul Wheeler y finalmente encuentro el nombre en uno de los primeros reportajes después del crimen que lo llevó a prisión. Antes del ataque, la víctima estaba en un *pub* con su mejor amiga, Milly.

Su hermano estaba en el piso de arriba en aquel momento. Es un jugador de *rugby* que vive en Dublin, pero dio la casualidad de que estaba en la casa. Qué coincidencia.

Siempre me he preguntado por qué la policía no usa cebos más a menudo. Al parecer, ellos también.

—¿Se marcha? —pregunta la directora del motel, esperanzada.

—Sí.

Me cobra la noche que pasé en la cárcel.

—Pensé que te mudarías —digo.

Louise, sola en la entrada de la gasolinera, me mira como si estuviera loca.

—No —dice—. No, no me he mudado.

Debería estar en Camden. El hornillo. La *trattoria*. Louise frunce el ceño. Debería decir algo más, pero no puedo y comienzo a llenar el coche de gasolina para el trayecto hasta Londres.

Su decisión de quedarse parece patológica. Louise me mira y abre la boca lo justo para dejar salir un chorro plano de humo. Una familiaridad se abre entre nosotras, tal vez por nuestro parecido, y pienso que sabe a qué me refería, y que estaría bien que le dijera quién soy. Estoy a punto de empezar, pero me doy cuenta de que no puedo. La única manera que se me ocurre para empezar es: «Asesinaron a mi hermana». Asesinaron a mi hermana.

—¿Quieres uno? —pregunta Louise.

Lleva la misma ropa de siempre, una camiseta azul marino, falda negra y un delantal, pero envuelta en un abrigo de lana. En el estante junto a ella hay una cajetilla de cigarrillos y un vaso de té de menta humeando en el aire frío.

Dejo el surtidor y me uno a ella. Cuando me ofrece la cajetilla, me fijo en las marcas rojas de su mano, de cuando la quemaron con un cigarrillo o apuñalaron con un destornillador.

—Sí —respondo—, gracias.

Me inclino hacia el mechero, me enderezo, exhalo. La bordeo de manera que yo también estoy recostada contra la ventana del restaurante. Hay un

avión a reacción a lo lejos, y suena como una pared derrumbándose.

Louise se queda mirando una furgoneta aparcada en el césped al otro extremo de la carretera de Bristol.

—¿Por qué me tendría que mudar? —pregunta.

—Lo siento. No es de mi incumbencia. —Se gira hacia mí, rodando sobre el hombro contra el cristal, y espera—. Debe de ser difícil para ti pasar por delante de eso cada día.

—¿Por delante de qué?

—De donde murió Callum.

—No murió en el accidente —contesta—. Se despertó después de la operación. Murió la noche siguiente.

—¿De qué?

—Complicaciones.

La sensación es como cuando te saltas un escalón. «Por supuesto», pienso, incluso antes de que el pensamiento se haya formado en palabras.

«Hubo una colisión ahí», dijo Rachel, señalando por la ventana. «Un hombre y una mujer».

«¿Sobrevivieron?».

«Uno sí».

«¿Quién?».

«La mujer».

La luz del sol me calienta la cabeza, luego se desvanece, como una mano presionando y levantándose. ¿Por qué? Tendría que haber preguntado. ¿Por qué sobrevivió solo uno?

Callum debió de ser el sujeto de la investigación forense en octubre. Rachel nunca me dijo que la muerte estuvo bajo revisión. Después de la investigación, se inventó una razón para pasar por delante del lugar del accidente. Quería mostrármelo. Me pregunto si se sintió decepcionada de que yo no sospechase nada, o si fue un alivio.

«Las heridas de ella no fueron consecuencia del accidente», dijo. «Menos mal que no sobrevivió. La habría matado».

Me vuelvo hacia Louise, pero parece un acto reflejo, y otra cosa está rotando debajo de mí. Ella coge sus cigarrillos y su mechero, su vaso, y me hace un gesto con la cabeza antes de entrar. A través de la ventana la veo colgar su abrigo y atarse el delantal. Siento olas de calor que me golpean. Rachel quería venganza, y debió de cansarse de esperar a encontrar al hombre que la había atacado. Louise entra y se aleja de mi campo de visión, y la observo mientras llamo a Joanna.

—¿Estuvo Rachel en la investigación forense de octubre? —pregunto.

—No —dice.

Una hilera ondeante de pájaros vuela bajo sobre los árboles.

—¿Fue ella una de sus enfermeras?

—Sí.

Cierro los ojos y me cojo la frente con la mano.

—No recuerdo todos los detalles —dice Joanna—. ¿Te puedo volver a llamar cuando lo tenga delante?

—¿Cuando tengas delante qué?

—La transcripción de la investigación.

—¿Es un documento público?

—Sí.

—Estoy de camino al hospital ahora, ¿podrías hacerme una copia?

—De acuerdo. Estoy haciendo rondas, pero te lo dejaré en la sala de enfermería.

—¿Puedes decirme cualquier cosa que recuerdes?

—El resultado fue bueno. La causa de la muerte no fue negligencia.

Los sonidos a mi alrededor se agudizan y separan.

—¿Quién era el paciente?

—Callum Hold.

—¿Cómo murió?

—La llave reguladora del goteo intravenoso se rompió. Sufrió una sobredosis.

—¿Tiene familia?

—Sí, tenía un hermano.

—¿Cómo se llama?

—Martin Hold.

La transcripción de la investigación comienza con una sinopsis del forense. Trajeron al paciente al John Radcliffe después de un accidente de coche el 22 de septiembre. El cirujano especialista recomendó trabajo reconstructivo para reparar la hemorragia interna. La operación tuvo éxito. La mañana siguiente a la operación, el paciente estaba despierto y en condición estable. Poco después de las seis de la tarde fue declarado muerto.

La causa de la muerte no fueron complicaciones de la cirugía, como se sospechó en un inicio. Murió de una sobredosis de fentanilo, una heroína

médica. El gotero estaba destinado a administrarle un calmante a intervalos regulares. Cuando se rompió la llave reguladora, el fluido inundó sus venas.

Un testigo experto declaró que era equipo médico defectuoso. Creía que el personal del hospital no cometió ningún error. Pese a todas las precauciones, el equipo a veces falla. El equipamiento defectuoso es la causa de un cuarto de todas las muertes en hospitales.

Nunca, nunca, nunca, nunca. Matar, matar, matar, matar, matar.

Martin Hold. Rachel me dijo su nombre para que lo recordara. Para que lo reconociera si le sucedía algo.

Si no hubiera ocurrido nada, si hubiera conseguido llegar a St. Ives, dudo que nunca hubiera confesado. Pero tal vez le habría pesado demasiado, y un día me habría llamado y me habría dicho: «Tengo algo que contarte».

Encuentro la parte importante a la mitad de la transcripción, encorvada en el banco en frente de emergencias. Martin visitó a su hermano en el hospital. Estaba consciente en ese momento, y tuvieron una larga conversación.

Me cubro la cara con las manos. Rachel debió de preguntarle a Callum sobre las heridas de Louise, o lo amenazó, y este se lo dijo a su hermano.

En urgencias, llevan a Louise en camilla a una habitación, pasando junto a Rachel, que comienza a examinarla. Se presenta como alguien que ha sufrido un accidente de coche, pero lo extraño es que algunas de sus heridas parecen haber comenzado a curarse, y algunas de ellas ya están vendadas.

Rachel entra y sale cojeando de *pubs* y casas de apuestas en Hull. Lugares a los que iría un hombre violento, a los que iría un monstruo.

Tenía un don, a veces. Cuando quería. Oigo su voz, borrosa y baja, que dice: «Cuando tenía diecisiete años un hombre me pegó una paliza». Espera y pregunta: «¿Quieres contarme lo que te ha pasado?».

Incluso si los detectives leyeron la transcripción de la investigación, Martin no llama la atención. No la acusa y no suena agraviado. O sí, pero no

con ella. Dice que tendría que haber consecuencias para el fabricante, para que otras familias no tengan que pasar por lo mismo que él. El forense le aconseja que busque el asesoramiento de un abogado por daños.

La transcripción es un documento público, como un registro de juicio, pero seguro que algunas partes habrían sido censuradas si la oficina forense se la estuviera dando a un miembro del público en vez de al hospital. Como el expediente médico de Callum, y toda la información de contacto de su pariente más cercano.

—Necesito tu ayuda —digo. La cafetería de la gasolinera está vacía y Louise me mira, con un trapo en la mano—. Me llamo Nora Lawrence.

—Sé quién eres —dice.

Todo este tiempo, pensé que era yo la que la estaba observando.

—¿Le dijiste a Rachel cómo te hiciste las heridas?

—Sí.

Me contempla con su cara pequeña y tranquila.

—Rachel rompió la llave del gotero.

Louise cierra los ojos.

—Lo sé.

Primero conducimos hasta Cirencester y la propiedad de la familia de Martha. Un largo camino de gravilla, una hilera de álamos. Louise espera en el coche. La madre de Martha abre la puerta, y cuando me ve se cubre la boca con la mano.

—Hola, Lily. ¿Está Martha en casa?

—No, cariño, no está.

—Vaya, supongo que debía encontrarme con ella en la ciudad. ¿Te importa si uso el baño antes de irme?

Su madre va a la cocina, a llamar a Martha, me imagino. Me cuelo en el pasillo. La vitrina está escaleras abajo, y sin llave. Recuerdo que Martha se encogió de hombros. No hay niños pequeños en la casa.

Le digo adiós a Lily al salir. En la puerta, me coge por los hombros y me da un beso. Vuelvo al coche y dejo el bolso entre el asiento y la puerta. Louise la mira, pero no pregunta.

Número sesenta de la calle Rutland, Stoke-on-Trent.

Llamo al segundo de los dos números de teléfono y pregunto por Martin.

—No, no está aquí —dice un hombre joven—. No vendrá hasta las cuatro.

—Gracias. ¿Puedes recordarme vuestra dirección?

—530, Waterloo.

Es una tienda de pintura, también en Stoke, en la esquina de su casa.

Conducimos hacia el norte por la M5. Louise prueba la grabadora de su móvil y escuchamos nuestras voces de hace unos momentos. La suya suena aguda y juvenil; la mía, clara y tensa.

—Bien, funciona —dice.

Más allá de Bishop's Cleeve. Más allá de Redditch. Es campo desconocido. Creo que es algo bueno. Creo que la rareza de esto podría paralizarme si estuviéramos en una ruta familiar.

La carretera a Stoke es ancha y está casi vacía, pero conduzco como si estuviera atravesando el centro de Londres bajo la lluvia. Estudio cada señal de tráfico como si me acabara de pasar una salida, y mi corazón golpea fuerte cuando un conductor se incorpora lejos delante de mí.

Crecieron en Stoke, descubrí en el obituario de Callum. Tenían una hermana, Kirsty, pero el obituario no decía qué le pasó. ¿Ya eran malos entonces? ¿Se puede aprender a hacer lo que les hicieron a Rachel y a Louise? Si su padre les pegaba, ojalá hubiera terminado el trabajo.

Más allá de Birmingham. Más allá de Stafford. El nerviosismo se desvanece y lo reemplaza un terror sordo y sólido. Ninguna de las dos dice nada.

Louise hablará primero con él y grabará la conversación. La grabación no será admisible en el juicio, pero su explicación de lo que le diga lo será. Y la policía puede escucharla, y el jurado puede ser informado de que existe una cinta. Aparcamos en la calle Waterloo a una manzana de la tienda de pintura.

—¿Estás segura? —pregunto de nuevo.

—Le gusto —contesta—. Nunca hablamos de lo que hizo Callum. No tiene motivos para sospechar.

—No fuiste al funeral —digo al recordar.

—Mi mejor amiga fue. Le dijo a Martin que todavía estaba demasiado desconsolada como para salir de casa. —Sacudo la cabeza y ella dice—: Lo sé. Bastante ingenioso.

Y sale del coche.

Me pongo la capucha. Martin vive en una hilera de casas adosadas de ladrillo. La mayoría están vacías. Algunas tienen carteles de inmobiliarias y otras no. La parte de atrás da a un callejón; camino por él, por delante de los cobertizos bajos y los garajes. Extraños muros de contención victorianos separan las casas. Uno de los cubos ha sido volcado, y, mientras esquivo el río de basura, deseo que sea la suya, que los niños de aquí le odien. Cuento las casas hasta el número sesenta. No parece diferente de las demás. Ladrillos manchados, muros de contención, un cobertizo.

No lejos de aquí hay una tienda de ultramarinos. Podría comprar un rollo de papel de cocina, una garrafa de combustible y cerillas. Lo veo tan nítido que puede que ya lo haya hecho. Imagino el peso de la garrafa balanceándose en mi mano mientras el combustible cae a borbotones. Me salpica los pies. Oscurece los ladrillos. Imagino el olor a petróleo. Me imagino limpiándome cuidadosamente el combustible de las manos antes de encender el rollo de papel.

Observo su casa. Observo la casa ardiendo, pero solo estaría haciéndole un favor, destruyendo pruebas.

Sigo pensando en los agentes moviéndose como un enjambre por los bosques detrás de la casa de Rachel. Parecían estar muy seguros de la dirección, de que encontrarían algo. Entonces y todas las noches siguientes, como un reloj haciendo tictac incesantemente, él ha estado aquí.

Louise se encuentra conmigo en el callejón trasero de la casa.

—Fue él —dice. Le castañetean los dientes—. Me contó que se ocupó de ello.

Marca el número de la comisaría de Abingdon, que hemos decidido que reaccionaría más rápidamente ante la información que la de Stoke.

—Mi nombre es Louise Rosten. Un amigo mío acaba de confesar el asesinato de Rachel Lawrence.

El agente al teléfono le pasa con un detective cuya voz no reconozco. Louise le cuenta sobre la confesión y dice que tiene miedo de que ahora le

haga daño a ella. Describe lo que le hizo al perro. Aún no ha salido en la prensa, solo la policía y los trabajadores de emergencias que fueron a la casa aquel día podrían saberlo, y la persona que lo hizo. El detective le pide que espere. Sus dientes no paran de castañetear.

Cuando regresa, el detective dice que ha hablado con la comisaría de Stoke, que mandará coches patrulla a la tienda a arrestarle. Mientras tanto, le pide a Louise que espere en algún sitio seguro.

Una vez fui a saltar de un acantilado en Dorset, así que reconozco lo que me pasa: estoy paralizada de miedo. Incluso con el puñado de tiendas, la manzana está más tranquila de lo que esperaba. Las paredes de la tienda están hechas de yeso, decoradas con formas de medialuna. No hay salida lateral ni trasera. El edificio se encuentra cerca de la mitad de la manzana. Las luces están encendidas, débilmente, y creo que vislumbro la silueta de una persona a través del escaparate.

Louise ya se habrá ido. Hemos acordado que tomaría el tren de regreso a Oxford. El detective la llamará para hacer una declaración completa.

La policía llegará pronto. La comisaría de Stoke está a unos tres kilómetros de aquí, pero puede que haya un coche patrulla más cerca. Me ordeno a mí misma moverme, lo que es tan inútil como cuando me dije a mí misma que saltara de un acantilado de quince metros en el lago Mirror, aunque finalmente lo hice, fruto de una combinación de agotamiento y fatalismo, como si ya lo hubiera hecho y hubiera muerto, y avanzo hacia la puerta. Me quito la capucha.

Martin Hold está detrás del mostrador y, al principio, no muestra ninguna expresión. Entonces algo se desliza sobre su cara. Me reconoce. Es tan evidente como el momento en que el amigo con el que te vas a encontrar te ve por primera vez.

Es más joven de lo que esperaba. Poco más de treinta años. Lleva un jersey gris con agujeros en el dobladillo. Tiene algo de rojo en el pelo. Una arruga profunda le cruza la frente. Tiene la barba corta y el pelo largo. Es igual que cualquiera, pero justo debajo está el adolescente, cuando su piel estaba peor y se afeitaba el nacimiento del pelo. Me resulta muy familiar, como uno de los chicos con los que crecí.

No recuerdo haber empezado a llorar, pero mi cara está mojada.

—Hola —digo, con la voz que solía tener.

Noto que hago una mueca.

Me mira fijamente sin decir nada. Levanto la pistola del bolso y le apunto.

—Arremágate el jersey.

Sus ojos están muy abiertos. Baja la cabeza y lentamente se sube una manga.

Tiene los dos brazos cubiertos de marcas rojas. Una de las cicatrices forma un pulcro semicírculo alrededor de su antebrazo. La mandíbula del perro. Mi cuerpo se estremece. Quiero matarlo. Es lo que Rachel querría que hiciera, ahora lo sé.

—¿Te llevó mucho? —pregunto.

Sigue mirándome, y no creo que vaya a contestar.

—No —dice.

Bajo el arma y salgo. La calle está tranquila bajo el cielo gris. Oigo las sirenas. Al principio pienso que me las estoy imaginando, como una perturbación en alguna parte en la distancia, pero el sonido se vuelve más fuerte y comienzo a alejarme de él.

Las dos fuimos a saltar por el acantilado de Dorset. El agua estaba tan clara que después de que Rachel saltara podía verla en el otro lado, sumergiéndose en el centro de lo que parecía una cascada de olas cristalinas.

Martha me espera en un *pub* de Battersea. Hace bastante calor ahora y la gente se sienta fuera en las cafeterías de King's Road.

Giro por un callejón. Un hombre aparece en el otro extremo y camina hacia mí. Cuando nos cruzamos, me saluda con la cabeza y, entonces, salgo del callejón y me apresuro hacia la calle luminosa.

Sé que estaré bien. Y sé que nunca dejaré de echarla de menos.

«¿Qué es lo que más te gusta de Cornwall?», pregunté.

Pero eso no era lo que quería decir. Lo que quería saber era lo que más le gustaba de estar viva.

«Bueno...», contestó ella. Y añadió—: «Para empezar...».

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a: Michael Adams, mi primer lector; a Emily Forlad, mi agente; y a Lindsey Schwoeri, mi editora.

Los tres sois sumamente inteligentes, irónicos y buenos. Todos vosotros habéis hecho, a vuestra manera, que esta haya sido una experiencia emocionante y os estoy enormemente agradecida.

También quiero dar las gracias a la gente del Centro para Escritores Michener y de Yaddo. Y a Penguin.

A mis amigos, en especial a Nich Cherneff, Kate DeOssie, Donna Erlich, Jackie Friedman, Allison Kantor, Suchi Mathur, Justine McGowan, Madelyn Morris, Althea Webber y Marisa Woocher.

A mis tías, Kassia Dellabough, Marlitt Dellabough y Liana Rödegård, que habéis sido la mejor fuente de información posible para esta novela.

A toda mi familia, sobre todo a mis padres, Jon Berry y Robin Dellabough.

Y a Jeff Bruemmer.



FLYNN BERRY es una escritora estadounidense. Graduada en la Brown University y en el Michener Center, fue miembro de Yaddo. (Yaddo es una comunidad de artistas ubicada en una finca de 400 acres en Saratoga Springs, Nueva York. Su misión es «fomentar el proceso creativo brindando una oportunidad para que los artistas trabajen sin interrupción en un entorno de apoyo».)

Publica en 2017 *Under the Harrow* (*En la tormenta*), que ganó el Premio Edgar a la mejor primera novela. Traducida a dieciséis idiomas, ha sido objeto de un contrato para una serie de televisión para la Paramount.

En julio de 2018 publica *A Double Life* (*Una doble vida*).

Notas

[1] Versos del poema *Heaven-Haven*, de Gerard Manley Hopkins (1844-1889), poeta y sacerdote británico. (N. de la E.) <<

[2] Verso de una famosa canción infantil inglesa de origen desconocido, *Sing a Song of Sixpence*. (N. de la E.) <<

[3] Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales, ubicado en Londres. (N. de la E.) <<

[4] Buñuelos daneses tradicionalmente rellenos de manzana o compota de manzana. (N. de la E.) <<

[5] Panecillo de harina y levadura típico de Reino Unido. (N. de la E.) <<

[6] De la canción *Golden Brown*, del grupo de *rock* británico *The Stranglers*. (N. de la E.) <<